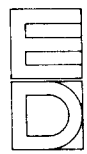
BIBLIOTECA DEUSTO
DE DESARROLLO
PERSONAL

El sentido del humor

DEUSTO

El sentido del humor



EDICIONES DEUSTO S·A·
Madrid/Barcelona/Bilbao

Reservados todos los derechos. Queda prohibido reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información y transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

© Ediciones Deusto, S.A.
Barraincúa, 14. 48009 Bilbao

El sentido del humor

ISBN: 84-234-0758-6
ISBN: 84-234-1012-9 (obra completa)
Depósito Legal: **B-12563-92**
Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Novoprint, S.A., Sant Andreu de la Barca (Barcelona)
Distribuye: Marco Ibérica Distribución de Ediciones, S.A.
Carretera de Irún, km 13,350,
variante de Fuencarral,
28034 Madrid

ÍNDICE

Prólogo. *El humor en serio* 9

Primera parte. Por qué el humor
El humor tiene funciones que la razón desvela..... 13

Capítulo 1. ¡Esto duele!
La función agresiva del humor..... 17
Un arma temible 17
Un arma tranquilizadora 19
Un arma defensiva 22
Un arma absoluta 25

Capítulo 2. Pinta sexo
La función sexual del humor 27
Los placeres del sexo 28
La rivalidad de los sexos..... 33
La liberación de los tabúes..... 36

Capítulo 3. El paraíso terrenal
La función social del humor..... 39
Más justicia 39
Más amistad 46
Más comunicación 49

Capítulo 4. ¿Miedo?, de nada, ¡ni siquiera de mí mismo!
La función defensiva del humor..... 54
El humor negro 58
El humor a costa de uno mismo..... 65

Capítulo 5. ¿Extraño, dice usted?
La función intelectual del humor 71

El nacimiento del humor..... 71
El placer del absurdo 75

Segunda parte. Las múltiples facetas del humor
Un sexto sentido aún muy poco conocido..... 79

Capítulo 6. Para triunfar seguro
Las técnicas del humor 81

Los diferentes tipos de humor..... 81
Buenos ingredientes 83
Una fórmula infalible..... 88

Capítulo 7. Reírse de todo, como quien no quiere la cosa
Los temas del humor 95

Capítulo 8. Del buen uso del humor
Las situaciones de humor 98

Tercera parte. Humor y personalidad
Reír es fácil, hacer reír resulta más difícil..... 105

Las dos dimensiones del humor 105
Definiciones de la personalidad 107

Capítulo 9. A cada uno su humor
Personalidad y apreciación del humor..... 111

¿Es usted de los que más ríen?..... 112
¿Qué humor prefiere usted?..... 113

Capítulo 10. Humor en venta
Personalidad y creación del humor 118

La aptitud creativa 119
Los profesionales del humor 120

Capítulo 11. Humor, ¡cómo nos cautivas!
Los humoristas entre nosotros..... 131

¿Hay algún humorista en la sala?..... 131
Humor en masculino, humor en femenino 134
Retrato-robot del aficionado..... 135

Conclusión. *Mientras haya humor*..... 142

Prólogo

EL HUMOR EN SERIO

Las personas pueden reconocer que no son muy inteligentes, que han faltado a su palabra o que llevan una peluca. Pero, ¿cuántos reconocen no tener sentido del humor? Nosotros tenemos una respuesta precisa a esta pregunta, que se planteaba el filósofo norteamericano Colby[1], exactamente el 3 %. Las investigaciones llevadas a cabo en diversos países han arrojado siempre el mismo resultado: el 97 % de las personas creen tener un sentido del humor superior a la media...

Es cierto que el humor forma parte de nuestra vida cotidiana y que todos tenemos de él, ya desde nuestra más tierna infancia, un conocimiento intuitivo. Nuestras percepciones son, sin embargo, diferentes. Lo que es humor para uno no lo es necesariamente para otro. La misma broma, la misma ocurrencia, puede hacer reír a carcajadas, divertir, dejar indiferente o incluso molestar seriamente. Todo depende de nuestro estado de ánimo y del tipo de humor que apreciemos más o menos según nuestra personalidad.

Una de las acepciones con que se recoge el vocablo humor en nuestro idioma entraña estos significados: bromas, chistes, burlas, juegos de palabras, retruécano, ocurrencias. Decimos que algo es gracioso, cómico, divertido, cachondo, hilarante... que alguien es ingenioso, irónico, gracioso sin pretenderlo, grotesco, verde, que hace el payaso, o, simplemente, que es un humorista... Todas estas expresiones no son ciertamente sinónimas. Cada una de ellas abarca aspectos diferentes, o matices de situaciones o de comportamientos humorísticos.

---

[1] F.M. Colby, *Satire and Teeth*, Nueva York. Mac Millan, 1926.

Esta diversidad, particularmente rica, explica, sin duda, que el humor haya inspirado a muchos escritores. Y no sólo a novelistas y humoristas, sino también a los grandes filósofos. Platón, Aristóteles, Schopenhauer, Kant, Bergson y muchos otros han investigado el significado de la risa y de su causa principal, el humor.

Con el desarrollo de las ciencias humanas, era lógico suponer que el humor fuera también objeto de investigaciones científicas. A partir de 1905, Freud iba a dedicarle ya algunas de las más bellas páginas de su obra sobre *El chiste y sus relaciones con el inconsciente*[1]. Freud abría así el camino. Sin embargo, habría de pasar mucho tiempo hasta que otros le siguieran. Sólo hace una veintena de años que psicólogos y sociólogos comenzaron a estudiar el humor como un comportamiento humano. Hasta entonces, el tema se había considerado sin duda poco serio comparado con las desviaciones, las angustias o los conflictos.

Los trabajos científicos sobre el humor se multiplican en la actualidad. En un libro reciente, publicado por dos investigadores norteamericanos[2], se han catalogado más de un centenar de estudios experimentales. Distintos congresos o coloquios internacionales se han fijado el mismo objetivo: en Cardiff, País de Gales, en 1976; en Los Ángeles, en 1979; en Washington, en 1982; en Tel-Aviv, en 1984. Surgen, en fin, cursos regulares y cátedras especializadas en las universidades, y entre las más serias...

Los resultados de todas esas investigaciones y de esas experimentaciones siguen siendo poco conocidas del gran público. El objetivo de este libro es presentar los más importantes, evitando, en la medida de lo posible, la jerga habitual de los investigadores. Se trata, pues, de un libro «serio» sobre el humor, cuya lectura puede que parezca austera, a pesar de los chistes introducidos para ilustrar algunas teorías. Pedimos por ello de entrada disculpas a nuestros lectores. Pero sobre todo formulamos el deseo de que este libro, dedicado a un tema que nos concierne a todos, nos ayude a comprender mejor el humor y a gozar mejor de él.

En la primera parte, nos interrogamos sobre el *«porqué»* del humor: para qué sirve, cuáles son sus funciones. En la segunda, buscaremos *cómo* se hace el humor: qué técnicas éste utiliza, cuáles son los

---

[1] S. Freud, *Der Witz und seine Beziehung zum Unbewussten*, 1905.

[2] J.H. Goldstein, P.E. Mc Ghee, *Handbook of humor research*, Nueva York Springer-Vertag, 1986.

temas, los asuntos, los contenidos de los mensajes humorísticos; y, por último, *«cuándo»* y *«dónde»* aparece más frecuentemente el humor, cuales son las situaciones que lo favorecen o lo impiden. La tercera parte hará hincapié en las relaciones entre la personalidad y el humor: *quién* crea el humor y *quién* lo aprecia.

Esta distinción entre la creación del humor y su apreciación resulta primordial, ya que el humor comprende estos dos aspectos bien distintos: la capacidad de apreciarlo y la de crearlo. La apreciación del humor implica la aptitud para captar y saborear determinados mensajes. La creación del humor es la capacidad de percibir relaciones originales entre los seres, los objetos o las ideas antes de comunicar esta percepción a los demás.

Cuando se dice de alguien que «tiene humor» es porque entendemos que aprecia el humor o porque lo crea; a veces, por ambas cosas a la vez. Tendremos ocasión, más adelante, de volver detalladamente sobre estos dos aspectos.

Primera parte

POR QUÉ EL HUMOR

El humor tiene funciones que la razón desvela...

¿Por qué crear chistes, escribir comedias, utilizar juegos de palabras y, más generalmente, intentar expresarse de manera humorística? ¿Por qué el humor hace reír y proporciona tanto placer? El humor es un comportamiento humano. Por ese motivo, intriga al psicólogo, que se pregunta por qué se crea el humor y por qué gusta.

No faltan, por supuesto, explicaciones de todo tipo y de muy desigual valor. Cada cual tiene su teoría, frecuentemente ilustrada con ejemplos, pero con ejemplos escogidos para las necesidades de la causa. Parece como si lo esencial fuera tener siempre razón, como ilustró bellamente Karinty Frigyes, un célebre humorista húngaro, que contaba la siguiente historia a modo de prefacio a uno de sus libros:

En el transcurso de unos ejercicios de tiro nada brillantes de un grupo de nuevos reclutas, el sargento pierde la paciencia y le dice a un soldado:

—¡Dame tu fusil! Te voy a enseñar...

Apunta cuidadosamente, dispara y... la bala se pierde en la naturaleza. En el silencio que se instaura a continuación, el sargento, sin perder su sangre fría, se vuelve hacia un recluta:

—¡Ves, así es como tú disparas!

Apunta de nuevo, dispara... igual resultado. Se vuelve hacia otro recluta y le dice:

—¡Y tú disparas así!

La escena se repite varias veces hasta que, finalmente, la bala da en el blanco. El sargento entonces, con una gran sonrisa, se vuelve hacia los soldados y declara:

—¿Veis? Así es como disparo yo.

El humor es un comportamiento demasiado complejo para ser explicado con un único enfoque. Una exposición de las teorías existentes debería ayudar a comprender mejor las diferentes funciones del humor y a captar así mejor su importancia en las relaciones humanas.

Esta primera parte intentará poner de relieve las cinco funciones principales del humor:

1. la función agresiva;
2. la función sexual;
3. la función social;
4. la función defensiva;
5. la función intelectual.

En realidad, estas funciones rara vez aparecen aisladas. Las manifestaciones de humor cumplen varias funciones al mismos tiempo.

Chistes, bromas, caricaturas y otras formas de expresión humorística tienen que ver, la mayoría de las veces, con la sexualidad o la agresividad. Con estos términos, se ha convenido designar, a partir de Freud, dos apetitos fundamentales, dos «pulsiones».

Sus manifestaciones son fácilmente sospechosas o condenadas en nuestras sociedades. Podrían imaginarse otras sociedades en las que el orden de valores no fuera el mismo.

En *Un mundo feliz,* de Huxley, los bebés son fabricados en probetas. No hay, pues, ninguna razón para que la familia o el amor, tal y como nosotros lo concebimos, existan. Las relaciones sexuales, consideradas como un ejercicio físico sano y relajante, son totalmente libres. Cualquiera puede satisfacer sus necesidades con cualquiera. El amor es considerado incluso como un aspecto extremadamente primitivo y morboso y las escasas parejas que quieren permanecer juntas y tener hijos «por procedimientos antiguos» son aisladas en «reservas», donde las personas «normales» van a observar sus extrañas costumbres... El humor, en ese mundo feliz, tiene por objeto «el amor», no «la sexualidad».

Robert Sheckley, en *La séptima víctima,* cuenta la vida en una sociedad futura en la que el asesinato es legal. Los que desean matar de-

ben simplemente inscribirse en la sociedad *«Catharsis Incorporated»*. Allí reciben, por un precio módico, un permiso para matar. Al ser el asesinato un suceso cotidiano al que no se concede demasiada importancia, la agresividad no provoca ninguna forma de humor. Otras actividades sociales, especialmente las relacionadas con la burocracia, son mucho más frecuentemente objeto de observaciones humorísticas.

Otro ejemplo puede encontrarse en los temas escatológicos, que son muy «mal vistos». Buñuel, en su película *El fantasma de la libertad,* trata este tabú de manera humorística. Una escena de la película presenta a una familia sentada sobre unos inodoros colocados alrededor de la mesa. Sobre la mesa hay repartidos unos periódicos. Llegan invitados. Después de unos comentarios sobre los problemas del tráfico, los recién llegados bajan su pantalón o levantan su falda y toman asiento sobre los inodoros, en torno a la mesa. La conversación continúa. En un momento dado, uno de los invitados se disculpa y se aleja. Entra en un pequeño cuarto en el que hay una mesa y una silla. Se abre un pequeño armario y aparecen unos platos y comida. El hombre empieza a comer con buen apetito. Cuando alguien llama a la puerta, responde: «Ocupado», y continúa comiendo.

Si semejante regla social estuviera en uso, cabría pensar entonces que el humor tendría como principal objeto la comida y el acto de comer. Con otras palabras, lo que está prohibido es siempre un blanco elegido por el humor. En nuestra sociedad, los tabúes más importantes son la agresividad y la sexualidad. Ellos son, por lo tanto, los que más frecuentemente encontramos como objeto de expresión humorística. Estas dos funciones ocuparán los dos primeros capítulos.

Un tercer capítulo tratará la función social del humor. La crítica social en forma de sátira es uno de los mejores medios de mejorar las tristes realidades de la vida. El humor utilizado en la sátira es generalmente de tipo agresivo, pero su función principal es claramente social. Se trata de una tentativa de criticar la realidad y presentar sus aspectos ridículos para mejorarla. Otro aspecto de la función social del humor se refiere a las relaciones dentro de los grupos. El humor permite hacerse aceptar socialmente, resaltar y reforzar la cohesión del grupo. Puede servir para «engrasar» las relaciones humanas, pero también para «echar leña al fuego»...

Los aspectos negativos de nuestra vida, nuestros miedos y nuestras ansiedades nos preocupan a menudo. La función del humor, que trata el cuarto capítulo, es defendernos contra esas ansiedades. Reírnos de las cosas que nos asustan las vuelve menos amenazadoras. El

humor macabro, el humor negro, se ríen de la enfermedad, de la muerte y de otros temibles asuntos. Además, como mecanismo de defensa, el humor se utiliza a menudo contra nosotros mismos: el reírse de uno mismo es considerado por algunos como la «flor y nata» del humor.

Finalmente, la última función del humor es intelectual. Utilizar el humor para escapar por unos instantes de la tiranía del pensamiento racional responde a una necesidad que sentimos de vez en cuando. Ejercer nuestras capacidades intelectuales para resolver problemas por cauces divertidos, forma parte de la función intelectual del humor.

Capítulo 1

¡ESTO DUELE!
La función agresiva del humor

«El salvaje que aplastó
la cabeza de su enemigo
con un garrote y exclamó
"ja, ja, ja..." fue
el primer humorista.»

Stephen Leacok[1]

Un arma temible

El humor como expresión de la agresividad tiene una larga y noble tradición. Su árbol genealógico arraiga en la Biblia, en la que, con frecuencia, la risa aparece con una connotación agresiva. Los pensadores griegos, nuestros precursores en la ciencia y la filosofía, sentaron las bases de las teorías sobre la risa en el ridículo del prójimo y el ataque a sus debilidades. Asimismo, Aristóteles pensaba que la risa proporciona el placer de humillar y rebajar al otro; reírse de alguien es volverle ridículo, falto de gracia y repugnante.

Estas concepciones han influido en el pensamiento de la antigua Grecia, en la que la fuerza de la burla era tal, que se le atribuían a veces poderes mágicos. Este poder es ilustrado en la leyenda de Arquí-

[1] S.B. Leacok, *Humour and humanity*. Londres, John Lane, 1935.

loco, el inventor de los versos yámbicos y de la sátira. Arquíloco, hijo de un sacerdote y de una esclava, había recibido la promesa del padre de su amada de concederle la mano de su hija. Pero el padre, al conocer posteriormente los humildes orígenes de Arquíloco, se volvió atrás y no consintió la boda. Arquíloco muy ofendido, compuso unos versos en los que se burlaba del padre y de su hija. Los leyó en público, provocando con ello la risa general. La chica y su padre, no pudiendo soportar el ridículo, se suicidaron.

Los antiguos griegos no fueron los únicos en considerar la risa como un auténtico instrumento de ataque. En la Edad Media las tribus árabes la utilizaban en los combates bajo la forma de un tipo de sátira llamada «hidja». El poeta de la tribu componía una diatriba satírica en la que se burlaba del enemigo. Y, cuando la tribu partía para la guerra, el poeta satírico cabalgaba al frente de los guerreros declamando versos que ridiculizaban al enemigo. Después de la batalla, el satirista tenía derecho a los mismos honores que los héroes que habían utilizado valientemente su sable. Así, la fuerza de la sátira era considerada tan eficaz como las armas.

La batalla de la risa contra el sable aparece también en la mitología de la tribu de los Bendars, en Australia. Cuenta la leyenda que el jefe de la tribu, llamado Bindlain, tenía dos mujeres que le hacían llevar una vida tan dura que ya no podía soportarlas: un día, decidió matarlas. Pero sus mujeres tenían dos hermanos y Bindlain, con razón, temía su venganza. Por eso, a partir de ese día, no se separaba nunca de sus armas que le hacían, pensaba él, invencible. En el transcurso de un consejo familiar, los dos hermanos decidieron atacarle por la risa. Una noche, alrededor del fuego, comenzaron a hacer payasadas cada vez más risibles, hasta que Bindlain, retorciéndose de risa, soltó sus armas. Aprovechando ese momento oportuno, sus enemigos se abalanzaron sobre él y le echaron al fuego.

Para algunos, el origen de la risa se encuentra en la evolución del combate físico en el hombre primitivo. Terminada la lucha, el vencedor liberaba, gracias a la risa, la tensión del esfuerzo físico propio del combate; el vencido debía también reequilibrar su tensión, llorando. Así, la risa significaba victoria. Chichones, cardenales y otras deformaciones hacían muy patente el estado del perdedor. Más tarde, la simple visión de las deformaciones bastaba para provocar la risa, puesto que mostraban claramente al perdedor, estableciendo, por la misma, la superioridad de quien les miraba, el cual se consideraba, pues, un vencedor. Así, es como habría nacido el ridículo, y por ese motivo tenemos miedo a parecer ridículos, por temor a ser considerados como «perdedores».

Los filósofos y los pensadores han perpetuado la tradición al considerar la risa y el humor como una expresión eficaz de la agresividad. Con la evolución de la civilización, el combate intelectual ha reemplazado gradualmente al combate físico. En lugar de intercambiar golpes, los adversarios comenzaron a intercambiar palabras y el intelecto se convirtió en un arma destacada. Al principio de esta fase, encontramos, en el ataque intelectual, los mismos elementos que en el combate físico: un gran deseo de vencer y una fuerte competición. El vencedor ríe, el vencido está apesadumbrado y confuso. Los duelos de adivinanzas son mencionados ya en las mitologías egipcias, griegas y nórdicas. Así, la esfinge de la mitología griega planteaba a los paseantes la célebre adivinanza: «Camina sobre cuatro patas por la mañana, sobre dos al mediodía y sobre tres por la tarde. ¿Qué es?» Cuando el rey Edipo encontró la solución, la esfinge se entristeció tanto que se suicidó. Esta batalla intelectual evolucionó y se transformó en batalla de dichos ingeniosos y de intercambios humorísticos, en los que el elemento agresivo siguió estando presente.

Otros autores ven en la agresividad un comportamiento adquirido. Dos teorías psicológicas pueden explicar este proceso: la de la «frustración-agresividad» y la del complejo de inferioridad.

Un arma tranquilizadora

El hombre siempre ha estado preocupado por su originalidad y por su unicidad dentro del reino animal. De ahí la tendencia a definirse con fórmulas generales, como «el hombre es un animal social» o «el hombre es un animal que ríe». Para comprender las causas de la agresividad, se podría proponer otra fórmula, igualmente «universal»: «El hombre es un animal frustrado». Fórmula particularmente bien ilustrada por las tiras de dibujos de Claire Bretécher.

Cuando nace, el ser humano es, en efecto, débil. Durante largos años depende de los demás para la satisfacción de sus necesidades vitales. Como estas necesidades no siempre pueden ser satisfechas, el niño conoce muy pronto el rechazo del entorno, y oscila entre la resignación y la rebeldía.

Durante toda su vida, el hombre encontrará obstáculos que le impedirán llegar a sus fines. De esto se deriva un sentimiento de insatisfacción, de «frustración», que ocasiona diversas reacciones, entre las que la más común es la agresividad. Los demás, naturalmente, no se dejan manejar así como así: por eso dirige con mayor facilidad su

agresividad hacia quien no puede pagarle con la misma moneda y, en primer lugar, hacia los objetos inanimados. Cuando intentamos clavar un clavo y todo lo que conseguimos es golpearnos en los dedos, nuestro reflejo vengador es tirar furiosamente el martillo al suelo. En las relaciones humanas, la agresividad engendrada por las frustraciones se dirige, sobre todo, hacia los inferiores.

El señor Dupont, jefe de sección, es reclamado por el gran jefe que le encarga preparar un informe sobre la venta de tornillos y sobre las perspectivas de futuro de los destornilladores. El señor Dupont, feliz de tener la oportunidad de demostrar al gran jefe sus talentos y su perspicacia, se pone manos a la obra y, tras una semana de esfuerzos casi ininterrumpidos, presenta un informe bellamente mecanografiado. El jefe le pide entregar el informe, y el señor Dupont se aleja sonriente, soñando con el aumento de sueldo que seguirá a semejante esfuerzo. Pero, al día siguiente, el señor Dupont se encuentra ante el jefe, quien, con un gesto despectivo, le tira el informe a la cara diciendo:

—¡Vuelva a hacerlo, esto no vale para nada!

El señor Dupont, furioso y frustrado, siente ganas de volcar la mesa sobre su jefe. Evidentemente, sale educadamente con su informe en la mano, dispuesto a explotar por dentro. Si tuviera una secretaria, el señor Dupont podría liberar su tensión lanzándole a su vez el informe y exclamando:

—¡Su mecanografía, como de costumbre, es horrible!

Al no tener secretaria, el señor Dupont mantiene su tensión y se dirige a su casa, donde su mujer ha preparado, con todo cariño, su asado favorito y le espera sonriente. Tras cerrar de un portazo, exclama vociferando:

—¡Otra vez asado, estoy harto!

La señora Dupont, con lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta sirve la cena en un silencio tenso. Dupont junior hace una pregunta inocente que recibe una sonora bofetada como respuesta de su mamá. Sollozando, el niño termina su cena. Tenso y entristecido, le gustaría tirarle de la cola al gato, pero, como no tiene gato, se acuesta todo apesadumbrado. Al día siguiente, hace rabiar tanto a su maestra que ésta vuelve enfurecida a su casa. A la primera ocasión, ella increpa a su marido, ¡que no es otro que el jefe del señor Dupont!

Como el señor Dupont y los demás personajes de esta historia, todos sabemos que es muy difícil expresar agresividad con nuestros iguales o nuestros superiores de otro modo que no sea bajo una forma disfrazada. El humor permite, precisamente, un excelente camuflaje. Así, entre iguales:

Un escritor, encontrándose con un colega que acaba de publicar una novela, le dice:

—¡Excelente tu último libro! ¿Quién lo ha escrito para ti?

A lo cual el otro responde:

—Celebro que te haya gustado, pero, ¿quién lo ha leído para ti?

Y para con un superior:

El duque, al bajar al pueblo, se sorprende al ver a un joven que se le parece como una gota de agua a otra, y le pregunta:

—Joven, ¿no ha trabajado tu madre en el castillo?

—No, excelencia, pero mi padre, sí.

Como señalaba La Rochefoucauld: «Las salidas ingeniosas nos permiten ser groseros impunemente.»

Hemos querido verificar empíricamente si las personas que reaccionan habitualmente de forma negativa ante la frustración tenían tendencia a preferir el humor agresivo a otras formas de humor. Para ello, sometimos a 186 estudiantes a la prueba de reacción a la frustración, de Rosenzweig. Esta prueba se compone de una serie de dibujos en los que aparecen siempre dos interlocutores. Uno de ellos frustra al otro, y lo que se le pide al examinando es responder en lugar de la persona frustrada. Por ejemplo, en uno de los dibujos se ve a dos mujeres junto a una pequeña mesa y un jarrón volcado. Una de ellas dice: «Has roto el jarrón favorito de mi madre.» El sujeto debe decir lo que podría responder la otra mujer en tal situación. Las respuestas se clasifican en tres categorías, de la siguiente manera:

— Las que atacan la fuente de la frustración, del estilo de: «¡Éste no es lugar para poner un jarrón!» Esta forma de hostilidad se llama *reacción extrapunitiva.*

— Las que se echan la culpa, como: «¡Oh! Siempre me pasan a mí estas cosas...» Esto es una *reacción intrapunitiva.*

— Finalmente, las que eluden toda responsabilidad: «Ya te voy a comprar otro.» Esto es una *reacción no punitiva.*

El estudio estadístico indica que los sujetos de reacción no punitiva prefieren significativamente el humor neutro. El humor agresivo es preferido más por los sujetos de reacción extrapunitiva.

Un arma defensiva

Otra teoría psicológica, que puede relacionarse con la función agresiva del humor, es la de Adler, para quien todo el mundo intenta constantemente compensar un sentimiento de inferioridad. El complejo de inferioridad sería un estadio normal del desarrollo del ser humano. El niño crece, se desarrolla, rodeado de adultos que le impresionan por su tamaño, su voz, su personalidad y su capacidad de «poder hacer todo». Comparándose con ellos, el niño no puede sino sentirse inferior. Por eso realiza un esfuerzo constante para compensar el sentimiento de su inferioridad. La historia ofrece muchos ejemplos de esto.

Demóstenes quería ser orador. Tartamudo y tímido, conoció un humillante fracaso con su primer discurso. Sin desanimarse por ello, trabajó encarnizadamente hasta convertirse en el orador más célebre de su patria. Éste es un ejemplo. ¿Basta esto para explicar las conquistas y realizaciones de Napoleón como inconscientemente motivadas por su pequeña estatura o la ascensión de Roosevelt a la presidencia de los Estados Unidos como compensación a su situación de paralítico? Esta explicación simplista ha contentado a numerosos psicólogos. Hay que reconocer, con Adler, que el sentimiento de inferioridad es uno de los componentes de la naturaleza humana que impulsa al hombre a realizar esfuerzos de compensación para demostrarse a sí mismo su valor. Uno de los medios predilectos para lograrlo es el humor. Cuando uno se ríe de alguien, le ridiculiza, le rebaja y le hace inferior. Por la misma uno se vuelve superior, lo que proporciona un sentimiento de satisfacción.

En un estudio experimental, investigadores norteamericanos[1] han intentado comprobar si la agresividad hacia una persona dotada de poder causaba más risa que la agresividad hacia una persona con la misma posición social que uno mismo. Se presentaron varios tipos de caricaturas a 76 estudiantes de psicología. En algunas de estas caricaturas, la víctima de la agresividad era una persona dotada de poder

[1] J.R. Cantor, D. Zillman, «Resentment toward victimized protagonists and severity of misfortunes they suffer as factors in humor appreciation», *Journal of Experimental Research in Personality*, 1973, 6, 321-329.

(un banquero, un policía, etc.); en las otras se trataba de una persona sin ningún poder y de un nivel social similar al de los sujetos (un estudiante, un joven guitarrista). Las caricaturas sugerían que algo desagradable iba a sucederle al personaje principal (la víctima), «el agresor» era bien un animal, bien un niño. Se pidió a los estudiantes que señalaran, para cada caricatura, hasta qué punto estaba lograda y si hacía reír. El análisis de los resultados indicó que las caricaturas en las que la víctima era una persona que detentaba un «poder» eran significativamente consideradas como más «graciosas» que las demás.

La conclusión sería que tenemos más necesidad de sentirnos superiores frente a quien detenta un «poder» sobre nosotros. O también: que el sufrimiento de los más poderosos es el que más nos hace reír.

Existe un folklore humorístico que ridiculiza al prójimo demostrando su estupidez, lo cual nos vuelve implícitamente más inteligentes que él, en cierto sentido, superiores. Así, el señor que resbala sobre una piel de plátano y cae al suelo provoca explosiones de risa en los transeúntes, mucho más astutos ellos, ya que han sabido evitar ese peligro en su camino. O también esta historia:

Tras un naufragio, dos amigos se agarran a un madero y flotan así durante dos días. De repente, divisan tierra y uno de ellos comienza a nadar vigorosamente hacia la orilla. El otro permanece agarrado al madero, ya que no sabe nadar, y lanza gritos desesperados. El nadador, una vez alcanzada la orilla, desentumece sus músculos dando algunos pasos y se lanza de nuevo al agua para buscar a su amigo. Así, socorrido, el que no sabe nadar pregunta al otro:

—Pero, ¿por qué me has dejado solo?

—Tenía que salvar mi propia vida primero para poder salvar la tuya después.

A veces «el ridiculizado» es un grupo entero, e incluso todo un pueblo. En Francia son muy populares los chistes belgas, basta con que alguien empiece una historia diciendo: «Un buen día, un belga...», para que aparezca una sonrisa de superioridad en los rostros. Evidentemente, los belgas hacen lo mismo con respecto a los franceses.

En cuanto a determinar si la agresividad es un instinto, una reacción de defensa o una revancha, esto es algo sobre lo que nunca se acaba de discutir. Pero todos reconocen en la agresividad una necesi-

dad humana y un elemento de nuestra naturaleza. Pese a las interminables discusiones sobre la teoría del hombre nacido malo o convertido en tal, es necesario constatar que la sociedad acepta la existencia de la agresividad, al tiempo que conoce sus peligros, lo cual la induce a intentar canalizarla hacia cauces aceptables.

Cada sociedad prevé diferentes formas de «válvulas de escape». En nuestra civilización, por ejemplo, el deporte, y particularmente los deportes violentos, como el boxeo, son uno de los medios de desahogo controlados y aceptados por todos. La «escena deportiva» es la siguiente: los espectadores acuden para asistir al enfrentamiento entre dos adversarios. En el transcurso de las presentaciones, los luchadores se estrechan la mano educadamente para señalar que no tienen ninguna hostilidad el uno contra el otro. Todo lo que suceda a continuación sobre el ring respetará las reglas del juego y del *fair-play*. Al primer golpe de campana, uno de los boxeadores se abalanza sobre el otro y comienza a golpearle. Le lanza puñetazos, le derriba, le golpea sin piedad, y encaja sus golpes igualmente: dientes partidos, mandíbulas fracturadas, sangre que mana de la nariz, oreja desgarrada... Toda esta agresividad física es permitida y alentada, a condición de que suceda dentro de los límites del ring: cuando la campana indica el final, el ataque se detiene, el impulso se frena y los dos luchadores deben darse la mano, para demostrar que se trataba de un juego solamente.

Para los espectadores los acontecimientos se desarrollan de forma similar. El público llega al Palacio de los Deportes, un día determinado, a una hora determinada. Ocupa su localidad, se instala, se interesa por la salud de su vecino, en resumen, se comporta como un ser civilizado y bien educado. En cuanto los luchadores entran en acción, los espectadores se vuelven, a su vez, violentos y agresivos. Dan puñetazos al aire, se levantan, gritan, se agitan, increpan al árbitro, saltan sobre sus asientos, gritan insultos; es el desenfreno total y sin limitaciones. Después de la pelea esos seres violentos recuperan de nuevo su máscara de personas civilizadas bien educadas y controladas. Es suficiente asistir al regreso a su casa del espectador deportivo, agotado pero feliz, enronquecido pero locuaz, para apreciar el efecto saludable de este desahogo.

Otra forma de agresividad aceptada e incluso alentada por la sociedad es la crítica artística, literaria, teatral, y, de forma general, el periodismo bajo todas sus facetas. Estas actividades son valoradas en nuestra sociedad y pueden servir de escape relativamente inofensivo de las tensiones agresivas. Tomemos, por ejemplo, la presentación de

un libro, de una película o de una obra de teatro. El autor, el cineasta, el dramaturgo, han pasado largos meses intentando dar expresión y forma a sus tendencias creativas. El crítico, cuya labor es reseñar e informar al público, puede demoler en unos minutos y con unas cuantas palabras el producto de todos sus esfuerzos. El crítico niega tener alguna rencilla personal contra el autor de la obra en cuestión: él se limita a criticar de forma más o menos amable, en términos más o menos acerbos, el trabajo de otro. Esta crítica, perfectamente admitida, es claramente una agresión y la víctima no tiene generalmente el derecho a defenderse. Se supone que debe aceptarla sin rechistar, ya que se trata de usos y costumbres impuestos por la sociedad. El crítico apunta menos a quien juzga que al público al que permite desplegar su propia agresividad; como testimonio la historia siguiente:

Un crítico musical escribe al día siguiente de un concierto: «Ayer me di cuenta de hasta qué punto debemos estar agradecidos al hecho de que tales acontecimientos tengan lugar tan de tarde en tarde.»

Si existe una forma de agresión permitida en nuestra sociedad, es claramente el humor; bajo ciertas condiciones. Es necesaria una connivencia entre el bromista y su público. Este entendimiento se traduce con una palabra de doble sentido, una sonrisa, un guiño, un gesto, un silencio. La intención humorística, burlona u ofensiva en otro contexto, puede pasar entonces impunemente.

Un joven dice a su amigo: «Todo el mundo tiene derecho a ser feo, pero creo que tú abusas.»

El humor permite decir o sugerir ideas desagradables sin tener que temer reacciones violentas ni represalias. Bien al contrario, si la «víctima» de la broma no ríe, si se niega a captar la muestra de humor, a reconocer las reglas del juego, será acusada de no tener sentido del humor. La única defensa inteligente es responder en el mismo tono, siempre en clave de humor.

Un arma absoluta

Así, el humor es frecuentemente un artificio que sirve para ocultar un sentimiento hostil, para disfrazar una franca agresividad. Todos sa-

bemos que el sector de las bromas y engaños es, desde hace mucho tiempo, una industria floreciente. Así como los comerciantes de cañones fabrican armas para la agresión guerrera, los fabricantes de bromas y engaños venden instrumentos de agresión que se las dan de inofensivos. La flor en la solapa que lanza un chorro de agua sobre quien se acerca, al anillo que transmite una pequeña descarga eléctrica, la caja de puros de donde salta un rana, los objetos de plástico que simulan una araña... son instrumentos de tortura modernos que supuestamente hacen reír. ¡Ay de la víctima que osara denunciar este humor como una forma de agresividad!

Frecuentemente, esta clase de gracias irrita y produce desagradables resultados. Un humor tan vulgar puede humillar, herir, agobiar y causar, a veces, un verdadero dolor físico: por ejemplo, los polvos de estornudar a las personas que sufren alergias... La atracción por las bromas y engaños va unida a una cierta ingenuidad propia de la infancia. Semejantes procedimientos permiten al eterno niño que duerme dentro de cada adulto expresarse sin miramientos y de forma graciosa. Ese deseo de volver un poco a la infancia es incluso alentado de forma, a veces, institucional en numerosos países, especialmente el 28 de diciembre y en días de carnaval.

El humor agresivo se expresa también indirectamente por el cauce de alusiones o de comparaciones, como:

La Sra. X se parece a la Venus de Milo. Es vieja, tiene los brazos cortos y manchas cetrinas en el vientre.

El ataque puede ser más refinado, pero igualmente feroz. En el campo de la publicidad se encuentran ejemplos como éste:

Les ofrecemos a continuación la lista de bancos que toman en consideración los intereses de sus clientes más que sus propios intereses.

—

—

—

Cualesquiera que sean las formas que revista, el humor nos amansa y permite de ese modo a seres naturalmente agresivos una vida soportable e incluso agradable en sociedad, para ellos, pero también, aunque en menor medida, para aquellos que les rodean.

Capítulo 2

PINTA SEXO

La función sexual del humor

El humor sexual existe, probablemente, desde la creación del hombre y la mujer. Filósofos e investigadores no habían, sin embargo, examinado nunca esta forma de humor hasta Freud. Es cierto que, hasta entonces, la sexualidad no era apenas reconocida como un tema de interés científico. Pese a la viva resistencia de la sociedad de su época, el inventor del psicoanálisis osó hablar francamente de la sexualidad y revelar su importancia para la comprensión de la personalidad. Hasta entonces, cuando alguien hablaba de sexualidad en un círculo de personas bien educadas, todo el mundo se sorprendía. Freud tuvo tanto éxito, que hoy día el fenómeno se da a la inversa. El que se molesta por las alusiones sexuales sorprende a su entorno.

Para Freud, la sexualidad ocupa un lugar preferencial en el desarrollo moral del niño, en la comprensión de los sueños y del arte y, naturalmente, en las enfermedades mentales de todo tipo. La sexualidad en el humor no fue olvidada, puesto que Freud le dedicó un libro titulado: *El chiste y sus relaciones con el inconsciente,* publicado en 1905[1], y un artículo escrito un cuarto de siglo más tarde[2]. Esquemáticamente, el punto de vista de Freud puede resumirse así: la sexualidad, así como la agresividad, tropieza con poderosas prohibiciones en

---

[1] *Op. cit.*

[2] S. Freud, «El humor en Freud».

nuestra sociedad. Su expresión se reprime y es necesario utilizar una cierta cantidad de energía psíquica para contenerla. El humor permite a las pulsiones prohibidas expresarse de una forma indirecta y socialmente aceptable. La energía psíquica utilizada para bloquear esas pulsiones se libera así y puede exteriorizarse a través de la risa. Es un poco como el fenómeno que encontramos en los sueños. Con un pequeño matiz, puesto que en el sueño la sociedad no interviene. El humor, en cambio, proporciona la ocasión de introducir la sexualidad en las relaciones con los demás. El que «produce» el humor puede presentarlo sin temor a ser rechazado ni censurado.

Pero la teoría de Freud debe, sobre todo, comprenderse partiendo del contexto de su época. Así, una mujer atravesando una calle de Viena a principios de siglo habría provocado palpitaciones con levantar apenas unos centímetros su larga falda y mostrar su tobillo. Imagine a Freud paseando hoy día por delante de cines que ofrecen películas pornográficas y deteniéndose en un quiosco de periódicos para mirar los desnudos de las portadas de ciertas revistas. ¿Seguiría hablando de la energía psíquica que hay que utilizar para impedir la expresión de la sexualidad? Una consecuencia lógica de la teoría freudiana podría ser ésta: cuanto más disminuye el tabú de la expresión de la sexualidad en una sociedad, menos necesidad tiene ésta de manifestarse a través de cauces encubiertos e indirectos. Con otras palabras, el humor de carácter sexual debería tender a desaparecer progresivamente...

Ahora bien, todos sabemos que el humor sexual, no sólo no ha desaparecido, sino que goza de excelente salud. Dos investigadores norteamericanos[1] pidieron a 14.500 personas que indicaran sus preferencias entre 30 tipos de chistes. Han podido comprobar que las historias de tipo sexual eran, con mucho, las más populares. ¿Cómo se puede explicar que en nuestra época, en la que los tabúes sexuales aparentemente han desaparecido, tantas personas aprecien aún el humor sexual?

Los placeres del sexo

Muchos poetas han descrito las sublimes delicias del sexo. Muchos de entre nosotros, por sus experiencias personales, están convencidos

[1] J. Hasset, J. Hulligan, «Different jokes for different folks», *Psychology Today*, 1979, pp. 64-68.

de ello. El sexo, sin lugar a dudas, ofrece uno de los mayores placeres de la vida. Placer limitado, no obstante, por nuestras capacidades fisiológicas. El famoso informe Kinsey revela que el número de relaciones sexuales por semana varía de dos a seis, en función de la edad.

Observando a una rata macho en presencia de una hembra en celo, los biólogos han comprobado un fenómeno interesante. Cuando el macho está encerrado solo en una jaula, gira en redondo intentando conocer su entorno. La introducción de una hembra en celo en la jaula modifica completamente el comportamiento del macho. Éste se precipita entonces sobre ella y responde con vigor a sus encantos. Después, sigue con sus idas y venidas, hasta que los investigadores deciden reemplazar a la hembra por otra. En cuanto es introducida la nueva compañera, el interés de macho despierta bruscamente. Acosa y satisface a la hembra con toda la atención sexual que merece. Luego, sin interesarse más por el asunto, vuelve a sus ocupaciones precedentes. Con una nueva hembra, repite sus agasajos, y así sucesivamente hasta el agotamiento completo...

Los biólogos han llamado a este comportamiento «el efecto Coolidge» en recuerdo de la conocida historia del presidente de los Estados Unidos.

El honorable presidente y su esposa visitaban, un día, una granja. Llegaron a un campo en el que había vacas. Entonces vieron un toro que estaba cubriendo a una vaca, después a otra. En cuanto terminaba, reemprendía su actividad sobre una tercera, después con una cuarta... La señora Coolidge, con una mirada seductora, se volvió hacia su marido y le dijo: «¡Fíjate en ese macho, qué vigor!» El presidente respondió: «¡Sí, pero fíjate también cuántas compañeras!» Así, el presidente norteamericano se hizo un sitio en el mundo de la investigación biológica.

Algunos podrán encontrar en el efecto Coolidge un medio de aumentar su potencia sexual... Pero este método corre el serio peligro de tropezar con algunas prohibiciones sociales. A pesar de la permisividad sexual que caracteriza a nuestra época, no es posible «saltar» inmediatamente sobre cualquier «partenaire» al menor flechazo. Limitaciones, tanto sociales como psicológicas, nos impiden satisfacer nuestro apetito sexual tanto como desearíamos. Afortunadamente, el humor sexual puede aportarnos ciertas compensaciones e incluso enri-

quecer nuestra experiencia en ese campo. Hablar de la sexualidad con humor puede ayudarnos a satisfacer nuestros robustos apetitos, proporcionándonos placer, pero a otro nivel.

En la teoría psicoanalítica existe un concepto conocido bajo el nombre de «sublimación». Es el procedimiento que vuelve al instinto socialmente aceptable ofreciéndole satisfacciones más nobles y desinteresadas. El amor galante en la literatura de la Edad Media, el romanticismo del siglo pasado, ilustran esta sublimación de las conductas sexuales. Pero el humor sexual no puede considerarse como una verdadera sublimación. No intenta reemplazar algo. Aporta sobre todo un suplemento, estimulando la imginación. Si no podemos saciar, como ya hemos dicho, nuestro apetito, al menos podemos soñar con todo lo que podríamos hacer. El humor sexual puede así estimular, sólo a nivel de las ideas, nuestros deseos sexuales. Pongamos un ejemplo:

Érase una vez una princesa que se paseaba al borde de un lago. Su sombrero voló, cayó al agua y desapareció. Al cabo de un rato, apareció una rana sujetando fuertemente el sombrero con su boca. «¿Cómo puedo agradecértelo?», dijo la princesa. «Tengo frío», respondió la rana, «por favor, llévame a tu cama.» A la mañana siguiente, cuando la madre de la princesa entró en la habitación, encontró a su hija en la cama con un hombre desnudo. No estuvo en absoluto dispuesta a creerse la historia que le contó su hija.

Las películas pornográficas y las fotos de desnudos en las revistas se realizan para estimularnos. Esta estimulación, al menos teóricamente, debería aumentar nuestro apetito sexual. Pudiera ser que el humor sexual cumpliese una función similar. Pero tiene además la ventaja de estar mejor aceptado socialmente.

El tabú sobre la sexualidad ha sido, finalmente, más o menos vencido. Le ha sucedido una verdadera oleada de sexualidad que nos ha inundado a todos. Hemos pasado de un extremo al otro, del disimulo a la invasión del exhibicionismo. Este movimiento pendular es típico de muchas formas de comportamiento humano, y hemos podido observarlo en muchos otros campos. Por ejemplo, en medicina, el paso de la medicina general a la especialización a ultranza. En política, la caída de un gobierno dictatorial seguida, generalmente, de un período

de anarquía. En educación, el extremo autoritarismo cediendo su lugar a los excesos de permisividad. En el campo de la sexualidad, nos encontramos probablemente en el apogeo del movimiento pendular en donde la sexualidad se manifiesta de todas las formas imaginables en el arte, la literatura, el teatro, el cine y también en el humor. El péndulo podría muy bien desplazarse en sentido contrario. La expresión de la sexualidad debería, entonces, hacerse más sutil, como en la siguiente historia:

Una joven, cuyos sueños están totalmente ocupados por un romántico cantante de moda, pasea un día por el parque y se queda dormida en un banco.

Cuando abre los ojos, encuentra al héroe de sus sueños paseando a su lado.

—Tú eres el príncipe azul de mis sueños— le dice.

—En ese caso —responde el cantante— puedo satisfacer tus tres deseos.

A lo que ella responde:

—Yo no tengo más que un deseo, pero puedes satisfacerlo tres veces...

En esta historia, no se trata explícitamente la sexualidad. Quien la escucha debe descubrir por sí mismo los elementos sexuales que contiene. Ahora bien, lo que despierta la curiosidad es generalmente algo oculto. Todo enseñante sabe que la mejor forma de incitar a los niños a la lectura de un libro es prohibírsela categóricamente. Esta lección es probablemente tan vieja como el mundo y la primera experiencia de esto nos la describe la Biblia cuando Adán y Eva se dejan tentar por el fruto prohibido. Una situación semejante nos la proporciona Anatole France en su novela *La isla de los pingüinos,* en la que los pingüinos vivían desnudos y felices. Un buen día, el diablo decide cambiar las costumbres de la isla. Conchabado probablemente con los grandes modistos, viste a una pingüina no muy bella con unos atavíos que ocultan totalmente su cuerpo y excita así la imaginación de los señores pingüinos. Éstos comienzan a fantasear sobre los tesoros que pueden ocultar sus vestimentas, y a partir de entonces es seguida por una larga fila de admiradores curiosos y excitados... Numerosas experiencias psicológicas han intentado demostrar científicamente la teoría

de Anatole France tan encantadoramente descrita: lo que está disimulado despierta la curiosidad mucho más que lo que no lo está.

En el campo del humor sexual, nosotros pensamos que en el futuro ligeras alusiones sexuales sustituirán a las enormes oleadas de chistes verdes de caricaturas en las que domina la representación de la mujer como objeto sexual. Las revistas especializadas en la sexualidad y el desnudo, tipo *Playboy* o *Lui,* tienen frecuentemente rúbricas humorísticas en donde la expresión de la sexualidad es directa y carente de toda finura. Con el descenso del interés del público hacia ese tipo de revistas, que finalmente no consiguen sino aburrir al lector con la repetición de la misma desnudez, el humor va probablemente, si no a desaparecer, al menos a cambiar de carácter. El humor sexual, en efecto, se basa en otras cosas que la utilización de «palabrotas». En realidad, es más exigente y es probable que la alusión velada a la sexualidad sea más eficaz en la lucha contra el tabú. Así, un chiste en el que ninguna palabra tenga relación con los órganos sexuales ni con la actividad sexual, pero que haga pensar en tales ideas, tendrá, parece ser, más alcance y será más eficaz, puesto que deja al que lo escucha la tarea de comprender las alusiones, lo que le permite utilizar sus propios fantasmas sexuales. Además, el placer intelectual de haber sorteado el tabú, de haberlo engañado realmente, aumenta la satisfacción, como muestra la siguiente historia:

Un joven entra en una casa de citas muy famosa y se dirige a la patrona:

—Señora, desearía pedirle algo muy especial, y no sé si...

—Señor —interrumpe la dama— no se preocupe. En nuestra casa, el cliente es el que manda y cualquier deseo puede ser satisfecho. Le voy a dar a Teresa, que es una experta, y esté usted seguro de que, pida lo que pida, quedará satisfecho.

El joven sube con la encantadora Teresa y tres minutos después desciende.

—¡Qué! ¿Ya está? —pregunta la patrona.

—No, señora. Teresa se ha negado.

—¿Cómo? —dice la patrona. Esto es realmente vergonzoso para nosotras. Le voy a decir cuatro cosas a Teresa. No desearía que un cliente se vaya de nuestro establecimiento insatisfecho. Mire usted, yo ya no soy tan joven, pero todavía puedo hacer un buen trabajo. Dígame lo que desea...

—¡Que me fíen, señora!

El humor sexual proporciona cierto placer y puede enriquecer nuestra experiencia. Sin embargo, nuestra actitud hacia la sexualidad no siempre es positiva. A veces, padecemos decepciones e incluso angustias en este terreno. Ahora bien, el humor sexual puede igualmente suministrarnos algunos remedios agradables y eficaces. Cumple, entonces, otros dos cometidos: a uno podríamos llamar «igualizador» y al otro, «regulador».

La rivalidad de los sexos

Hemos hablado ya del humor agresivo como uno de los medios de enfrentarnos sin peligro a nuestros superiores. Al desvalorizarles, facilitamos una cierta nivelación; rebajamos a quien nos parece ocupar un nivel superior al nuestro. Este principio fue perfectamente puesto de manifiesto por los antiguos griegos cuando presentaban a sus dioses en posturas poco divinas entre los dibujos con los que decoraban sus urnas. Exhibir unos dioses desnudos con enormes falos erectos les daba ciertamente un aspecto de mortales, rebajándoles a nuestra humilde condición. El mismo mensaje se encuentra, sin duda, en las escapadas y desventuras sexuales de los dioses que abundan en la mitología griega, demostrando así a los pobres mortales que los dioses no son, al fin y al cabo, mucho mejores que ellos. En el mismo orden de ideas una revista norteamericana obtuvo un gran éxito, hace algunos años, presentando un «poster» de Kissinger completamente desnudo cuando éste se encontraba en pleno apogeo de su carrera política. Las risas provocadas por esa imagen no podían sino rebajar al hombre célebre. Otro señor cualquiera, un poco barrigudo, en torno a la cincuentena, presentado desnudo, no habría provocado ciertamente ni sonrisas ni placer. Para experimentar uno mismo este mecanismo de nivelación, basta, por ejemplo, con mirar a un personaje político importante en la televisión e imaginarle completamente desnudo. En la literatura humorística, la desnudez y las asociaciones sexuales que se relacionan con ella pueden tener así una función bien diferente de la descrita por Freud.

Otro aspecto del humor en el que la sexualidad se utiliza para rebajar al prójimo se encuentra en el eternamente cómico personaje del «cornudo». Los cuernos han sido el tema preferido de numerosas comedias y los cornudos abundan en las comedias de Molière, de Labi-

che y otras comedias ligeras que hacen reír. Si se extendiera el rumor de que el presidente del gobierno es cornudo[1], su siguiente discurso sobre la austeridad y las fuerzas del orden casi no se tomaría en serio. Cuanto más elevado sea el rango social del cornudo, más risible resulta[2].

El humor que toma como tema los cuernos constituye paralelamente una crítica contra una de nuestras instituciones más «sagradas»: el matrimonio, escenario de la eterna batalla entre los dos sexos. En todas las épocas, la relación dentro de la pareja mezcla sus aspectos maravillosos y agradables con una competitividad y una lucha por el poder. Cada uno de los cónyuges es a veces dominador, a veces dominado. El oprimido puede utilizar el humor para atacar al dominador y quitarle su superioridad volviéndole ridículo. El humor sexual que toma como blanco a uno de los cónyuges pretende rebajarle y cumple un papel «igualizador».

Después del amor, él pregunta:
—Querida, ¿no has deseado nunca ser un hombre?
—No, querido, ¿y tú?

Hombres y mujeres pueden ser, por turnos, víctimas del humor sexual. En realidad, todos sabemos que las mujeres lo son con más frecuencia. Las causas son demasiado complejas como para que intentemos aclararlas aquí. Sin embargo, desearíamos mencionar una idea que nos parece importante y que se olvida algunas veces. Es la debilidad biológica del llamado sexo fuerte.

Uno de los sexos es más débil que el otro. El que se acostumbra a llamar sexo fuerte está desfavorecido por demasiadas debilidades biológicas para que se le pueda atribuir seriamente dicha apelación. Investigaciones sistemáticas sobre las diferencias biológicas de los sexos han puesto de manifiesto determinados hechos a menudo olvidados. Aunque en el momento de su nacimiento los bebés varones tengan más peso y sean más ruidosos, aunque los hombres adultos tengan un corazón y unos pulmones más grandes, músculos y piernas que les permiten correr más deprisa, saltar más alto y levantar mayores pesos, los hombres son, sin embargo, más frágiles que las mujeres. Un gran número de dificiencias físicas pertenecen, casi exclusivamente, a los

---

[1] Evidentemente, no se trata de nuestro gobierno.

[2] El cornudo es siempre un personaje masculino cómico. La mujer, la pobre, es engañada. No es cornuda. Es un personaje más bien melodramático.

hombres: la hemofilia, la estenosis mitral (deformación del corazón), la sordera congénita, el daltonismo, la calvicie...

La proporción de bebés que nacen muertos es más elevada entre los varones. Se sitúa en 140, contra 100 para las niñas. En el primer año de vida, el 45 % de los muertos son del sexo masculino; a la edad de 35 años, el 58 %. La longevidad es, en todos los países, más elevada para las mujeres. Se siente la tentación de concluir que esta ventaja de las mujeres se debe al hecho de que los hombres, en razón de su función social, están expuestos a más tensiones y a unas condiciones de vida más duras; pero una investigación llevaba a cabo en Norteamérica comparando la longevidad de los dos sexos contradice esta idea[1]. Se comparó la duración de vida de 30.000 monjas católicas con la de 10.000 frailes que tenían las mismas condiciones de vida: todos célibes, todos enseñantes, todos no fumadores y no bebedores. Los resultados probaron que la longevidad de las monjas era, pese a todo, significativamente más elevada que la de los frailes...

Algunos piensan que la inferioridad biológica del hombre con respecto a la mujer no deja de tener su influencia sobre el humor. Las bromas de los hombres sobre el sexo revelan sus actitudes antagonistas para con las mujeres. Por otro lado, puede ser que el mito del hombre fuerte, agresivo y dominador, no sea más que una forma de compensación de su inferioridad biológica. En sus esfuerzos por parecer más fuerte que las mujeres, el hombre puede recurrir al humor sexual. Intenta, así, rebajar a la mujer y nivelar esa superioridad que percibe inconscientemente. Las dificultades para asumir los papeles masculinos en nuestra sociedad se concretan en la expresión «¡demuestra que eres un hombre!» Esto, evidentemente, no significa que la condición de la mujer sea más fácil...

Una niña:

—Mamá, ¿cuándo sea mayor, me casaré y tendré un marido como papá?

La mamá, sonriendo:

—Claro que sí, mi amor.

—¿Y, si no me caso, seré una solterona como la tía Ernestina?

—Sí, querida.

—¡Ay! ¡Qué dura es la vida de las mujeres, mamá!

---

[1] *A. Oakley, Sex, Gender and Society*, Nueva York, Harper and Row, 1972.

La víctima del humor sexual puede ser tanto un hombre como una mujer. Nuestra preferencia por un humor sexual donde el blanco sea uno de los dos sexos dependería de nuestra actitud general hacia el sexo opuesto. Así, Losco y Epstein han intentado evaluar las actitudes antifemeninas de los hombres y las actitudes antimasculinas de las mujeres. Han comprobado que los hombres prefieren las caricaturas en las que la víctima es una mujer y han encontrado el fenómeno inverso entre las mujeres. Estos investigadores han conseguido ofrecer un test de apreciación del humor para evaluar las actitudes profundas e inconscientes para con el sexo opuesto[1].

La liberación de los tabúes

El humor permite abordar todos los asuntos angustiantes creados por la sexualidad: la homosexualidad, la impotencia, la frigidez... Estos aspectos son, probablemente, aún más tabúes que la sexualidad en general. Ridiculizándolos, conseguimos dominarlos y reducir sus efectos. La evocación de temas sexuales delicados provoca en muchas personas turbación o ansiedad. El humor lo remedia. La transformación de miedo en objeto de juego provoca la risa y reduce la tensión. El humor permite aceptar más fácilmente la conversación sobre los temas que nos preocupan.

Al igual que los fantasmas sexuales, las angustias sexuales son algo muy personal, aunque todos compartamos un cierto número de ellas. Nuestra lucha contra estas ansiedades puede tomar diversas formas. Una de ellas es el humor, que nos permite, en cierto modo, no tomar esas cosas demasiado en serio y, consiguientemente, disminuir momentáneamente nuestras angustias. Así, una de las cuestiones más preocupantes es, sin duda, la impotencia en el hombre y la frigidez en la mujer.

Una mujer joven dice a su médico:

—Doctor, ¿usted cree que es normal? Cada vez que mi marido y yo hacemos el amor, siento o mucho calor o mucho frío.

---

[1] L. Losco, S. Epstein, «Humor preference as a subtle measure of attitudes toward the same and opposite sex». *Journal of Personnality*, 1975, 43,321-334.

Tras el examen, en el que no encuentra nada anormal, el médico habla con el marido y le pregunta su opinión sobre el problema expuesto por su mujer.

—No hay ningún problema, es porque lo hacemos una vez en verano y otra en invierno.

Este enfoque humorístico es bastante pesimista. Pero también podemos abordarlo de una manera más optimista y graciosa añadiendo otra fuente de ansiedad sexual, el envejecimiento:

Una señora mayor va a ver a su psiquiatra:

—Doctor, mi marido me preocupa. Creo que se está volviendo impotente. Me gustaría saber si la causa es psicológica o fisiológica.

El psiquiatra, un poco soprendido, pregunta:

—¿Qué edad tiene usted, señora?

—Ochenta años —responde la dama.

El psiquiatra reflexiona, luego, sonríe y pregunta:

—¿Y su marido?

—Ochenta y cinco.

Esta vez el psiquiatra se queda realmente un poco perplejo.

—Dígame, señora, ¿cuándo ha comprobado usted la impotencia de su marido por primera vez?

—¿La primera vez? Ayer por la noche. Pero lo que me preocupa realmente es que la he constatado de nuevo esta mañana.

Impotencia y frigidez relacionadas con el envejecimiento es algo que nos va a concernir a todos, en uno u otro momento. Esta identificación es quizá lo que nos permite encontrar graciosas esta clase de historias y obtener placer de ellas a diferentes niveles. Otros temas, como la homosexualidad, parecen estar, sin embargo, más alejados de la mayoría de nosotros. La frecuente condena de la homosexualidad refleja, ciertamente, una angustia profunda, que Freud intentó explicar. Según él, todos somos bisexuales. No es sólo que, en el transcurso de nuestro desarrollo sexual todos pasemos por una fase homosexual, sino que esta tendencia permanece latente a lo largo de toda nuestra vida. Esta tendencia inconsciente, y a veces preconsciente, nos hace temer todo lo relacionado con la homosexualidad. De ahí la existencia

de un vasto folklore del humor dirigido contra los homosexuales de todas clases. Así, Woody Allen decía:

«Yo soy heterosexual. Sin embargo, ser bisexual tiene muchas ventajas. Dobla tus posibilidades de ligar el sábado por la noche.»

Desde hace algunos años, una cierta permisividad nos permite abordar más libremente, al menos a nivel intelectual, la complejidad de las relaciones hetero y homosexuales:

Dos amigos homosexuales están sentados en la terraza de un café. Pasa una chica muy guapa; tiene un caminar felino, sus jóvenes senos se agitan bajo su vestido transparente. Sin quitarle la vista de encima, uno de ellos se dirige a su amigo:

—Sabes, Alfonso, hay veces que lamento no ser lesbiana.

Capítulo 3

EL PARAÍSO TERRENAL
La función social del humor

El humor influye en las relaciones de los humanos. Algunos lo consideran capaz de modificar, incluso de reformar, la propia sociedad. Otras se conforman con estudiar los efectos sobre las relaciones entre particulares o en el seno de los grupos sociales.

Más justicia

El mundo, tal y como es, no es ciertamente ni ideal ni perfecto. En todas las épocas, el hombre ha querido cambiarlo, transformarlo, mejorarlo. Cada generación inventa nuevos ideales, que no siempre se quedan en sueños. Muchas de las teorías sobre los posibles progresos de la justicia, de la paz y de la igualdad, han conducido a guerras, a revoluciones, a la Inquisición o a masacres que tenían como loables objetivos someter a los recalcitrantes. Afortunadamente, se han encontrado otros medios que la coerción para intentar mejorar el mundo. Inspirado en religiones o en filosofías, como la no violencia, por ejemplo, el hombre se contenta a veces con denunciar el «mal», lo cual le conduce a prometer recompensas a los «buenos» y castigos a los «malos», si no para el presente, al menos para el futuro. Es el paraíso o el infierno. La represión o la exhortación se utilizan, desde hace mi-

lenios, con serio fervor y gravedad. Pocos han osado sostener que también se podía cambiar el mundo por otro medio, el humor.

Y, sin embargo, una simple broma relaja la atmósfera. Cuando el hombre se ríe del hombre, convierte en ridículos comportamientos característicos y puede, de ese modo, mejorarlos. A veces con una simple broma cortés, a veces con insolencia y desprecio, a menudo de una forma mordaz, es posible insinuar una verdad bajo unas palabras divertidas. Todos sabemos, por ejemplo, lo que es una «tartufada» y el empleo oportuno de esa palabra puede denunciar eficazmente una conducta hipócrita.

El humor tiene también una función importante de corrector social, de abogado de conveniencias y convencionalismos. Esto es lo que Bergson ha descrito en su brillante y famosa teoría de la risa[1]. Bergson sólo concibe la risa en sociedad. Es cierto que sólo se ríe verdaderamente con otra persona. En su libro, cita el ejemplo del sermón en la iglesia:

> *Todo el mundo lloraba a lágrima viva, excepto un hombre. Cuando alguien se dio cuenta: «Pero, oiga, ¿usted no llora?» Éste respondió: «¡Qué va! Yo no soy de la parroquia!»*

Lo que es válido para el llanto lo es más aún para la risa. Existe una cierta complicidad entre los rientes. Así, reímos más en un teatro lleno que en una sala vacía. El carácter contagioso de la risa ha sido propagado por el cine y la televisión, que tienen la posibilidad de añadir en determinadas escenas de las comedias risas grabadas, llamadas en la jerga profesional: «risa en conserva».

Bergson ilustra esta complicidad con la idea de que ciertas formas de comicidad son intraducibles. Forman parte de una especie de código, de un lenguaje comprendido por los iniciados, por los que están «en el ajo». Piense, por ejemplo, en las anécdotas que se cuentan los jugadores de bridge. Resultan totalmente incomprensibles para los no iniciados. En cambio, otras historias, pese a sus evidentes bases culturales, pueden ser comprendidas y apreciadas en otras culturas. Por ejemplo:

[1] H. Bergson, *Le rire. Essai sur la signification du comique*, París, Alcan, 1900.

Un peregrino que visita Tierra Santa decide ir a ver en Jerusalén el Muro de las Lamentaciones. Detiene a un transeúnte y le pregunta:

—Perdone, señor, ¿dónde se encuentra ese lugar al que todos van a llorar y en el que se escriben deseos en pequeños trozos de papel?

—¿Las oficinas de hacienda? Por ahí...

Esta historia puede comprenderse a dos niveles. Los que no conocen la tradición judía están, no obstante, al corriente de la relación que existe entre un lugar al que se va a llorar y una oficina de recaudación. La historia se aprecia más si se conoce también el contexto cultural: según la tradición judía, la gente escribe sus más fervorosos deseos en pequeños trozos de papel que introducen en las grietas del Muro de las Lamentaciones.

Bergson, sin embargo, tenía razón cuando hablaba de la imposibilidad de traducir el humor cultural. No sólo el humor no siempre produce risa de una sociedad a otra, sino que la propia risa tiene diferentes significados en ciertas culturas. Grotjahn[1] escribe, en un libro sobre el humor, que las geishas del Japón, según una tradición oriental, emiten una cierta risa contenida para expresar la forma en que aprecian al visitante. Para el visitante occidental que se está desvistiendo, esta forma de apreciación puede resultar paralizante. Por este motivo, algunas «dueñas» han aconsejado a sus geishas que reserven esta clase de recibimiento para quien sepa apreciarlo.

Según Bergson, la risa la provoca cualquier situación en la que «lo mecánico prevalece sobre lo vivo». Cada vez que encontramos una especie de rigidez mecánica en lugar de la ligereza y flexibilidad de lo viviente, surge la risa. La rigidez del cuerpo de quien no advierte la presencia de una gran piedra en su camino y que tropieza provoca la risa de los espectadores. Éstos podían esperar que cambiase su caminar, que agrandara o disminuyera su paso o que esquivara la piedra en vez de continuar como si tal cosa. Esta falta de elasticidad no pertenece solamente al cuerpo, sino también a la mente. Una falta de flexibilidad del pensamiento, una idea fija, por ejemplo, denota una dificultad para adaptarse a las exigencias cambiantes de la vida y, en

[1] M. Grotjahn, *Beyond laughter. Humor and the subconscious*, Nueva York, Mc Graw Hill, 1966.

algunos casos extremos, puede conducir a ciertas enfermedades mentales. Bergson escribía: «Toda rigidez de carácter, de la mente e incluso del cuerpo será, pues, sospechosa para la sociedad, puesto que es el signo posible de una actividad que se adormece y, también, de una actividad que se aísla, que tiende a separarse del centro común en torno al cual la sociedad gravita.» La risa, dirigida contra esta rigidez, provoca el temor de quien la padece y le incita a cambiar de comportamiento. «Un defecto ridículo, en cuanto se ve ridículo, intenta modificarse, al menos exteriormente». Así, la risa consolida los convencionalismos y ésta sería su función esencial.

Sin embargo, también es posible reforzar los convencionalismos sociales tomándolos como objeto del humor. En el teatro de Ionesco, los personajes se convierten en esclavos de los convencionalismos y su comportamiento nos hace reír. Las palabras de la *Cantante calva* son la demostración por el ridículo de la utilización mecánica de una conversación de salón, en la que los tópicos, intercambiados con gran amabilidad, ponen al descubierto el vacío que se oculta tras las pretensiones culturales. Esta forma de humor la encontramos, igualmente, en las películas de Woody Allen, que ataca el pseudointelectualismo con la ayuda del humor. Las escenas o las conversaciones entre los actores que se gargarizan palabras cargadas de un «profundo sentido» y conceptos extraños recuerdan más a navíos cruzándose en la niebla que a un diálogo comprensible.

El humor permite, pues, criticar no solamente a los que no respetan los convencionalismos, sino también a quienes se convierten en sus ciegos esclavos. En los dos casos, el fin es el mismo: reconducirnos a la norma. La idea no es, ciertamente, nueva. Los romanos ya proclamaban: *castigat ridendo mores,* máxima que ha sido retomada en varias lenguas y de diversas maneras.

Poinsinet de Sivry, en su *Tratado de las causas físicas y morales de la risa,* en 1778, decía que «a través de la risa, la comedia debe corregir al hombre al tiempo que le divierte». Esta concepción la encontramos de nuevo en las comedias de Ben Jonson, que veía en ello una especie de instrumento pedagógico, cuya función era mucho más corregir las faltas que hacernos reír. Molière, igualmente, escribía en el prólogo de *Tartufo:* «El fin de la comedia es corregir los vicios del hombre.» Stendhal se interesó tanto por ese punto de vista que tuvo la idea de verificar «experimentalmente» la hipótesis de Molière[1]. Tomándose a

[1] ¿No resulta interesante ver en Stendhal al precursor de la psicología experimental?

sí mismo como sujeto y utilizando como instrumento de investigación el texto de *El Avaro,* decidió pasar una velada «científica» en el teatro. Al tiempo que escuchaba las palabras de los actores las seguía cuidadosamente en el texto escrito. Anotó cuántas veces se reía el público y comprobó que sólo en dos ocasiones el conjunto del público había reído realmente. Llegó a la misma conclusión que Ben Jonson: el objetivo principal de la comedia no es hacernos reír, sino sermonearnos seriamente para que mejoremos. También Charlie Chaplin veía en lo cómico una manera de lograr que las personas fueran «conscientes de las injusticias de la vida».

¿Será, entonces, el humor un instrumento de justicia? Por extraño que parezca, el humor se utiliza con esta finalidad en ciertas sociedades. Los esquimales, hasta un período muy reciente, no disponían de leyes para mantener las instituciones ni de tribunales para impartir justicia. El instrumento judicial no era otro que el humor.

Hyghet[1] nos describe la acción de la justicia esquimal de la siguiente manera: la comunidad, reunida para la ocasión, rodeaba a los dos protagonistas. El que se consideraba ofendido era el primero en hacer uso de la palabra. Intentaba ridiculizar a su adversario esforzándose con sus palabras en provocar las carcajadas del público. El enemigo también tenía derecho a la palabra y, en su respuesta, procuraba volver a su adversario aún más ridículo. Así se hacía justicia: aquél de quien la gente más se reía era, evidentemente, el culpable.

Esta costumbre concedía al comediante y al humorista un terrible poder. Semejantes costumbres pueden parecernos extrañas. Sin embargo, basta con que reflexionemos sobre el poder de los abogados que obtienen justicia a través del uso acertado de la retórica, apelando a la afectividad y recurriendo hábilmente al humor...

Esta función de «justicia social» se encuentra en los fundamentos del humor sociopolítico bajo su forma más conocida: la sátira. Mencionada ya a propósito de la función agresiva, la sátira ocupa el lugar preferencial como medio para deshacer entuertos y luchar contra los opresores. El escritor que ve el mundo de manera pesimista lo presenta aún más negro con la esperanza de blanquearlo todo haciéndolo enrojecer de vergüenza... La principal motivación del crítico satírico es su descontento ante las cosas tal y como son. Se esfuerza en transmitir este descontento utilizando el humor y haciendo reír. Pero, si ve su misión principal como una cruzada crítica contra el mundo real, olvida,

[1] A.B. Hyghet, *Satire,* Londres, Mac Millan, 1959.

en su fervor, hacernos reír y cae, entonces, en el panfleto político o el sermón. La superioridad del humor proviene de su capacidad para procurarnos un placer superior con la sutileza de la sátira, que moviliza más la inteligencia que la imaginación por dejar al cuidado de cada uno el sacar conclusiones.

Uno de los temas predilectos de la sátira, y del humor en general, es el de la lucha contra el opresor. En los regímenes totalitarios, donde no está permitido criticar al gobierno, el humor se dirige hacia otras instituciones u otros blancos. Reírse del poder y convertirlo en ridículo puede disminuir su fuerza y, probablemente por esta razón, este tipo de humor atrae siempre prohibiciones, impotentes de hecho para hacerlo desaparecer. En los países totalitarios, los chistes continúan circulando solapadamente. En cierta medida, ayudan a soportar mejor la opresión.

En un estado totalitario, un ciudadano solicita un visado de salida del país. Inmediatamente es convocado en la policía, donde el comisario le pregunta:

—¿Por qué quiere usted marcharse? ¿No está contento con su salario?

—¡Oh, no me puedo quejar!

—¿Su trabajo es demasiado difícil?

—¡Oh, no me puedo quejar!

—¿Su piso no es confortable?

—¡Oh, no me puedo quejar!

—Pero, entonces, ¿por qué quiere ir usted a Francia?

—Pues, precisamente, porque allí sí puedo quejarme.

La función social del humor como medio de oponerse a un poder opresivo fue estudiada por primera vez de manera sistemática por Obrdlik, que analizó las historias que se contaban en Checoslovaquia durante la ocupación alemana[1]. Demostró que servían para ridiculizar al opresor quitándole un poco de su poder, pero, sobre todo, que aportaban un rayo de esperanza para los oprimidos al reforzar su solidaridad.

---

[1] A.J. Obrdlik, «Gallow humor: A sociological phenomenon», *American Journal of Sociology*, 1942, 47, 71-74.

—¿Sabes por qué los alemanes han decidido prolongar el día a 27 horas?

—No, ¿por qué?

—Porque el führer les ha prometido llegar en primavera a Moscú.

Historias de este tipo se inventan cada vez que un grupo o una nación se sienten oprimidos y cuando otros medios para combatir al opresor son imposibles o demasiado difíciles.

El humor está, entonces, al servicio de la dignidad y libertad humanas. Penjon, en un artículo publicado en 1983 en la *Revue philosophique,* escribía: «La risa no es más que la expresión de la libertad experimentada o de nuestra simpatía hacia ciertas manifestaciones, reales o imaginarias, de una libertad ajena; siempre y en todas partes es como el eco natural en nosotros de la libertad.»[1] Numerosos ejemplos nos proporcionan actualmente los polacos clandestinos de «Solidarnosc» en una recopilación de historias que han publicado bajo el expresivo título: *Cuando Polonia llora de risa*[2].

En los países totalitarios, la prohibición formal del humor dirigido contra el poder obedece, sin duda, a un cálculo erróneo. Cuando el humor puede expresarse libremente, sirve, de alguna manera, de válvula de seguridad. Las tensiones y el odio acumulados pueden conducir a la acción directa, a la rebelión y a las barricadas.

Tener locales institucionalizados, como los teatros cómicos, donde las personas pueden despreocuparse, reír y relajarse a expensas del gobierno permite, en una cierta medida, hacer que se reduzca la hostilidad e impedir que ésta se manifieste bajo formas más peligrosas. *Le Canard Enchaîné*[3] puede quejarse de sus cadenas, pero él es la prueba palpable de que es posible parpar libremente y con total impunidad. Al criticar vivamente la falta de libertad, los periódicos de este tipo muestran, por su mera existencia, que el gobierno es, en definitiva, bastante liberal. ¿Es mera casualidad que los cantantes que se ganan la vida utilizando el humor en contra del gobierno florezcan

[1] R. Penjon, «Humour et liberté», *Revue philosophique,* 1893, 12, 42-71.

[2] H. Kurta, C. Goulart, G. Kieltvka, *Cuando Polonia llora de risa.* Le Carrousel, E. N., 1985.

[3] Prestigioso semanario satírico francés. Su nombre juega con las distintas acepciones de la palabra «canard», que significa pato pero también periódico. Así, puede entenderse tanto *El Pato Encadenado* como *El Periódico Encadenado.*

en las «cavernas»? Ejercer su arte en bodegas subterráneas les da un aire de conspiración y clandestinidad. A pesar de todo, le prestan un servicio al poder establecido, probablemente sin pretenderlo. Ofrecen, en efecto, a los espectadores un medio institucionalizado de desahogar de manera agradable su eventual hostilidad hacia el poder. De hecho, un cantante popular, Robert Rocca, en su *Dictionnaire de nos em... dements,* ha definido el humor como un «sistema de legítima defensa»...

Más amistad

El ser humano es un ente social. Desde Aristóteles, esta constatación ha sido utilizada infinidad de veces, tanto por los científicos como por los filósofos. Es cierto que, desde su nacimiento, el hombre depende de los demás y que esta condición crea vínculos con los demás para toda su vida. El recién nacido depende totalmente de sus padres o de otras personas que satisfacen sus necesidades. Sin ellos, no tendría ninguna posibilidad de supervivencia. Y, si bien esta dependencia existe entre todos los mamíferos, es claramente en el hombre donde dura más tiempo. Al principio, las relaciones entre la madre y el bebé se dan en un sentido único. La madre cuida al niño e intenta satisfacer todas sus necesidades. El bebé, por su parte, se contenta con llamar la atención sin dar nada a cambio. Poco a poco, las relaciones se vuelven más complejas. Los padres no se quedan en simples «donantes». Comienzan a exigir el recibir la reciprocidad de su atención. Esta especie de «negociación» entre «dar y recibir» que se establece así entre adultos y niños es la base de las relaciones humanas. Aunque el medio privilegiado para negociar sea el lenguaje, las primeras comunicaciones del niño no se realizan, sin embargo, a través de la palabra, sino de gritos y de lloros.

Para algunos psicoanalistas, estas primeras manifestaciones del recién nacido serían significativas de su descontento de entrar en el mundo. Para los biólogos la explicación, que sin duda es la más acertada, sería muy distinta. El bebé, a través de sus gritos, transmite a su madre el sencillo mensaje: «No estoy bien». La sonrisa, en cambio, es la primera comunicación positiva que expresa el bienestar y que es una fuente de satisfacción para sus padres y, especialmente, para la madre.

Cuando ésta se aproxima al bebé que le sonríe, puede pensar que le reconoce. En realidad, hasta la octava semana, el bebé no reconoce a sus padres y sonríe a cualquier persona que se acerque a su cuna. Su sonrisa expresa el primer mensaje social que podría interpretarse de la siguiente manera: «Me encuentro bien, gracias a vosotros, por eso os sonrío, para agradecéroslo y poneros contentos.» Solamente hacia el tercer mes la sonrisa del bebé comienza a ser selectiva y se dirige preferentemente hacia sus padres. La sonrisa se convierte entonces en un signo de agradecimiento. El niño comienza a distinguir a sus padres de los demás adultos.

La «sonrisa», como indica la palabra, es la base de la risa, que sólo aparece más adelante a lo largo del desarrollo del niño. Risa y sonrisa marcan el comienzo de las relaciones humanas, provocando una sensación de placer en el interlocutor. Hay que señalar que este fenómeno, puramente biológico al principio, aparece en todos los niños, en todas las sociedades y más o menos al mismo tiempo. A lo largo del desarrollo del niño, risas y sonrisas acompañan todas las actividades que provocan placer, especialmente el juego. Después, con el desarrollo intelectual, entre los 7 y 11 años, el humor se convierte, según Françoise Bariaud[1], en la primordial fuente de la risa y de la sonrisa.

El humor puede considerarse como una creación social cuyo objetivo principal es el de establecer relaciones entre las personas. En toda actividad humorística se pueden distinguir tres elementos: el humorista, su auditorio y su tema. La interacción entre estos tres elementos es lo que crea la situación humorística.

¿Por qué razones intentamos compartir el humor con los demás? Esta pregunta se le planteó al célebre humorista norteamericano Woody Allen. Según él, podrían intervenir cuatro elementos:

— El más importante es, tal vez, una tendencia natural al narcisismo y al exhibicionismo.
— La necesidad de crear vínculos y de ser reconocido por los demás.
— La agresividad. ¿No desean muchos humoristas ver a su público «morirse de risa»?
— Finalmente, un elemento estético. Woody Allen, citando a uno de sus colegas, que dijo: «Las personas son mucho más guapas cuando ríen», piensa que los humoristas intentan embellecer el mundo provocando la risa.

---

[1] F. Bariaud, *La Genèse de l'humour chez l'enfant*, París, P.U.F., 1983.

El humorista americano Art Buchwald[1] cuenta en uno de sus artículos su juventud difícil, especialmente cuando se encontraba en el orfelinato, donde hizo este descubrimiento: «Aprendí rápidamente que, cuando hacía reír, resultaba simpático a los demás. Jamás olvidaré esa lección.» Otro humorista ha dicho: «El placer que proporciono significa que, al menos, por unos pequeños instantes, soy amado.» Estas observaciones son válidas para todo el mundo. Cada uno de nosotros, cuando conseguimos hacer reír a los demás, tenemos la impresión de caerles más simpáticos. Y esto es cierto, todos amamos a las personas que nos proporcionan placer. El humor agrada y vuelve más simpáticas a las personas que lo emplean. Este don es una valiosa baza social.

La persona que intenta entrar en un grupo pasa primero por un período de prueba. Los otros, en efecto, son bastante desconfiados con respecto al desconocido que pretende unírseles. No le aceptarán sin haberle estudiado previamente. El candidato que tiene sentido del humor se presenta mejor que quien no lo tiene. Obtendrá más fácilmente las simpatías del grupo, al menos, por un momento, haciéndoles reír. Si, además, es capaz de apreciar el humor del grupo y de reír con los demás, sus posibilidades son aún mayores. Sin embargo, si por desgracia, su intención de hacer reír fracasa, la audiencia del grupo puede verse afectada y, a poco que los gustos humorísticos del nuevo no se ajusten a los del resto, todo lo que le quedará por hacer será retirarse.

A la gente le gusta pertenecer a un grupo o a varios. Con ello se busca, naturalmente, la simpatía, la estima incluso, y algunos, responsabilidades. Para lograrlo, nada como el humor. Se distingue rápidamente al humorista. Ese personaje hace que reine un clima feliz dentro del grupo y lo representa fácilmente en el exterior.

Entre los niños, el payasete, por su audacia, le jugará malas pasadas al profesor y toda la clase será cómplice. Además, las represalias serán para él. Es un héroe. Una cosa compensa la otra. El castigo le afecta menos que la admiración de sus compañeros. El humor utilizado por los adolescentes o los adultos es, generalmente, más elaborado. Pero, al igual que entre los niños, la expresión humorística confiere a su autor una posición privilegiada dentro del grupo.

Si alguien, antes de introducirse en un grupo, intenta conocer las opiniones de sus miembros, puede hacerlo con humor sin asumir de-

---

[1] A. Buchwald, «A conversation with psychology today», *Psychology Today*, 1967, pp. 14-23.

masiados riesgos. Por ejemplo, en el terreno político, puede contar alguna buena historia sobre tal o cual partido. Por las risas o las muecas de su auditorio, sabrá rápidamente cuáles son las opiniones del grupo. Si éstas difieren de las suyas y pretende, no obstante, entrar en el grupo, evitará en el futuro toda discusión política. Pero hay que señalar que una alusión directa, en vez de una broma, podía haberle apartado definitivamente.

El humor previene los tropiezos. Una palabra dicha con humor pasa mejor que una observación seria, y permite una retirada honorable si parece amenazadora para el grupo, dándole a entender que no se había dicho en serio. El humor sirve, pues, a los intereses individuales. También puede desempeñar una función en el seno mismo de los grupos.

Más comunicación

En uno de sus libros, Lorenz[1] describe a un grupo de cazadores primitivos que acaban de librar un feroz combate contra un tigre enorme. Sobre sus rostros son aún visibles los signos del terror. Caminan sigilosa y prudentemente, cuando, de repente, oyen un ruido. Todos se detienen inmovilizados por el pánico. Miran en la dirección de donde parece provenir el ruido y comprueban que sólo se trata de una cierva asustada que huye a toda velocidad al verles. El temor del grupo deja paso inmediatamente a una agradable sensación de alivio que se transforma en una carcajada general. Según Lorenz, se trata de la manifestación de un sentimiento de seguridad. Desaparecido el peligro, es posible alegrarse juntos.

El buen humor de un grupo depende, con frecuencia, de la aptitud de los unos para bromear y de la de los otros para dejarse «tomar el pelo». El antagonismo sólo es superficial. Hay una gracia recíproca y una complicidad en el humor. El intercambio es tomado con jovialidad y los conflictos se resuelven fácilmente. La unidad de un grupo guarda relación con la mutua simpatía de sus miembros, pero también con el apego de cada persona a la comunidad. El nosotros prevalece

---

[1] K. Lorenz, *On agression*, Nueva York, Harcourt, 1963. Se puede citar también K. Lorenz. *La agresión, una historia natural del mal* (*Das sogenannte Bosc. Zur Naturgeschichte der Agression*, 1963), París, 1969.

sobre el yo. Esto es más importante que el placer de los intercambios. La conciencia de pertenecer al grupo proporciona un sentimiento de seguridad frente a las fuerzas externas.

Martineau[1] analiza esta cohesión ante el peligro. En los momentos de crisis circulan chistes, anécdotas inéditas, chanzas de circunstancias, una especie de lenguaje codificado accesible sólo a los iniciados y que refuerza los lazos en el seno del grupo.

Un señor visita a un grupo de amigos. Comprueba, con sorpresa, que éstos se comportan de una forma bastante particular y extraña. Cada vez que alguien menciona una cifra, todos prorrumpen en carcajadas, salvo uno que a veces ríe y a veces permanece serio. El visitante, intrigado, se dirige a esa persona y le pregunta por qué todos ríen cuando se menciona una cifra. Éste responde: «No se trata de cifras ordinarias. En realidad, nos contamos chistes, que son tan conocidos por todos, que se les ha asignado un número. Por ejemplo, el número 15 es muy gracioso. Es uno de los mejores que he oído.»

—Pero, entonces, ¿por qué usted no ríe siempre con los demás?

—Es que yo soy nuevo. Yo sólo conozco los chistes a partir de número 15.

El humor agresivo juega un importante papel en el acercamiento y la cohesión de los grupos. Pretende, como sabemos, ridiculizar a los ajenos al grupo, resaltando así la superioridad de los que forman parte de él. Las víctimas son, la mayoría de las veces, los grupos minoritarios. Aunque este humor se considere como un fenómeno social negativo, no se puede negar su fuerza unificadora, tanto para los agresores como para las víctimas.

Cada grupo o sociedad tiene una construcción jerárquica bien establecida, en la cual el humor tiene una influencia contradictoria. Por una parte, subraya las diferencias de posición social, por otra, tiende a reducir las distancias. Esta paradoja es uno de los méritos del humor. Un estudio sobre el papel del humor como medio de acentuar

---

[1] W.H. Martineau, «A model of the social fonctions of humor», en J.H. Goldstein y Mc Ghee, *op. cit.*

las diferencias jerárquicas lo realizó Coser[1] en 1960. Asistió durante tres meses a las reuniones de equipos en un hospital. Durante estos encuentros, anotó cada observación o historia que provocaba la risa. Los resultados pusieron de manifiesto los siguientes fenómenos: las personas de nivel elevado dirigían generalmente sus observaciones humorísticas hacia sus subordinados. Éstos, en cambio, tomaban como blanco a sus iguales, a sus pacientes o a las familias de éstos, que, en cierto modo, ocupan una posición inferior con respecto a los médicos. Resultados similares han obtenido otros investigadores y tales fenómenos pueden observarse dentro de cualquier organización.

Aconsejamos a los lectores que utilicen a su vez el método Coser. Obtendrán, sin duda, una mejor imagen de la estructura jerárquica de su organismo y, sobre todo, pasarán el tiempo de manera más agradable en las reuniones largas y aburridas...

El humor también tiende a reducir las distancias dentro de la jerarquía, permitiendo disfrazar la agresividad bajo un aspecto más cortés. Por ejemplo:

Un empresario pregunta a un empleado por las razones de su ausencia:

—Cuénteme por qué no vino ayer. Y, sobre todo, no olvide que su abuela se ha muerto ya dos veces...

O bien:

El jefe al empleado que llega retrasado: «Me parece que mi reloj se adelanta otra vez...»

Estos dos ejemplos muestran cómo es posible suavizar la rigidez de las distancias sociales. Las observaciones hechas con un poco de ligereza harán sonreír a las dos partes implicadas en una situación difícil mucho mejor que las palabras agresivas como «usted ha mentido» o «usted siempre llega tarde».

---

[1] R.L. Coser, «Laughter among collegues: a study of the social fonctions of humor among the staff of a mental hospital», *Psychiatry*, 1960, 23, 81-95.

El humor es, igualmente, un excelente guardián de las normas del grupo. Para los miembros de un grupo siempre resulta difícil seguir las normas al pie de la letra. Para llamar al orden a cualquiera, no sólo se pueden utilizar reprimendas y castigos, sino también el humor, como muestra la siguiente historia. Una de las normas aceptadas por el conjunto de los empleados de banca es la honradez, especialmente, en lo referente al dinero. Un empleado de banca cuenta a un amigo que ha leído los siguientes anuncios aparecidos en el periódico *El banco del capital:*

—15 de enero: se busca cajero-jefe.
—25 de febrero: el Sr. Dupont es nombrado cajero-jefe.
—15 de julio: se busca al Sr. Dupont.

Un recordatorio de las normas a través de un enfoque de este tipo es ciertamente más eficaz que las reprimendas o los castigos. La placa siguiente, que se encuentra sobre el escritorio de un consejero organizador en planificación, ilustra claramente esta idea:

REFLEXIONE ANTES DE ACTUAR

La teoría de Bergson puede explicar la forma en que el humor actúa como guardián de las normas del grupo. Así, cuando un comportamiento no se ajusta a las reglas del grupo, provoca la risa. Si, en un grupo de «hippies», por ejemplo, alguien se presenta bien peinado, con chaqueta y corbata, provocará, con toda seguridad, risas y burlas. La próxima vez, es muy probable que se presente ante el grupo con otra vestimenta, ya que es probable que no soporte una nueva burla.

Otro aspecto del humor es que está muy relacionado con la jerarquía social. Cuando una persona de un nivel superior al de usted cuente una historia que él considera graciosa, es preferible reír, aunque a usted no le parezca su historia tan graciosa. Esto es, por supuesto, una auténtica hipocresía, pero sigue siendo una costumbre normal y bien aceptada en nuestras sociedades. Así, los soldados saben que, cuando el sargento cuenta un chiste, más vale reírse.

El humor no interviene solamente entre las personas que tienen relaciones jerárquicas. También tiene un importante papel entre amigos. Si muestra una caricatura que encuentra muy divertida a su mejor

amigo, usted espera que le haga reír. Si ni siquiera sonríe, usted se sorprende y se siente ofendido. Su indiferencia parece una verdadera crítica a su sentido del humor. La repetición de una reacción semejante podría incluso poner en tela de juicio su amistad. Por el contrario, si usted encuentra a alguien que aprecia sus chistes o sus caricaturas, se sentirá, sin duda, atraído por él y puede que se convierta en su amigo.

El humor puede utilizarse también dentro de un grupo para aislar a uno de sus miembros. Éste se convierte en el «chivo expiatorio» que sirve de blanco para los chistes y las anécdotas cómicas. Paradójicamente, la presencia de semejante víctima dentro de un grupo lo vuelve más unido.

Ésta, en efecto, permite descargar la agresividad y las frustraciones del grupo. Favorece, además, la aparición de un sentimiento de superioridad en los demás. Evidentemente, la víctima puede abandonar el grupo. Pero, si se siente muy ligada a él, preferirá aguantar las humillaciones y experimentará, quizás, hasta un cierto sentimiento de orgullo por haber sabido aceptar con complacencia esa situación. Además, algunos chivos expiatorios apenas tienen elección. En el colegio, en el ejército, en el trabajo, no hay más remedio que permanecer dentro del grupo al que se pertenece y soportar, a veces, situaciones penosas.

Las manifestaciones y las funciones del humor en la vida de un grupo son, pues, numerosas y muy diversas: creación de un ambiente, reducción de tensiones y conflictos, cohesión, normas y jerarquías. Sin embargo, estos elementos nunca están aislados. Son interdependientes y se presentan dentro de un conjunto dinámico. El humor puede compararse con el mercurio, que tiene la apariencia de una entidad hasta que se toca. Entonces, se fragmenta, cambia de forma, para convertirse después en un nuevo bloque. Como el mercurio, el humor irradia y enriquece todos los elementos que constituyen la dinámica de un grupo.

Capítulo 4

¿MIEDO?, DE NADA, ¡NI SIQUIERA DE MÍ MISMO!

La función defensiva del humor

En una habitación llena de juguetes, unos niños de cuatro años se divierten a sus anchas. Al cabo de un rato, se les muestran dos dibujos de Walt Disney de una duración de tres o cuatro minutos como máximo. El primero muestra una escena muy apreciable de animales en el bosque; el segundo cuenta la historia bastante espantosa de una bruja fea y malvada que prepara un veneno para una joven bella e inocente. Terminada la proyección, los niños vuelven a sus juegos durante quince minutos. Interrogados antes de su partida, tres de cada cuatro niños afirman haber preferido la película que les ha dado miedo. Esta experiencia, realizada en el marco de la universidad, no es nada sorprendente. Generalmente, tenemos tendencia a evitar las situaciones que nos horrorizan, pero esas mismas situaciones pueden ejercer sobre nosotros una cierta atracción, de la cual somos menos conscientes.

Con todo, al examinar los cuentos o leyendas tradicionales de Occidente destinados a los niños, se observa que la mayoría recurren al miedo. Acuérdese de la abuela de *Caperucita Roja,* devorada por el lobo, o de la inocente Blancanieves, envenenada por su madrastra. La popularidad de estos cuentos ilustra perfectamente esa necesidad del niño de tener miedo; necesidad que volvemos a encontrar en el adulto. Basta con hacer un recuento de la cantidad de libros y películas

cuyo objetivo es el de dar miedo o estimular la ansiedad. Así, la obra del gran poeta Shelley es bastante menos conocida, editada y traducida que el único libro de su mujer Mary, *Frankenstein*. Es cierto que el personaje de Frankenstein contiene todos los elementos aptos para provocar la ansiedad. La literatura sólo es, de hecho, uno de los medios imaginados por el hombre para satisfacer su necesidad de juegos... sin riesgo. Sólo hay que ver el éxito de los trenes fantasmas en las ferias o, todavía más, el de las películas de terror, como las de Hitchcock. Así, la novela de Stevenson, *Doctor Jekyll y Mr. Hyde*, ha sido llevada a la pantalla trece veces desde 1908, y *Frankenstein*, once veces. El espectador que va al cine para ver semejantes películas sabe que tendrá emociones fuertes y, sin embargo, lo hace por su propia voluntad.

Libros de suspense, fuegos fatuos, circos, películas de terror..., el hombre ha creado cantidad de medios para darse miedo. Y Sternberg[1] tuvo razón al poner de relieve las relaciones entre el humor y lo fantástico. Para él, ambos producen una visión deformante, a mitad de camino entre el terror y la risa. Su éxito demuestra que responden a una necesidad.

El desarrollo de la civilización ha reducido enormemente los peligros reales de la vida cotidiana. El hombre prehistórico mantenía una lucha constante por la supervivencia. Esto le obligó a dotarse de un sistema nervioso y hormonal capaz de prevenirle rápidamente en caso de peligro. El hombre «civilizado» ya no tiene que afrontar los mismos peligros en la actualidad. Ahora bien, el cambio biológico no parece tan rápido como las modificaciones del entorno. Huxley[2] escribió, a propósito de las razones que impulsan al hombre moderno a la agresividad: «Por lo que al campo fisiológico se refiere, yo supongo que el problema reside en el hecho de que tenemos un sistema hormonal adaptado a las necesidades de la vida durante el período paleolítico. Tenemos tendencia a producir adrenalina en cantidad superior a lo necesario.» El organismo necesita, sin duda, utilizar todo su potencial de adrenalina. Ahora bien, como las condiciones de vida actuales apenas proporcionan ocasiones de consumir este potencial, el hombre se ve, pues, obligado a crear situaciones artificiales, cuando no tiene la suerte de ser alpinista o torero...

---

[1] J. Sternberg, J. Berger, A. Grall, *Les Chefs-d'oeuvre de l'humour*, París, Anthologie de la Planète, 1964.

[2] A. Huxley, *Control of the mind*, Londres, Farber y Wilson, 1961.

¿Qué otra cosa buscamos cuando vamos a ver una película de terror, sino el placer que produce la liberación de una tensión? Existe un fenómeno extraño, que se puede observar a veces cuando la angustia en una película de terror llega a su punto culminante: una parte de los espectadores prorrumpe en risas. La emoción ha llegado a tal nivel que algunos no pueden soportarla más. Necesitan descargar esa tensión.

¿Será, entonces, la risa una expresión cómoda de desahogo en determinadas ocasiones? Muchos teóricos así lo creen. Según Spencer[1], la risa permite liberar al organismo de un exceso de energía que se ha ido acumulando a lo largo de los momentos de tensión. Freud, en 1905, ya había desarrollado la idea según la cual la risa sería el resultado de una liberación. Pone como ejemplo la lograda actuación de un payaso en un circo: éste coloca una hoja de papel a una altura de un metro, hace largos preparativos para saltar por encima de ella y, finalmente, comienza a correr a toda velocidad hacia el obstáculo. Los espectadores están en tensión. Cada uno de ellos se identifica física e intelectualmente con el payaso. Contrariamente a toda previsión, el payaso se detiene ante la hoja y la rodea caminando lentamente. Este comportamiento inesperado libera bruscamente la tensión del espectador. La explosión de carcajadas expresa entonces un desahogo.

Si la risa libera del malestar y de la tensión, lo mismo ocurre con la angustia. Cuando presentimos algo desagradable, todos experimentamos un sentimiento de angustia. Cuanto mayor sea el peligro, más intenso será el placer del desahogo. Esto nos lo muestra un experimento realizado en una universidad norteamericana[2], en el que se intentó crear diferentes niveles de angustia entre tres grupos de estudiantes. A cada uno de estos grupos se le asignó una misión diferente:

—al grupo A: sacar de su jaula a un pequeño e inofensivo ratoncillo blanco y tenerlo en las manos durante cinco segundos (nivel de angustia débil);

---

[1] H. Spencer, *La physiologie du rire*, en: *Essais de morale de science et d'esthétique*, París, Baillère, 1877.

[2] A. Shurcliff, «Judged humor, arrousal and the relief theory», *Journal of Personality and Social Psychology*, 1968, 8, 360-363.

— al grupo B: extraer una pequeña cantidad de sangre de un ratoncillo blanco, al estudiante se le informaba de que esta tarea era fácil y carente de todo peligro (nivel de angustia medio);
— al grupo C: extraer 2 cm^3 de sangre a un ratón, al estudiante se le advertía que el ratón podía escapárseles o moderles (nivel de angustia elevado).

Tras recibir sus instrucciones, los estudiantes eran conducidos a la jaula donde se encontraba el ratón. Éstos comprobaban entonces que no se trataba de un auténtico ratón, sino de un juguete. Más tarde, se pidió a los estudiantes evaluar la situación, sobre el plano humorístico y a la vez sobre el de la angustia creada por dicha situación. Los resultados indicaron que la apreciación del aspecto humorístico de la situación se elevaba al mismo tiempo que el nivel de angustia. El grupo C, en el que el nivel de angustia era el más elevado, encontraba la situación más cómica que los demás. Se constató igualmente una correlación entre el nivel personal de ansiedad de cada estudiante y la apreciación humorística de la situación. Cuanto mayor era la ansiedad, más humorística se encontraba la situación.

Si la risa es, en ocasiones, la expresión fisiológica de un desahogo, se puede, entonces, considerar al humor, principal razón de la risa, como un medio de defensa contra las situaciones que provocan tensiones o angustia. El ser humano desarrolla diferentes mecanismos de defensa subconscientes para hacer frente a las situaciones amenazadoras. En la perspectiva psicoanalítica, se han desarrollado al menos diez conceptos para describir estos diferentes mecanismos de defensa. Algunos de ellos ha sido vulgarizados: como la «racionalización». Se inventan toda clase de buenas razones para justificar los fracasos que podrían amenazar la imagen que uno tiene de sí mismo. La mejor descripción de semejante mecanismo se encuentra en la fábula de La Fontaine, *El lobo y las uvas*. Todos nos parecemos alguna vez al lobo...

No obstante, el humor, en tanto que mecanismo de defensa, casi no ha sido estudiado por los psicoanalistas, aunque Freud lo mencionara ya en un artículo publicado en 1922. Freud escribía: «El aspecto esencial del humor es la función que cumple. Cuando se refiere a uno mismo o bien cuando va dirigido hacia los demás, tiene por significado: ¿Qué es este mundo que parece tan amenazador? No es más que un juego de niños, algo que sólo hace reír.» Y ofrece, además, un ejemplo en el que el humor juega el papel de mecanismo de defensa:

El condenado a muerte es conducido al patíbulo, un lunes por la mañana:

«Vaya, dice, empezamos bien la semana...»

Los psicólogos apenas se han interesado por la teoría de Freud sobre la función del humor como mecanismo de defensa. Tal vez porque este artículo es mucho menos conocido que el libro donde relaciona el humor con la agresividad y la sexualidad.

En cambio, los humoristas sí han descubierto esta función del humor. Así, Charlie Chaplin escribe en su autobiografía: «Es un aspecto paradójico que en la comedia sea justamente lo trágico lo que provoque lo grotesco... Estamos obligados a reírnos de nuestras debilidades contra las fuerzas de la naturaleza si no queremos volvernos locos.»[1] Humor negro, humor dirigido contra uno mismo, son otros tantos mecanismos de defensa.

El humor negro

«Yo no tengo miedo a morir, pero prefiero no estar allí cuando eso ocurra...» (Woody Allen.)

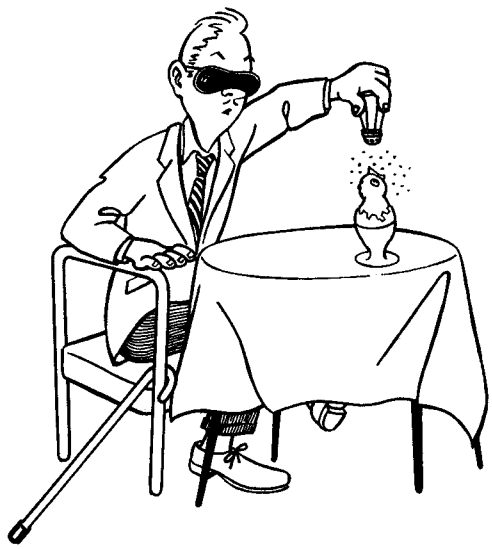
Jaimito va al zoológico con su padre. Se detiene ante la jaula de los leones y, repentinamente, parece estar muy angustiado.

—¿Por qué estás nervioso?, pregunta su padre.

—Si el león se escapa de la jaula y te devora, responde Jaimito, ¿cómo sabré qué autobús coger para volver a casa?

Una historia atroz como la de Jaimito o como la del dibujo de la página siguiente también puede hacernos sonreír:

[1] C. Chaplin, *Scénarios, témoignages, chronologie biographique*, París, Seghers, 1972.



Estos ejemplos se relacionan con uno de los temas que más aterrorizan al ser humano: la muerte. Señalaremos, además, que el término «humor negro» se asocia entre nosotros con el color del luto. Pero el humor negro no concierne exclusivamente a la muerte y puede tratar otros temas más o menos angustiosos, como la enfermedad, la pobreza, la guerra, las catástrofes, los accidentes, etc... Todos estos temas tienen en común el provocar el temor. La utilización del humor negro permite al hombre defenderse contra las situaciones o los elementos que le dan miedo. Riéndonos de estos temas, intentamos demostrarnos que no les tenemos miedo. Es el mismo comportamiento del niño que silba solo en la oscuridad de la noche. La eficacia del silbido para olvidar la oscuridad es comparable con la del humor para disipar los peligros de la muerte: demuestra que estos mecanismos de defensa tienen una especie de poder mágico para darnos ánimos en los momentos difíciles. Esta voluntad de hacer frente a los peligros que amenazan su existencia es una de las cualidades más relevantes en el hombre.

También pueden entrar en juego otros mecanismos. Así, es posible aceptar con sumisión la triste realidad; es la fatalidad: «No se puede hacer otra cosa». Tal manera de pensar no puede engendrar más que desolación y depresión. También es posible huir de la amenaza dicién-

dose: «Esto no existe. Semejante desgracia podrá sucederles quizá a los demás, pero a mí seguro que no.» Esto es lo que los psicoanalistas llaman el «mecanismo de negación». Gracias a él, se limita el horizonte suprimiendo todos los aspectos desagradables. La negación es un mecanismo de defensa bastante dudoso si se utiliza con frecuencia, y esto por dos razones principalmente: impide numerosas experiencias de la vida humana y exige demasiada energía para reprimir las angustias.

Existe otro mecanismo de defensa: el que consiste en reconocer la existencia del peligro e intentar hacerle frente. Al contrario que los métodos precedentes, éste es activo. El humor negro es una de sus expresiones. Se trata de un verdadero desafío contra los fenómenos que nos producen miedo: el hecho mismo se atreverse a hablar de un asunto espantoso demuestra que se tiene el valor de hacerle frente. No se inclina la cabeza ante la amenaza. Se demuestra, por el contrario, que no se tiene miedo y que se ve esa amenaza como ridícula. La risa se presenta así como una victoria sobre el miedo. Proporciona la impresión de dominar la situación.

Piaget[1] habla de la risa como expresión de dominación en el juego de los niños. El niño que logra sus primeras experiencias manifiesta su satisfacción a través de la sonrisa. Más adelante, ríe ante el fracaso de otros niños que tienen dificultades para realizar lo que él mismo era incapaz de ejecutar anteriormente. Ríe también cuando consigue realizar fácilmente tareas que encontraba precedentemente difíciles. Para Piaget, la certeza que tiene el niño de dominar una situación le proporciona una satisfacción que se refleja a través de la sonrisa y la risa. Es el mismo aspecto positivo que encontramos en el humor negro. Estamos, en definitiva, contentos de poder reírnos de la muerte. Así:

El condenado a muerte que, a la pregunta de si quiere fumar el último cigarrillo, responde: «No, gracias, estoy intentando dejar de fumar...»

La risa, o al menos la sonrisa, que puede provocar esta historia proviene de nuestra estima por la sangre fría y el valor del condenado

---

[1] J. Piaget, *La formation su symbole chez l'enfant. Imitation, jeu et rêve, image, représentation.* Delachaux, 1964.

a muerte. Apreciamos el hecho de que no se tome en serio la trágica situación en la que se encuentra. Naturalmente, nos reímos de una situación imaginaria, mientras estamos sentados alrededor de una mesa en cómodos sillones, absolutamente seguros. Ciertamente, no nos hubiéramos reído si nos llegamos a encontrar en una situación real, frente al condenado...

El humor negro se expresa no sólo en el transcurso de reuniones amistosas, sino también en situaciones mucho menos agradables. Sin la ayuda del humor, nos encontraríamos algunas veces angustiados en situaciones difíciles e insoportables. El ejemplo más significativo es el de la guerra y sus horrores. Es posible preguntarse qué puede provocar la risa ante un fenómeno tan monstruoso. Pues, precisamente, su absurdidad. ¿No es, en efecto, ridículo que unos jóvenes se maten entre sí bajo pretexto de un ideal? Si se piensa en el número de individuos sacrificados en guerras que tenían como objetivo la paz, nos encontramos ante una paradoja tan triste como ridícula. Un jefe de Estado que proclamara seriamente que su país no exporta armas más que a los Estados pacíficos haría reír.

El humor negro acomete este tipo de problemas pero, generalmente, de manera más delicada, como en la siguiente anécdota:

Un soldado francés dice a su amigo antes de una batalla:

—No hay nada que temer. Podemos estar seguros de la victoria; he oído cómo el cura le pedía a Dios que nos ayude.

—Pero —responde el otro— yo he oído cómo el cura alemán hacía lo mismo...

—No seas ridículo —responde el primero— ¿desde cuándo Dios entiende el alemán?

Gracias al humor negro, es posible transformar, aunque sólo sea por un instante, el horror de la guerra en una broma. Así, el caricaturista norteamericano Mauldin[1] creía en el poder del humor negro para levantar la moral de los soldados en el campo de batalla. Sus caricaturas, publicadas en un periódico destinado al ejército norteamericano participante en la Segunda Guerra Mundial, le valieron, de hecho, la concesión del premio Pullitzer.

---

[1] B. Mauldin, *Up front*, Nueva York, Bantam Books, 1945.

El famoso libro de Heller *Catch 22*[1] es otro ejemplo de la utilización del humor para denunciar los aspectos ridículos de los horrores de la guerra. Semejantes tentativas son, en realidad, la expresión de una cierta rebelión. Se puede comparar al humor negro con una flecha destinada a atravesar y deshinchar un globo. Pero esta función «rebelde» del humor negro es secundaria con relación a su principal función, que sigue siendo un mecanismo de defensa contra los sufrimientos de la guerra, como muestra esta historia:

Dos soldados están sentados en un bar atestado de gente:
—Sería fácil meter todo un batallón y sus tanques en este bar —dice uno de los soldados.
—¿Cómo? —dice el otro.
—En un cenicero —responde el primero.

Semejante historia puede parecer morbosa a quienes nunca han participado en una batalla. Sin embargo, provoca una risa franca entre los combatientes, sobre todo si conducen tanques. He aquí otro ejemplo de humor, esta vez entre dos heridos de guerra:

Un herido, con las dos piernas amputadas, dice a su amigo: «Antes, yo tenía un problema para acomodar mis piernas entre dos filas de asientos en el teatro. Ahora mi problema ha desaparecido.»

Semejante humor parece terrorífico. En realidad, permite aliviar a quienes viven esa clase de experiencias. Con un enfoque poco serio de un asunto dramático se ganan fuerzas para afrontarlo. La realidad no cambia, nuestra actitud, sí. Ante una situación traumatizante, otra reacción sería la de huir hacia un mundo irreal. Es lo que hacen los esquizofrénicos. Éstos se crean un mundo que sólo ellos comprenden y, con ello, se apartan no sólo de la realidad, sino también de todos los seres que les rodean. Con el humor negro, no se tiende a negar la realidad, sino simplemente a deformarla. Por supuesto, el fondo sigue siendo triste. Por eso nuestra reacción al humor negro no es del todo

[1] J. Heller, *Catch 22*, Nueva York, Simon y Schuster, 1961.

sincera. La mayoría de las veces nos contentamos con una sonrisa, frecuentemente, amarga.

Para algunos psicológos, el humor no sería una expresión de placer, ya que las situaciones que lo provocan son, la mayoría de las veces, desagradables. La risa sería más bien una especie de inmunización contra los mil y un sinsabores de la existencia. En lugar de apiadarse de las propias desdichas o de las del prójimo, ¿no es preferible reírse? Si el humor negro goza de las preferencias de los británicos, puede ser que se experimente, según la comparación poética de Tony Mayer[1], como «un fuego de artificio bordado sobre el manto de la noche».

Mark Twain también pensaba que el humor no se vive en la alegría, sino en la tristeza: «No hay humor en el paraíso»[2]..., porque allí todo debe ser perfecto. Allí no hay ni miedo, ni tensión, ni crítica, ni descontento. No hay, pues, lugar para el humor; y menos aún, para el humor negro. *La Sagouine,* de Antonine Maillet, nos habla de ello en su peculiar lenguaje acadiense:

> *«Si Dios Padre en persona viniera a «marcarse» unos bailes el sábado por la noche, yo no tendría nada en contra. Ante un paraíso semejante, yo no le pondría mala cara a la muerte... no tendría miedo... yo "palmaría" a gusto...» Pero, no muy segura, añade, seguidamente: «Mañana mismo iré a ver al médico.»*[3]

Hasta aquí, nos hemos limitado a los principales blancos del humor negro: la muerte y la guerra. Pero existen muchos otros motivos de angustia o de miedo. En nuestro supuestamente racional mundo, cantidad de fenómenos no pueden explicarse lógicamente. La popularidad de la astrología, de la parapsicología y de la ciencia-ficción, o incluso el renovado interés por las profecías de Nostradamus o la teoría de la reencarnación, reflejan la tentativa constante y permanentemente actual de comprender fenómenos que están, al menos de momento, fuera de todo control y que siguen siendo incomprensibles.

El hombre primitivo se servixa de supersticiones para explicar los misterios de la naturaleza. El hombre moderno, por su parte, tiene una confianza casi ilimitada en la ciencia; lo que le evita el intentar com-

[1] T. Mayer, *L'humour anglais,* París, Julliard, 1961.
[2] B. Poli, *Mark Twain, écrivian de l'Ouest. Regionalisme et humour.* París, P.U.F., 1965.
[3] A. Maillet, *La Sagouine,* Otawa, Léméac, 1974.

prender. No considera un milagro el hecho de obtener luz apretando un botón. Acepta la magia de la técnica como si fuera algo natural. En cambio, el mismo hombre moderno puede, tal vez, horrorizarse si se cruza con un gato negro o si pasa debajo de una escalera. Tras consultar su horóscopo, tocará madera para que el avión supersónico en el que viaja aterrice sin problemas... En realidad, las angustias del hombre primitivo siguen presente en el hombre moderno y coexisten con sus creencias en la ciencia y en la lógica.

Lo racional y lo irracional componen la naturaleza humana. Una buena ilustración de esto la podemos encontrar en cada uno de los rascacielos de Nueva York. Estos rascacielos, símbolo del desarrollo tecnológico, presentan, en la numeración de sus pisos, una curiosidad ilógica: se pasa directamente del 12.º al 14.º, el 13.º no existe. Esta misteriosa superstición que relacionamos con el número 13 se ve así oficializada en una de las ciudades más modernas del mundo...

El pensamiento científico cambia las teorías y los conceptos, pero algunas supersticiones persisten porque constituyen una parte del subconsciente de la humanidad.

Una niña, horrorizada por la oscuridad, le pide a un anciano que pasa por el lugar:

—Señor, ¿podría usted ayudarme a atravesar el cementerio? Yo vivo al otro lado.

—Por supuesto —responde el anciano—, tomándola de la mano y ayudándola a pasar entre las tumbas.

—Gracias, señor —dice la niña—, siento verdadero pánico de caminar por el cementerio de noche. Pero, ¿cómo consigue usted no sentir pánico?

—Ahora ya no me da miedo, pequeña. Pero, cuando estaba vivo, yo tampoco me hubiera atrevido a atravesar solo semejante lugar...

Estas angustias que siguen existiendo en nuestro subconsciente también pueden ser tratadas, evidentemente, por el humor negro. La serie de caricaturas de Charles Addams muestra a una extraña familia que afronta situaciones totalmente racionales. La madre se parece a una bruja elegante, pero peligrosa. El padre es monstruoso y aterrador. Los niños son sádicos y el criado una especie de Frankenstein. Ahora bien, esta encantadora familia ha conseguido hacer reír a miles

de lectores por el hecho mismo de que se sale de lo ordinario al tiempo que logra hacer frente a la vida cotidiana. En el cine, la película de Mel Brooks, *El jovencito Frankenstein,* tuvo un enorme éxito, así como la de Polanski, *El baile de los vampiros,* y otras muchas. Todas estas películas tienen en común el presentarnos personajes y situaciones terroríficas e irracionales de forma tan ridícula que nos hacen reír.

El humor negro nos permite así conservar nuestra salud mental. Es un activo mecanismo de defensa contra las amenazas y las angustias. Por esta razón Mishkinsky[1] propone considerar el humor negro como un mecanismo, no de defensa sino de «coraje». En definitiva, el humor negro encuentra su significado y su fuerza en la transformación de la realidad en una fantasía y en el cambio de la fantasía terrorífica en algo ridículo.

El humor a costa de uno mismo

«Fíjate qué fuerte soy, que hasta puedo mostrar mis debilidades.» (L. Weiss.)

A propósito de la función agresiva del humor, hemos mencionado el humor étnico, cuya finalidad consiste en ridiculizar a otro grupo, a fin de sentirse superior a él. Así, la comunidad judía propala sobre otros pueblos un buen número de historias y chistes, he aquí un ejemplo:

Si usted cuenta un chiste a un granjero ruso, éste reirá tres veces: una cuando le cuente el chiste, otra cuando se lo explique y una tercera cuando lo comprenda. Pero, si le cuenta usted un chiste a un gran propietario ruso, sólo reirá dos veces: una cuando se lo cuente y otra cuando se lo explique, pero eso es todo, ya que nunca lo entenderá...

Si le cuenta un chiste a un cosaco sólo se reirá una vez, cuando se lo cuente. No le dará tiempo a explicárselo y no lo entende-

[1] M. Mishkinsky, «Humor as a courage mechanism», *Israeli Annals of Psychiatry and Related Disciplines,* 1977, 15, 352-365.

rá. Pero, si le cuenta usted un chiste a un judío, no reirá en absoluto. Le interrumpirá antes de que usted haya terminado la historia y le dirá: «Ya lo he oído y, además, ¡lo cuento mejor que tú!»

Contrariamente a las historias habituales de este tipo, en las que la víctima pertenece siempre a un grupo étnico, ésta desarrolla un humor dirigido contra el grupo de quien la cuenta, ¿Cuál es el significado psicológico del humor cuando a quien se ridiculiza es a uno mismo o a grupo al que se pertenece? ¿Es una especie de masoquismo, como pensaba Bergler[1], o es, por el contrario, una demostración de fuerza, ridiculizando las propias debilidades, como pensaba la filósofa Louise Weiss[2]? Ciertamente, hay algo de verdad en las dos explicaciones, y se podría incluso añadir una tercera con Stora-Sandor[3]. Si se compara el humor de los judíos en los países extranjeros, donde son minoritarios, con el humor en Israel, donde los judíos son mayoritarios, se constata que los judíos del extranjero prefieren los chistes torpes, en los que se burlan de sí mismos, mientras que los israelíes, por diferentes razones, se identifican más bien con el tipo insolente. Su humor es más agresivo y la forma que prefieren es la sátira. Sin embargo, incluso en esa forma, la autoirrisión no está del todo excluida:

He aquí un consejo típico que un israelí da a alguien que quiera emigrar a Israel: «Si quieres hacer una pequeña fortuna en Israel, es muy sencillo. Basta con que traigas una gran fortuna contigo.»

Freud escribió en 1905: «No conozco a ningún otro pueblo que haga reír de sí mismo tanto como el pueblo judío.» Es cierto que los judíos en el exilio han padecido durante generaciones tantas opresio-

[1] E. Bergler, *Laughter and the sense of humor*, Nueva York, International Medical Books, 1956.

[2] L. Weiss, «L'humour juif. Approche philosophique», *Revue de Philosophie*, 1952, 87, 56-81.

[3] J. Stora-Sandor, *L'humour juif dans la littérature, de Job à Woody Allen*, París, P.U.F. 1984.

nes y ataques que han tenido que desarrollar un humor amargo en el que se ríen de ellos mismos. Reik[1] piensa que la especificidad del humor judío tiene su origen en la contradicción de la misma imagen que los judíos se han hecho de sí mismos. Por una parte, se definen como un pueblo elegido y superior a los demás. Por otra parte, han vivido en condiciones de vida insoportables, poque eran considerados por los demás como minoritarios. Como pueblo elegido, los judíos están muy orgullosos y se toman muy en serio. Como minoría oprimida, casi no tienen otras soluciones que adoptar un punto de vista humorístico sobre sus debilidades. Éstas resultan menos difíciles de soportar, puesto que pueden reírse de ellas.

Tres judíos son condenados a muerte. Antes de su ejecución el oficial pregunta al primero:

—¿Quieres una venda para taparte los ojos?

—Sí —responde, y recibe una venda.

El oficial plantea la misma pregunta al segundo condenado, que responde que sí, y recibe igualmente una venda. Luego, se acerca al tercer judío, le hace la misma pregunta y éste responde:

—No, no quiero.

Entonces, el segundo judío se le acerca y le sugiere: «David, deja ya de crear complicaciones.»

En su artículo, Reik cuenta que estuvo cambiando impresiones con Freud sobre los misterios del humor judío. Llegaron a la conclusión de que, psicológicamente, la explicación se halla en el sentimiento subconsciente de superioridad de los judíos. Se podría explicar esta clase de humor como una especie de mensaje destinado al enemigo: «Es inútil que me intentes atacar y humillar, puesto que ya lo hago yo mismo y, además, mejor que tú...» Otro significado podría ser el siguiente: más vale perder el honor, ser considerado cobarde, idiota o avaro, que morir para preservar el honor. Esta filosofía ha permitido, sin duda, a numerosos judíos, sonreír en los momentos en que vivían en condiciones difíciles. El israelí, por su parte, intenta desembarazarse de esa filosofía y esto explica quizá la disminución de la autoirrisión en Israel.

---

[1] T. Reik, «Freud and Jewish wit». *Psychoanalysis*, 1954, 5, 13-28.

También entre las personas aisladas puede existir esta forma de humor y cumplir la misma función de defensa. Un buen ejemplo nos lo proporciona Edmond Rostand mirándonse en el espejo en su septuagésimoquinto aniversario:

«Los espejos ya no son lo que eran.»

Lo que resulta interesante es que la capacidad de reírse de uno mismo se considera una cualidad muy positiva en nuestra sociedad. Cuando hemos preguntado a los estudiantes si solían utilizar la autoirrisión, casi todos han respondido «sí». Pero cuando les hemos pedido un ejemplo, no hemos obtenido más que silencio.

En realidad, es posible preguntarse si el hecho de que el humor dirigido contra uno mismo tenga tanto valor no proviene de su escasez. En general, el hombre prefiere mostrarse bajo un aspecto positivo: utilizamos juicios positivos cuando éstos se refieren a nosotros y juicios negativos cuando se trata de los demás. Pero todos sabemos, o al menos la mayoría de nosotros, que no somos perfectos. La obstinación y la cobardía que con tanta facilidad atribuimos a los demás también pueden ser nuestras, y lo sabemos, aunque el temor a perder la estima de los demás nos conduzca a camuflar los aspectos negativos de nuestra personalidad.

¿Cómo calificar a una persona que osa mostrar sus debilidades en público? ¿Quién se siente capaz de percibir y exhibir sus aspectos ridículos? ¿Cómo perciben los demás a semejante persona? Para intentar analizar estas cuestiones, estudiemos a dos personajes, uno que utiliza la autoirrisión y otro que le escucha.

El primer individuo tiene como principal cualidad psicológica el aceptarse tal como es, en toda su complejidad. Es consciente de los aspectos positivos de su personalidad, pero reconoce también sus debilidades y sus aspectos ridículos. Es bastante perspicaz para consigo mismo como para admitir la diversidad de su naturaleza. Es un introvertido que consagra más tiempo a la comprensión de sí mismo que el extrovertido, más preocupado éste último por comprender la sociedad que le rodea y sus relaciones con ella. El que se burla de sí mismo tiene ciertamente un mayor grado de aceptación de su personalidad y, utilizando esta forma de humor, responde en realidad a tres motivaciones que son mecanismos de defensa.

En primer lugar, se trata de impedir la agresividad. Al ser capaces de reírnos de nuestras debilidades, impedimos que lo hagan los demás. Desarmamos al prójimo al no darle la oportunidad de atacar nuestras debilidades. Uno de los placeres del ataque humorístico es, precisamente, acentuar los puntos débiles. Al tomar la delantera, le quitamos las ganas al otro de burlarse. Así, algunos humoristas norteamericanos han sabido subrayar perfectamente sus debilidades psicológicas o físicas. Joanne Merill, por ejemplo, es una actriz muy agradable, con una silueta bastante gruesa. Pesa alrededor de 120 kilos. En el transcurso de una gala, comenta:

«No quiero prolongar mi discurso sobre mi cuerpo. Pero algunos afirman que, si estuviera en la India, sería sagrada...»

Es evidente que el auditorio de esta actriz cómica apreció su audacia de poder reírse así de sí misma, pero casi nadie tuvo ganas de burlarse de su deformidad física. Otros resaltarán su avaricia en sus anécdotas humorísticas. Hablando con frecuencia de ese rasgo de su carácter, impedirán que los demás les acusen de ello. Puede incluso preguntarse si tal técnica no provoca en el oyente el deseo de ayudar y animar al otro. En el transcurso de un seminario sobre la psicología del humor, un cursillista nos contó que utilizaba este método para «ligar»: en su primer contacto, tenía por costumbre contarle a la chica que siempre se sentía incómodo en sus relaciones con las mujeres y que no sabía cómo comportarse. De este modo, ella sentía una especie de obligación de ayudarle y animarle.

Por otra parte, la autoirrisión pretende, por paradójico que ello pueda parecer, conseguir la estima del prójimo. En efecto, quien confiesa de forma humorística sus debilidades sabe positivamente que el que las escucha tiene defectos idénticos y, consiguientemente puede identificarse con quien los confiesa sin tener que descubrirse él mismo. El que escucha aprende así que es posible atreverse a hablar de los propios defectos e incluso reírse de ellos, y esto puede provocar una cierta simpatía hacia la persona que ha tenido la audacia de reírse de sus propias imperfecciones.

Por último, la autoirrisión permite afrontar los temores que experimenta el humorista ante sus propias deficiencias. Al hablar de sus dificultades para tomar una decisión o expresarse en público, o incluso al reírse de su desafortunado aspecto físico, uno se da ánimos, se tran-

quiliza, como si dijera: «Puedo reírme de este asunto. ¡Luego no debe ser tan terrible!» Es un intento de minimizar la importancia de las propias debilidades. Sin esta facultad de ridiculizar las propias imperfecciones, éstas podrían conducir a la angustia o a un sentimiento de autocompasión.

Esta forma de humor proporciona un medio de defensa, pero tiene también otras funciones. La principal es afirmar la propia superioridad. Así, hay que estar muy seguro de la posición social para utilizar la autoirrisión y considerar burlonamente las propias debilidades. Es un excelente medio de dar la impresión, a veces engañosa, ciertamente, de que se trata de una única imperfección y de que, aparte de esa debilidad, todo lo demás es perfecto.

El humor negro y la autoirrisión tienen un rasgo en común. Ambas formas de ironía permiten conservar una imagen positiva de uno mismo y salvaguardar el equilibrio mental. En las situaciones en que estos dos aspectos se ven amenazados, el humor actúa como un mecanismo de defensa. Así, las anécdotas y las bromas abundan en los hospitales y en las salas de operación. Horribles para una persona ajena al servicio, estas historias permiten al personal médico conservar su equilibrio mental ante los problemas de la enfermedad y la muerte.

Capítulo 5

¿EXTRAÑO, DICE USTED?
La función intelectual del humor

La apreciación del humor requiere, ante todo, una comprensión del mensaje. Esta condición es necesaria para poder apreciar cualquier chiste o broma. La comprensión del humor recurre al pensamiento y su apreciación, a la inteligencia. El que utiliza el humor debe buscar la mejor forma de presentar las cosas. El que lo aprecia ejerce, igualmente, su juicio. Cada uno experimenta una sensación de contento al saberse lo bastante agudo para crear o bien para apreciar el humor.

Cuando intentamos resolver un problema y conseguimos encontrar la solución, experimentamos una sensación de éxito que se manifiesta a veces con una sonrisa. Cada éxito intelectual aporta una mejor comprensión del entorno y proporciona la impresión de dominarlo mejor. Para comprender este mecanismo, es conveniente observar cómo aprenden los niños a apreciar y sentir el humor.

El nacimiento del humor

La sonrisa de cualquier niño pequeño manifiesta que éste reconoce las caras de sus allegados. Progresivamente, otras cosas comienzan a resultarle familiares y a despertar su sonrisa. Todo objeto nuevo le intriga y, tocándolo, intenta manipularlo. Cuando su esfuerzo le permite identificar el objeto y reconocerlo, esto representa para él un éxito que

provoca su sonrisa. El fracaso provoca, lógicamente, una reacción de inquietud.

Este fenómeno ha sido observado en las investigaciones sobre la resolución de problemas por los niños. Cuando se trata, por ejemplo, de encontrar la salida de un laberinto o de colocar en su sitio las piezas de un rompecabezas, el niño sonríe en cuanto encuentra la solución. Cuanto más difícil sea el problema, mayor es la satisfacción. Pero, si el problema supera al niño, no aparece sonrisa alguna. Existe, pues, una relación entre el nivel de dificultades de los problemas y la importancia del placer que se experimenta al encontrar la solución, siendo la sonrisa, entonces, la expresión más visible de la satisfacción experimentada. Así, los niños, al igual que los adultos, disfrutan poniendo en funcionamiento sus mecanismos intelectuales. De esta forma adquieren un mejor conocimiento y, por consiguiente, un mayor dominio de su medio ambiente.

Al estudiar el desarrollo de la risa en el niño, encontramos un fenómeno semejante. La risa aparece alrededor de la edad de cuatro meses, relacionada especialmente con las cosquillas. A la edad de ocho meses, puede aparecer en un juego en el que una persona se esconde tras alguna cosa y luego se descubre (juego del escondite). A la edad de un año, un comportamiento inesperado de la madre, como beber del biberón o andar a cuatro patas, provoca la risa. Ésta es una de las primeras manifestaciones del divertimiento, basado sobre lo inesperado y lo discordante. Así, pues, éstos son los dos conceptos que explican los aspectos intelectuales del humor. Nuestra curiosidad se despierta ante una situación imprevisible o extraña que nos intriga. Es, pues, una forma de actividad intelectual la que entra en juego en la comprensión del mensaje humorístico.

Para reconocer lo inesperado y la discordancia de una situación, parece lógico saber previamente lo que es normal y correcto en esa situación precisa. En otros términos, es necesario estar suficientemente familiarizados por nuestra experiencia o por nuestro pensamiento lógico, con una situación real para descubrir lo que puede haber en ella de extraño y de incongruente en determinados momentos. Un niño que nunca haya visto un cordero no reconocerá la anomalía de un cordero con cinco patas. Para él, sólo se tratará de un nuevo objeto que observar y clasificar en su mundo interior. Por el contrario, la aparición de un cordero con cinco patas sorprenderá al niño que haya visto otros corderos y que sabe cómo son, y esto le producirá risa o malestar.

Las reacciones no siempre son espontáneas. Muchas provienen de un fenómeno de asociación. Esta teoría, que se convirtió en la del condicionamiento, ha sido recuperada y desarrollada por los behavioristas. Fue experimentada por su jefe de filas, Watson, con un pequeño de once meses, llamado Albert. Este simpático niño se hizo, sin saberlo, con un lugar importante en la historia de la psicología. Watson pretendía demostrar cómo se podía provocar la ansiedad en los niños con métodos de condicionamiento. Pensaba que determinados agentes externos, como un ruido repentino y violento, podían provocar de forma automática y natural el miedo en el niño. Watson tuvo la idea de provocar el miedo a través de un objeto que no tuviera nada de terrorífico, sino todo lo contrario. Hizo que le presentaran al pequeño un ratoncillo blanco. Albert lo tocó, lo acarició y pareció totalmente feliz de poder jugar con él. Una vez que el niño se hubo familiarizado con él, Watson decidió modificar el comportamiento del pequeño. Un día, le trajeron a Albert su ratoncillo blanco y, mientras lo acariciaba, provocaron repentinamente un fuerte ruido (un martillazo sobre una barra de hierro). El niño se sobresaltó con el ruido y abandonó inmediatamente al ratoncillo. Nuevamente intentó acariciarle y, de nuevo, el horrible ruido se reprodujo. Al asociar, a partir de entonces, el ruido con las caricias al ratoncillo, el niño comenzaba a llorar en cuanto se lo volvían a traer. Otros objetos semejantes, como un peluche blanco o un pedazo de algodón desencadenaban la misma reacción. El mismo método de condicionamiento curaría después a Albert de su miedo. Así, al final de la experiencia el niño jugaba de nuevo a gusto con su ratoncillo...

Nosotros quisimos llevar a cabo una experiencia similar con un niño, al que llamaremos Ari, por referencia a Aristóteles, que escribía hace unos 2.500 años: «Lo que causa la risa es algo feo, pero no penoso ni peligroso.» Imagine, por ejemplo, una máscara: es algo feo y deformante, pero no hace ningún daño. Nosotros conocíamos bien a Ari, y nuestra presencia no provocaba en él ninguna reacción particular. Un día, nos acercamos a él con una amplia sonrisa. Luego, comenzamos a gesticular tanto como pudimos. La mirada de Ari reflejó el recelo o quizá la curiosidad. Cambiamos rápidamente por una amplia sonrisa, y la actitud de Ari se modificó igualmente. Se puso, él también, a sonreír. Así las cosas, las muecas transformadas en sonrisa provocaron la sonrisa y, después, la risa en el bebé.

Hemos pedido a algunos amigos que reprodujeran esta experiencia con sus hijos. Todos han obtenido el mismo resultado. El lector puede

intentarlo también y comprobará que es un excelente medio para hacer reír a un bebé.

Con niños mayores, otras transformaciones del rostro, con una máscara, por ejemplo, provocan la risa y la diversión. Saben, en efecto, que esa máscara no puede hacerles ningún daño. Los niños aprenden rápidamente que ellos también pueden hacer reír de esa manera.

Hacia los dos años aproximadamente, el niño comienza a remitirse no sólo a los objetos y a las personas de su entorno, sino también a su imaginación. Se crea un mundo imaginario. Para describir el desarrollo de esta facultad imaginativa en el niño, Piaget cuenta la historia de su hija Jacqueline, que, a la edad de un año y medio, gustaba de hacer como que comía[1]. No tenía ningún alimento delante ni ninguna cuchara en la mano, pero imitaba claramente el acto de comer. A la misma edad, su segunda hija fingía limpiarse los dientes utilizando un dedo como cepillo de dientes. Piaget proporciona muchos ejemplos de este tipo y observa que, en muchos casos, estas actividades van acompañadas de una sonrisa o de una risa. Simulando gestos y pensamientos imaginarios a partir de objetos y de escenas reales, el niño crea una situación discordante entre lo concreto y lo abstracto. Este inesperado encuentro y la resolución del problema provocan la risa. Este mecanismo se encuentra seguramente en la base de los juegos infantiles. A medida que se va desarrollando, el niño adquiere la capacidad de fabricarse un mundo imaginario y sus juegos van acompañados de alegría reflejada en su risa. Su mayor dominio del mundo real, a la vez que de su mundo imaginario, le proporciona un placer cada vez mayor.

Para Hobbes[2], la risa nos procura la impresión de una superioridad sobre los demás o de un progreso con respecto a nosotros mismos. Los niños cuya capacidad intelectual está en un determinado estadio reirán de otros niños que estén en un estadio menos avanzado. Un niño de cinco años que sabe contar correctamente hasta 10, encuentra muy divertido escuchar a otro niño de tres años contar, 1, 3, 6, 5. Un niño de siete años ríe de buena gana si un adulto finge tener problemas para resolver un problema como dos más dos.

---

[1] *Op. cit.*

[2] T. Hobbes, *Leviathan. Traité de la matière, de la forme et du pouvoir de la république ecclésiastique et civile.* Traducido del inglés, comparado con el texto en latín (1650), por F. Tricaud. París, Sirey, 1971. *(Leviathan or the matter, forun and power of a commonwealth ecclesiastical and civil,* 1651).

Del mismo modo, cuando un niño utiliza incorrectamente alguna fórmula del lenguaje, provoca entre la mayoría gran hilaridad o burla. Los juegos de palabras, que tanto divierten a los niños, son la prueba de su progresivo dominio del lenguaje. Así, estas respuestas dichas con una maliciosa sonrisa por los niños:

—¡Dios mío! No haces una cosa a derechas —le dice su mamá a Emmanuelle, que acaba de romper nuevamente un objeto.

—Es que me gustan más torcidas, mamá —responde la niña.

A un niño que llora por cualquier cosa, su madre le dice: «¡Eso son lágrimas de cocodrilo!», y el niño responde: «No, son lágrimas de «coco dolido».

Las explicaciones de la risa en los niños son frecuentemente diferentes de las que encontramos en los adultos. Por esta razón probablemente Freud pensaba que los niños no tenían sentido del humor. Es cierto que los adultos se sorprenden a veces de lo que los niños encuentran gracioso. Inversamente, los niños no comprenden siempre lo que divierte a las personas mayores.

El placer del absurdo

La relación entre la rareza de un fenómeno y la manera de responder a él se manifiesta de la misma manera en el niño y en el adulto. Al igual que el niño, este último, ante un fenómeno curioso, puede tener reacciones que van desde la indiferencia hasta la inquietud o la ansiedad.

Tomemos el ejemplo de alguien que hace un juego de cartas. Si es poco hábil, su truco será muy fácil de adivinar y no provocará más que aburrimiento e indiferencia en los observadores. Supongamos que otra persona, más hábil, pide que se corte el mazo de cartas en dos, y luego cada mazo nuevamente en dos. A continuación, pide que la primera carta del primer mazo se coloque sobre el segundo y la del tercero sobre el cuarto. Tras varias manipulaciones que embrollan al espectador, anuncia con voz segura que la primera carta de cada mazo es una dama. ¡Milagro, es verdad! ¿Cómo ha podido hacerlo? Si lo descubre uno mismo, se siente muy satisfecho. Si no, se le pide la solución y él nos explica que había colocado simplemente, desde el principio, las cuatro damas encima del mazo y que, naturalmente, no las

perdía de vista cuando nos pedía cortar y volver a cortar, arreglándoselas para que al final se encontraran encima de cada montón.

Nuestro placer brota de la súbita comprensión de la solución de un problema extraño que ha excitado nuestra curiosidad. Supongamos un momento que la persona que realiza los juegos de cartas sea un gran mago. Éste nos presenta un juego muy complicado que despierta nuestra curiosidad. Pero, pese a todos nuestros esfuerzos intelectuales, no conseguimos comprender lo que hace ni cómo lo hace. Cuando nos dirigimos a él para pedirle la explicación, nos asegura que no se trata de ningún truco, sino simplemente de un fenómeno que tiene que ver con sus dotes sobrenaturales que superan las leyes de lo real tal y como nosotros las conocemos. Al igual que muchos fenómenos prodigiosos en parasicología, las hazañas de semejante «mago» provocan la inquietud, incluso la ansiedad. Y esto se debe a que no podemos encontrar la solución según las leyes de la naturaleza que nosotros conocemos. El único medio de luchar contra nuestro malestar es pensar que las leyes de la naturaleza siguen siendo válidas y que todo lo que ocurre es que, simplemente, no hemos conseguido descubrir el juego de manos...

El humor explota una relación inesperada y discordante entre las palabras y los hechos reales. Es un desafío hecho a nuestra inteligencia, el cual, desdeñando la lógica, impone un proceso inhabitual a nuestra reflexión. Sólo aceptando esta andadura por el absurdo se puede obtener placer en el humor.

Un pasajero pregunta al conductor del autobús:
—¿Qué hora es?
—Martes —responde el conductor.
—¡Oh! Tendría que haber bajado en la parada anterior.

En realidad, ¿qué es lo que nos divierte en esta historia? Simplemente el hecho de pisotear las leyes del sentido común y entrar en otro mundo en el que la lógica ya no ejerce su control como habitualmente en nuestra vida cotidiana. El humor es la prueba de que lo absurdo puede aceptarse e incluso provocar agrado. Sin embargo, el diálogo entre el pasajero y el conductor del autobús, trasladado a un libro de psiquiatría sobre la esquizofrenia, tendría pocas posibilidades de hacer reír. Las obras de teatro de Ionesco, los cuentos de Lewis Carroll y algunas historias de Raymond Devos nos proporcionan buenos ejem-

plos del humor absurdo que nos libera por un momento de las cadenas de la razón. Así, este estracto del «sketch» de Raymond Devos: «Hay cosas realmente extrañas...»:

> *«Mi pie izquierdo tiene envidia del derecho. Cuando adelanto el pie derecho, el izquierdo no quiere quedarse atrás y se pone delante... Y yo, como un imbécil, andando...»*

Bergler[1] pretende que el placer intelectual que experimentamos con el humor absurdo es una expresión de venganza contra nuestros padres y nuestros profesores que nos prescribieron cómo deberíamos hablar y pensar. Jugando con el disparate y triturando las palabras en diferentes formas, nos convertimos en todopoderosos. Como escribía Lewis Carrol en *A través del espejo:* «Cuando empleo una palabra, su sentido depende de mi voluntad, ni más ni menos»...

Más allá de la liberación de la razón que proporciona el humor, existe otra función intelectual, de la que habla Koestler[2] en su explicación del proceso de la creatividad cuando utiliza el concepto de bi-asociación. Este concepto corresponde a la formación de un nexo original entre distintos elementos de dos situaciones que crean así una nueva significación. En el humor «bi-asociativo», por oposición al humor absurdo, damos sentido a una situación que a primera vista no lo tenía:

> *San Pedro, el portero del Paraíso, pide que alguien le reemplace cinco minutos. Jesús en persona se ofrece voluntario. Poco después, alguien llama a la puerta. Se trata de un anciano fatigado que se acerca y le dice: «Soy un viejo carpintero. Antaño tenía un hijo al que quería mucho, pero desapareció. He dado la vuelta al mundo y he preguntado a la gente si había visto a mi hijo. Todos habían oído hablar de él y le conocían, pero nunca le habían visto. ¿Estará, quizá, aquí?»*
>
> *Emocionado y con lágrimas en los ojos, Jesús abre sus brazos y exclama:*
>
> *—¡Padre!*
>
> *—¡Pinocho! —grita el anciano besándole.*

[1] *Op. cit.*

[2] A. Koestler, *Le cri d'Archimède, l'art de la découverte.* París, Calmann-Lévy, 1965.

El humor intelectual refleja nuestra capacidad de ampliar nuestro discernimiento y nuestra inteligencia. Nos permite crear o resolver cuestiones de forma agradable, tanto más cuanto que sabemos perfectamente que esas cuestiones no aportan una solución «eficaz» ni indispensable. El aspecto intelectual del humor nos concede un instante de libertad liberándonos del pensamiento racional, ofreciéndonos una breve estancia en el absurdo y permitiéndonos un retorno a los juegos infantiles, en los que la fantasía ocupaba más lugar que la lógica. Todos estos elementos de la función intelectual del humor nos proporcionan, pues, una satisfacción. Cuando pronunciamos una frase humorística en la que los elementos intelectuales son claramente evidentes, divertimos a nuestro interlocutor. Su placer está relacionado con la estimulación de sus funciones intelectuales y de su perspicacia. Así pues, uno de los principales motivos de decir ocurrencias o chistes es sacar placer del placer de los demás.

* * *

Naturalmente, el análisis de las cinco funciones del humor tal como lo hemos expuesto en estos primeros capítulos responde esencialmente a una necesidad de claridad: en la práctica, varias de estas funciones, incluso todas, se entremezclan. ¿Cómo separarlas en esta anécdota?:

Tras cinco años de tratamiento, un psiquiatra informa a su paciente de que está curado y de que, ahora, ya puede casarse. Lo que éste hace. Pasa su noche de bodas con su esposa en un hotel. Nada más llegar, el joven novio se dirige al cuarto de baño. La esposa espera y espera. Al cabo de una hora, acerca su oreja a la puerta y le oye murmurar: «Tengo que recordarlo. No es mi madre, no es mi madre, no es mi madre...»

La función sexual es, probablemente, la más evidente aquí. Pero también podemos encontrar la agresividad hacia una persona de cierto nivel social (el psiquiatra), defensas contra la ansiedad y un aspecto intelectual en el inesperado desenlace de la historia.

Segunda parte

LAS MÚLTIPLES FACETAS DEL HUMOR

Un sexto sentido aún muy poco conocido

¿Cómo se hace reír? ¿Qué es lo que nos hace reír? Para algunos el humor se reduciría simplemente a la aplicación de algunas técnicas y, en particular, de algunos efectos discordantes e insólitos. Algunos filósofos, como Kant y Schopenhauer, apenas ven algo cómico fuera de «una esperanza frustrada». El hecho de esperar algo que no llega es lo que haría reír. Habría que explicarles esto a todos los jugadores de Las Vegas, de Montecarlo y de otros lugares similares, ya que, frecuentemente, sus esperanzas no conducen a nada. De esta forma, en vez de sentirse frustrados, podrían reírse de buena gana...

En realidad, el humor es más complejo y es el resultado de diversas causas. Es cierto que la discordancia es, sin duda, el motor principal de chiste. Muchos elementos entran en juego en la apreciación y la comprensión del chiste. Y esta forma de humor no es la única... ¿Existen algunos puntos comunes, un proceso mental idéntico? Esto será el objeto de esta segunda parte.

El estudio de la génesis del humor nos llevará, igualmente, a delimitar su finalidad, a precisar su contenido y las situaciones en las que puede desarrollarse libremente o, por el contrario, ser inoportuno e incluso inconveniente.

Capítulo 6

PARA TRIUNFAR SEGURO
Las técnicas del humor

Para comprender la génesis del humor, hay que considerar el trabajo del humorista. Los que hacen humor —y muchos de entre nosotros lo hacen— utilizan ciertas técnicas, más o menos conscientemente.

Los diferentes tipos de humor

Una primera distinción se impone entre las creaciones de humor «involuntarias» y las «conscientes y deliberadas».

El humor involuntario se produce cuando la persona responsable de las risas de los demás no tenía intención de provocarlas. Esta forma puede ser visual o verbal. En la forma visual, el hecho de resbalar sobre una piel de plátano o de tener la bragueta abierta mientras se diserta sobre la escasa moralidad de los pueblos hace evidentemente reír. Ése no era, ciertamente, el efecto deseado. Los movimientos mal coordinados, como sentarse, por ejemplo, donde no está la silla, tienen igualmente efectos divertidos. Asimismo, una pareja en la que el hombre es pequeño y con una voz de falsete y la mujer es grande y con voz de tenor produce, cuando comienzan a hablar, una situación humorística involuntaria.

Naturalmente, esta forma de humor puede ser totalmente creada, y muchos cómicos lo consiguen plenamente. El humor involuntario

también puede ser verbal. Un lapso puede ser, en ocasiones, desternillante. Igualmente, una observación ingenua de un niño puede divertir a su familia:

> *Una niña pregunta a su madre de dónde vienen los niños. Su madre, como cualquier madre moderna, le describe el proceso con detalle, desde las relaciones sexuales hasta el desarrollo del feto durante nueve meses, con el aumento del vientre que produce, hasta llegar al nacimiento propiamente dicho. Poco tiempo después la niña se encuentra con su vieja tía soltera y regordeta y le dice: «Tía, tienes una tripa muy hinchada, y yo ya sé por qué.»*

No insistiremos más sobre el humor involuntario. Éste sólo divierte al espectador fortuito. Lo que nos interesa es, sobre todo, la creación de humor a partir de un esfuerzo consciente para hacer reír. Así, existen dos tipos de creación «voluntaria»: una ocasional, otra intencional. El humor ocasional nace de esa especie de observaciones que se hacen espontáneamente en una situación determinada para hacer reír a los demás. Ésta es la forma más habitual de humor que se produce en condiciones normales y que nos proporciona nuestra ración cotidiana de risas. Hacer una observación divertida que dé un nuevo enfoque a un lugar común denota una capacidad de creación humorística. Es el caso de los enseñantes que dan muestras de ingenio en sus explicaciones, de los políticos que sazonan sus discursos con una pizca de humor y de todas las personas que, en las conversaciones corrientes, saben coger la ocasión al vuelo y presentar las cosas triviales bajo un aspecto nuevo y divertido.

El humor intencional es, generalmente, privativo del humorista profesional. Es el resultado de un trabajo serio y deliberado y se crea para ser presentado al público. Los que por profesión se ocupan de divertir, los que escriben comedias, «sketches» o guiones de películas humorísticas, son «creadores» en el sentido real del término. Pocos lo consiguen sin esfuerzo y sin trabajo. El que cuenta chistes no parece manifestar, en principio, una capacidad creadora importante. En realidad, para ser capaz de contar un chiste en el momento oportuno sólo es necesario un mínimo de creatividad. Asimismo, el talento del actor cuyo éxito proviene de las historias graciosas que cuenta, no indica necesariamente una creatividad humorística, puesto que ese mismo talento se encuentra en el actor dramático o en el abogado de un criminal.

El tipo de humor voluntario que manifiesta la capacidad creativa

puede adquirir múltiples formas. Como cualquier otro mensaje, el mensaje humorístico puede expresarse en diferentes sentidos. En psicología se distinguen generalmente los sentidos «primarios» y los sentidos «secundarios». La vista y el oído pertenecen a la primera categoría, mientras que el gusto, el tacto y el equilibrio responden a la segunda. Muchas formas del humor se dirigen directamente a los sentidos primarios. El humor físico, verbal o no verbal, utiliza el relé visual. Se basa en los movimientos corporales que provocan la risa: la pantomima, por ejemplo. El humor no verbal aparece sobre todo bajo forma gráfica: la caricatura. El humor visual y verbal se encuentra bajo formas escritas: las colecciones de buenos chistes y los artículos divertidos. El humor verbal puede también recurrir a una forma oral, menos conocida, pero igualmente apreciada: la canción cómica. Los medios de divulgación mixtos, como el cine o la televisión, permiten utilizar y asociar todas estas formas.

Buenos ingredientes

Las técnicas del humor ocasional no pueden apreciarse más que en un contexto preciso. Sólo es posible, por lo tanto, analizar las del humor intencional. La caricatura es un buen ejemplo para el humor visual y el chiste para el humor verbal.

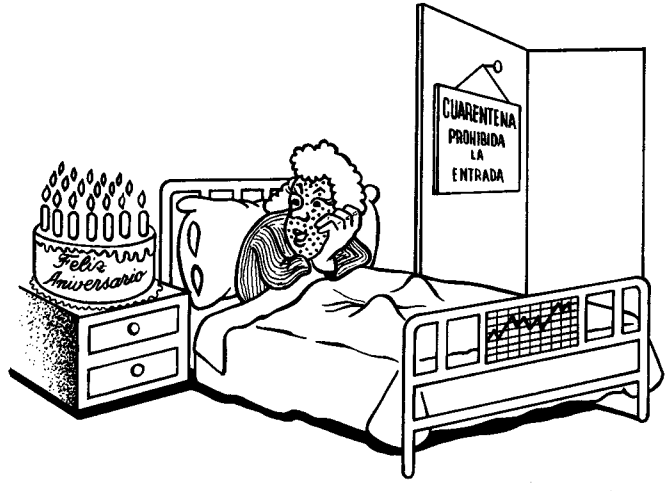
Una caricatura se compone de signos, de símbolos, con algunas simples anotaciones de vez en cuando, que representan en realidad ideas complejas. El principio básico es presentar un mensaje a través de un dibujo de la forma más económica posible. Símbolos como el tío Sam para los Estados Unidos, el oso para la U.R.S.S. o el gallo para Francia permiten a los caricaturistas ahorrar palabras y explicaciones. En un periódico de economía, por ejemplo, un dibujante puede representar al ministro de economía como un enfermo hospitalizado cuya lectura de temperatura desborda el gráfico. Esta ilustración, que no necesita comentarios, resulta, sin embargo, escueta y no manifiesta apenas imaginación creadora o gráfica. Un buen dibujo es aquel en el que con un par de trazos se presenta una situación que exigiría muchas palabras para ser descrita y que de todas formas no resultaría tan divertida.

La caricatura exagera algunos rasgos y pone de manifiesto una ausencia de conformidad, bien de forma interna (en el propio dibujo), bien entre el dibujo y su texto:

Un director de empresa está arrellenado en un gran sillón tras un enorme escritorio. Un anciano en traje de faena entra en la habitación con un balde en una mano y una escoba en la otra. El director se vuelve hacia él y le dice: «¡No hagas caso a los que dicen que hay trabajos modestos, papá!»

Cuando a una persona muy conocida se la dibuja exagerando algunos de sus rasgos (por ejemplo, Luis Felipe en forma de pera), comienza a resultar ridícula.

De esta forma, es como un buen dibujante puede expresar su agresividad. Grotjahn considera que un caricaturista se parece en cierto modo a un brujo. Escribe: «Además de la utilización muy exagerada de determinados rasgos para degradar y rebajar, intenta también ganar un poder sobre las víctimas de su agresión con métodos anticuados e infantiles. Así como en las sociedades primitivas el brujo fabrica un muñeco y lo utiliza de forma mágica para ejercer un poder sobre la persona a la que representa el muñeco, el caricaturista espera inconscientemente encontrar un poder mágico en su dibujo y destruir de esta forma a su enemigo.»



Por supuesto, no todos los dibujos son agresivos. Todas las demás funciones del humor descritas precedentemente pueden encontrar también su expresión pictórica. Pero, en cualquier caso, son necesarias unas notas particulares para dominar la técnica del dibujo. Todo el mundo aprecia la caricatura, pero pocos son capaces de expresar el humor a través de un medio que exige, ante todo, una gran habilidad y un talento especial.

Otros son los componentes del humor verbal: su forma de expresión más habitual es la historia graciosa o el chiste. Aquí, los principales elementos del humor se juntan de forma clara y evidente:

Una joven deseosa de casarse se dirige a una agencia matrimonial. Según la costumbre, escribe:

«Desearía encontrar a alguien que ame la compañía y los deportes náuticos, que se vista de forma convencional y que sea preferentemente pequeño». Algún tiempo después, la agencia le envía un pingüino.

En esta historia, destaca claramente el elemento esencial básico de todo humor, que es necesario pero no siempre suficiente: la sorpresa. Sin sorpresa no hay risa. El humor arrastra al oyente hacia ciertas direcciones. Se le preparan ciertas expectativas que serán seguidamente trastocadas. Los humoristas intentan despistar y, si desean ser apreciados, deben saber sorprender. Esto requiere un cierto estado de ánimo, una cierta disposición a no tomarse las cosas demasiado en serio y a aceptar tanto lo imposible como lo posible. Las personas demasiado serias, lejos de apreciar el humor, se sienten furiosas de haber sido engañadas y de haber perdido el tiempo escuchando cuentos que nada tienen que ver con «la vida real». Una predisposición lúdica, además, de la sorpresa, es una condición necesaria, pero todavía insuficiente, del humor.

Naturalmente, no todas las sorpresas provocan la risa. La expectativa frustrada puede desembocar en indiferencia, cólera o miedo. Todos sabemos que la vida está llena de sorpresas desagradables y que no siempre tienen gracia. El padre de una niña de 13 años le preguntó un día qué es lo que hacía reír a la gente. Ella respondió: «Lo inesperado..., pero no de cualquier clase. Imagina que en este momento estamos aquí sentados y creemos oír el rugido de un león en la habitación de al lado. Vamos a ver y no encontramos más que un ratón. Eso nos

hará gracia. Pero si creemos oír el roer de un ratón y nos encontramos con un león enorme... eso no tendría ninguna gracia... ¡sería el pánico!» La sorpresa, como ella había perfectamente comprendido, no debe ser amenazadora.

Esta misma idea la proponía Aristóteles hace mucho tiempo. Es necesario que la sorpresa se inscriba en un contexto gracioso, aunque los lazos no sean muy lógicos, como en la historia del pingüino, por ejemplo. No obstante, existe, pese a todo, una especie de lógica.

En el humor, esta forma específica de lógica sólo es válida en la medida en que aporte una explicación a lo que es extraño y «tonto». Esperamos una cosa y obtenemos otra muy distinta, pero que es, sin embargo, totalmente correcta y, en cierto modo, lógica. Por ejemplo, si en la historia anterior la agencia matrimonial hubiera enviado un caballo a la joven, eso nos habría sorprendido, pero no lo habríamos encontrado divertido. El envío de un pingüino, en cambio, resulta gracioso porque responde, punto por punto, a las exigencias descritas por la joven, aunque no esperáramos en absoluto semejante salida. Hay que señalar que la explicación no viene dada en la historia, pero nos resulta perfectamente comprensible, aunque dejaría de serlo si pensamos que es inverosímil que una agencia matrimonial envíe pingüinos a sus clientes.

Esta historia ilustra otro factor necesario en el humor: la rapidez. Todo chiste debe tener un desenlace que llegue bruscamente. Como escribe Raymond Ruyer: «El sentido de lo cómico, como el sentido del humor, tienen que ver con una cuestión de rapidez del intelecto.»[1] La extensión de la historia importa poco, pero la parte realmente graciosa debe ser fulminante. No se ríe a lo largo de toda una comedia, sino solamente en determinados momentos culminantes muy breves. Jerry Lewis, en su libro sobre el cine, señala que la risa requiere una dosificación particular: «Es preciso dejar que la gente repose tras una larga broma, darle tiempo a que se calme y se prepare para la próxima gracia.»[2]

Todos los teóricos del humor presentan técnicas particulares que, naturalmente, hacen resaltar sus teorías. Así, Bergson da varios ejemplos de técnicas de imitación que son ciertamente muy eficaces y que son utilizadas por los amenizadores para producir efectos «seguros».

---

[1] R. Ruyer, *Le monde des valeurs*, París, Aubier-Montaigne, 1948, p. 68.
[2] J. Lewis, *Film making*. Nueva York. Random House, 1962, p. 142.

Un esquimal que hable con acento andaluz o un negro con acento nórdico resultan evidentemente graciosos. Muchos cómicos han hecho brillantes carreras imitando personajes políticos. ¿Qué tienen de gracioso semejantes imitaciones? En primer lugar, la sorpresa y, a continuación, la rareza y el efecto discordante entre la voz y lo que se dice.

Bergson ha insistido igualmente sobre el uso del comportamiento mecánico, como la constante repetición de una palabra, de una frase o de un gesto que resulten contagiosos: «heu-reux» de Fernand Raynaud, o las célebres muecas de Louis de Funes.

Freud, por su parte, concede una gran importancia a la técnica de los juegos de palabras. Insiste mucho sobre los lapsos, cuya importancia es muy conocida en su teoría, así como sobre las palabras con un significado simbólico. Pierre Guiraud[1] ha descrito numerosas técnicas de juegos de palabras, clasificándolas en dos tipos: *por sustitución* —el calambur, especialmente (ejemplo: A este *Lopico, lo pico,* de Góngora)— y *por encadenamiento* —«Nos-salen-granos-de-verte», por ejemplo. La utilización de palabras con un doble sentido, de las que usa y abusa para placer nuestro Raymond Devos, es otra forma particularmente corriente, como en esta historia:

Un médico visita a una mujer y, tras examinarla, le dice al marido: «No me dice nada bueno hoy.» «Tiene usted toda la razón», responde el marido, «a mí hace veinte años que no me ha dicho nada bueno...»

Otra técnica, muy conocida y ampliamente utilizada, es el paso de un nivel a otro. Así, cuando se produce una desviación brutal de un determinado contexto:

Un marido vuelve a su casa y encuentra a su mujer en brazos de otro hombre: «¡Ahora lo sé todo!», exclama. «¡Ah! ¿sí...?», responde su mujer, «pues entonces, dime ¿quién fue el 15.º presidente de la 3.ª república?»

---

[1] P. Guiraud, *Les jeux de mots,* París, Que sais-je. P.U.F., 1976.

Otra técnica del mismo tipo es la de los cambios de papel: el enfermo que examina al médico, el estudiante que interroga al profesor o incluso alguien que se presenta de esta forma:

> *«Soy inteligente y guapo. Tengo ingenio y soy tolerante. Pero, por encima de todo, soy modesto.»*

Según Florence Vidal, los procedimientos que utiliza el humorista se reducirían «a las operaciones que la mente puede hacer sobre una estructura (aumentar, disminuir, dividir, separar, eliminar, oponer, comparar, relacionar por analogía, transferir, añadir, invertir, sustituir, etc...) El humorista no puede evitar nunca jugar con estas transformaciones. Dedica su tiempo a masacrar y desfigurar las estructuras con la más extrema flexibilidad»[1]. Sea como fuere, las técnicas humorísticas son muy diversas. Pero todas se basan en la sorpresa, la extravagancia y la rapidez.

Una fórmula infalible

Los procesos intelectuales y afectivos que intervienen en nuestra capacidad de humor pueden explicarse en un modelo teórico. Como todos los «modelos» psicológicos, éste no es exhaustivo, y es fácil imaginar formas de humor que no podría explicar completamente. No obstante, debería ayudarnos a comprender mejor algunos aspectos importantes del humor. Una representación teórica se parece, de alguna manera, a una receta de cocina. No basta con tener todos los ingredientes y seguir las instrucciones al pie de la letra para ser un buen cocinero. Pero, aunque el arte culinario no se aprende en un libro, éste puede, sin embargo, ayudar. Lo mismo ocurre con el sentido del humor. Un modelo teórico no lo garantiza con toda seguridad, pero puede ayudar a desarrollarlo.

El siguiente esquema se ha construido para ilustrar principalmente los chistes y las historias graciosas. Pero algunos elementos pueden ex-

[1] F. Vidal, *Savoir imaginer*, París, Robert Laffont, 1977.

plicar también los dibujos y las simples observaciones humorísticas. Consta de seis fases principales:

— la preparación,
— el contenido del chiste,
— el desequilibrio,
— el proceso intelectual,
— la apreciación intelectual,
— la apreciación afectiva.

La preparación

La mayoría de las veces, pero no siempre, cuando una persona se dispone a contar una historia divertida o a decir algo gracioso, advierte a su entorno que no toma demasiado en serio lo que va a decir. Esta entrada en materia facilita la labor a quienes escuchan. Éstos saben que deben ponerse en un estado «lúdico», disponerse a utilizar otras vías que la de la lógica habitual y que ello debería, normalmente, hacerles reír. La preparación que crea el ambiente adecuado puede reconocerse de diversas formas:

— *La situación social:* En un banquete de bodas, en una simple reunión de amigos..., cuando las bromas surgen por todos los lados, hay una predisposición a reírse por todo, aunque, aparentemente, lo que se dice no sea demasiado gracioso.

— *La imagen humorística del que habla:* Se trata de nuestra apreciación del que habla como humorista, basándonos en experiencias anteriores. La simple aparición en escena de un humorista provoca las risas. En las reuniones de amigos, también se reconoce inmediatamente al que tiene una reputación de personaje gracioso.

— *La apariencia cómica.* La apariencia externa puede proporcionarnos algunos datos sobre la naturaleza de un objeto o de un individuo. Cuando aparece el payaso en el circo, con su gran nariz roja y su rostro blanco, la risa no tarda en aparecer. Aunque no diga nada, sólo su aspecto y su desaliñada indumentaria nos preparan para pasar un buen rato.

— *La expresión de la cara.* La sonrisa, la risa o las muecas del que va a hablar preparan igualmente al entorno a escuchar un discurso humorístico.

— *La declaración verbal.* «Voy a contar uno muy bueno...» «¿Sabéis el último de...?» o también, «en una película de Woody Allen...» Todas estas declaraciones nos hacen imaginar la gracia que vendrá a continuación.

Estas diferentes formas de comunicación nos indican la aparición de algo divertido y nos incitan a pasar rápidamente del estado de ánimo serio a una disposición más fantasista. Cuanto más importante sea la señal, mayor es la expectativa. En cuanto aparecen más de dos o tres de estos signos, la gente puede partirse de risa antes incluso de que la historia haya comenzado. Estos signos tienen efectos acumulados que crean un clima, una situación social en la que se ríe sin necesidad de oír el chiste. Se los puede clasificar yendo de lo más sencillo a lo más complejo (sin que el propio amenizador pueda dominarlos): la declaración verbal, la expresión de la cara, las apariencias externas, la situación social.

La fase de preparación ayuda al amenizador (al que divierte) creando el clima deseado. Pero también puede presentar algunos riesgos, puesto que la expectación puede ser tal que la broma, en lugar de divertir, llegue a decepcionar. Las observaciones graciosas y espontáneas, por el contrario, no necesitan preparación, por lo que el placer será aún mayor en el momento en que se suelten la palabra o la frase humorísticas.

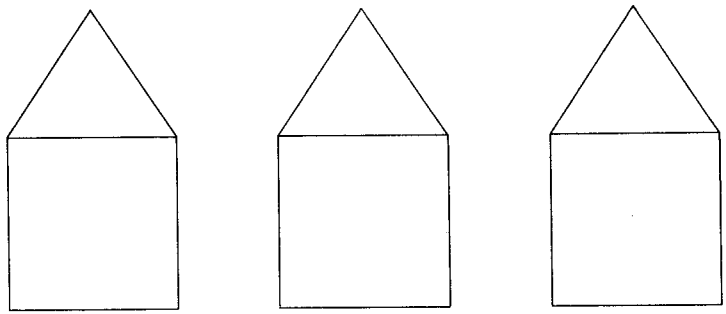
El contenido del chiste

La mayoría de las historias graciosas constan de tres fases: la descripción del decorado, la historia y el desenlace. Esta última fase es, con mucho, la más importante. Responde, pero de forma sorprendente, a la expectación creada durante las fases precedentes. La sorpresa viene de la ausencia de conformidad y de continuidad entre las dos primeras fases de la historia y la última.

El desequilibrio

Una situación extraña o unas ideas incongruentes provocan un ligero malestar y una cierta tensión. Es la misma sensación que experimentamos cuando no conseguimos resolver un rompecabezas. Si quie-

re experimentar esta sensación, tome papel y lápiz; dibuje tres casas alineadas, como el siguiente dibujo, a las que hay que conectar el agua, el gas y la electricidad simbolizados por tres puntos. Puede trazar líneas de cualquier forma, a condición de que no se crucen nunca y de que no atraviesen las casas.



Gas *Electricidad* *Agua*

Cuando lo haya intentado y fracasado una primera vez, haga el dibujo de nuevo y comience otra vez. A los que deseen sentir malestar les sugerimos que trabajen en ello al menos un cuarto de hora. Después, podrán buscar la solución en la página 94. Los que se empeñen en resolver este problema, aparentemente simple, pueden, evidentemente, intentarlo tantas veces como lo deseen. Si se duermen sobre el problema sin haber encontrado la solución, encontrarán seguramente algunas nuevas pistas en sus sueños.

Cuando se intenta resolver un problema y existe un desequilibrio entre los elementos de una situación por estar relacionados entre sí de una forma ilógica o insólita, se produce una tensión intelectual. Consideremos la siguiente situación:

a) Juan ama a María;
b) María ama las flores;
c) Juan envía flores a María.

Esto es lógico. Los tres elementos forman una relación equilibrada y no crean ningún conflicto. La situación es clara y racional: la tercera

frase se explica por las dos primeras. Imaginemos, ahora, una situación diferente.

a) Juan detesta a María;
b) María ama las flores;
c) Juan envía flores a María.

Aquí se crea un desequilibrio. La tercera frase no se explica por las dos primeras. Plantea una pregunta: ¿por qué enviar flores a alguien a quien se detesta? Como no entendemos claramente lo que ocurre, nos vemos obligados a encontrar una cuarta frase que puede ser:

d) María es alérgica a las flores.

De esta forma, la situación resulta comprensible. Del mismo modo, la sorpresa que provoca un dicho gracioso o un chiste crea una falta de equilibrio y una tensión intelectual que nos conducen a una revisión de nuestros esquemas mentales.

El proceso intelectual

Es el proceso que intenta comprender y resolver la discordancia y encontrar nuevamente el equilibrio del razonamiento. Que la escucha de un chiste implique mecanismos intelectuales puede parecer extraño, ya que el desenlace de la historia provoca inmediatamente la risa sin dejar apenas tiempo para la reflexión. En realidad, cada palabra que escuchamos pasa por un proceso intelectual cuyo resultado final es el de aportarle un significado. Esto puede ocurrir a veces tan rápidamente que tenemos la impresión de que ese proceso no existe.

¿Qué ocurre cuando escuchamos un chiste? En primer lugar, presentimos que algo no anda bien. Esperábamos algo bien preciso. Se nos dice otra cosa. Tenemos la costumbre de pensar lógicamente y, de repente, eso no funciona. Tenemos, pues, que dejar de intentar resolver la discordancia creada por la broma o el chiste por las tradicionales vías de la lógica. En la perspectiva lógica, tanto los problemas que se plantean como las soluciones halladas se sitúan en un plano realista. No hay lugar para la fantasía ni para la comprensión de lo absurdo. En el pensamiento patológico, hay un total alejamiento de la realidad. La fantasía, lo absurdo, se perciben como reales. La comprensión del humor ofrece una solución que incluye a ambos en función del contexto.

Quien se aferre a la lógica tradicional nunca entenderá una broma ni sacará placer de ella. Encontrará su equilibrio pensando: «Esto es ilógico y no merece la pena hacer ningún esfuerzo para encontrarle un significado.» No encontrará nada gracioso en la historia en cuestión. Quien no sea tan exageradamente racional y pueda pasar de la seriedad al estado lúdico es quien podrá acceder a la fase siguiente de la comprensión.

La apreciación intelectual

El hecho de encontrar un equilibrio en el malestar provocado por una broma proporciona un sentimiento de satisfacción. Es una liberación de la tensión, que encuentra su expresión fisiológica en la risa. Pero la apreciación no es solamente intelectual...

La apreciación afectiva

Una historia graciosa proporciona placer a quien la escucha. Algunos podrán apreciar, por ejemplo, un chiste sexual porque les permite abordar la sexualidad sin incurrir en la reprobación social. Otros encontrarán divertidas las historias agresivas porque pueden responder a ciertas tendencias más o menos conscientes en ellos. Esto es válido para todas las formas del humor. En la mayoría de los casos, nuestra risa tiene, pues, un doble origen, intelectual y afectivo a la vez.

Para comprender mejor este proceso, intente analizar esta historia:

«He tenido un sueño espantoso esta noche. He soñado que los científicos habían descubierto al fin la forma de aprovechar realmente la energía solar, y que los árabes comenzaban luego a comprar el sol...»

Pero esta historia puede que no le haya hecho reír. Hay dos explicaciones posibles: o bien usted no consigue recurrir en este caso a esa lógica particular de toda situación humorística; o bien usted vive en algún rico emirato árabe. Sea como fuere, recuerde esta recomendación de Alphonse Allais, que podrá experimentar, de hecho, con otras historias:

«Para apreciar un buen chiste, hay que ser tres. Uno para contarlo bien, otro para deleitarse y otro para no comprenderlo... Ya que el placer de los dos primeros se ve doblado por la incomprensión del tercero.»

Solución de las casas: No hay solución. El problema es imposible de resolver. Esperamos, queridos lectores, que no se sientan demasiado frustrados, pero que hayan sentido la tensión y el desequilibrio que hemos descrito cuando se busca una solución para un problema insoluble.

Capítulo 7

REÍRSE DE TODO, COMO QUIEN NO QUIERE LA COSA

Los temas del humor

Este capítulo es el más corto de este libro, ya que cualquier asunto se presta al humor. La forma más sencilla de ofrecer una lista completa sería incluir aquí un diccionario completo.

Detrás de cada chiste, de cada broma, ocurrencia o caricatura se encuentra una historia. El humor puede crearse partiendo de cualquier tema. Existe una especie de ley no escrita que garantiza la libertad del humor. Y, al igual que existen personas que intentan eludir y destruir las leyes, también hay, por desgracia, gente que está contra la libertad del humor. Estiman que algunos temas son demasiado serios o demasiado importantes para reírse de ellos, asuntos tabú por decirlo así, como la religión, la patria, la maternidad..., o cualquier otro tema según los principios de cada cual.

¿De dónde provienen estos tabúes particulares? Las razones hay que buscarlas, sin duda, en la filosofía de los individuos. Un creyente que no osa pronunciar el nombre de Dios se molestará si se le utiliza para reír. Pensará que el chiste no sólo es gracioso, sino que es propiamente blasfematorio. Evidentemente, ello no impedirá que otras personas hagan ese tipo de gracias. Tomemos el ejemplo de una caricatura que, en un ambiente universitario, para conjurar el miedo a un examen, hiciera pasar a Dios por un examinando:

Imagen del globo con dos pequeñas siluetas, Adán y Eva y un árbol entre ambos. Suspendido encima de la Tierra, un anciano con una larga barba blanca y una aureola muestra orgulloso el globo terráqueo. Por encima de él, se ve otro hombre con una barba más larga y una aureola mayor que le dice: «¿Y con un trabajo semejante espera usted obtener el doctorado?»

En tiempos de la Inquisición, semejante ocurrencia podría haber conducido directamente al verdugo. En nuestros días, aparecen libros completos sobre este tema[1] y numerosas biografías de santos muestran que la mayoría de ellos no carecían de sentido del humor. Así, para Jacques y Kervyn[2], el humor religioso puede ser el signo de una sana familiaridad con las cosas divinas, cuando no con el propio Dios. Relatan, entre muchas otras, esta anécdota relativa a Santa Teresa de Ávila:

Santa Teresa, en una de sus peregrinaciones, se hiere en una pierna y lanza este grito al cielo: «Señor, después de tantos sufrimientos, ¡en vaya momento me envías éste!»

Pero una voz le responde: «¿No sabes que así es como trato yo a mis amigos?»

A lo que Teresa replica: «¡Ay, Dios mío! ¡Por eso precisamente tienes tan pocos!»

A pesar de todo, para mucha gente la religión no debe ser motivo de bromas. Así, en el Irán de Jomeini, pocas personas pueden arriesgarse a bromear con el Islam. El mismo fenómeno se puede observar en muchos otros países. Para el comunismo, auténtica religión de Estado, las burlas sobre la ideología de partido están oficialmente prohibidas y, como ya hemos dicho, sólo un humor subterráneo puede aparecer. Existen, sin embargo, excepciones. En su libro *Humor y política,* Alfred Sauvy[3] habla de una recepción en una embajada en Moscú en la que el propio Khruschev contó esta historia:

[1] Cf. H. Cormier, *L'humour de Jésus,* Québec, Paulines, 1978; F. Chalet, *Dieu est drôle,* París, Editions Ouvrières, 1968.

[2] J. Jacques, R. Kervyn De Marcke, *L'humour chez les Saints,* París, Bruxelles, Bloud et Gay, 1939.

[3] A. Sauvy, *Humour et politique,* París, Calmann-Lévy, 1979.

Un hombre en plena Plaza Roja comienza a gritar: «¡Khruschev está loco! ¡Khruschev está loco!» Al momento llega la policía secreta y es detenido. En el juicio le caen tres meses por insultos al jefe del Partido..., y diez años por revelar un secreto de Estado.

Como escribe Sauvy a propósito de los políticos: «Así como la propaganda es más fácil de realizar entre convertidos que entre infieles, también el efecto del humor se obtiene más fácilmente ante un auditorio amigo que ante uno neutral o compuesto de adversarios.»[1] En términos generales, los políticos y sus simpatizantes no aprecian los chistes contra su partido, sobre todo, cuando son sus adversarios los que los cuentan.

La noción de «asunto tabú», aunque resulta comprensible cuando concierne a determinadas creencias o sentimientos, constituye una limitación de las libertades. Las cosas comienzan a ir más bien mal en cuanto los que creen en las vacas sagradas se empeñan en obligar a los demás a que las respeten. Imaginemos inmensos carteles en la entrada de una estación, en los que se leyera: «Prohibido reírse de la religión» o «Prohibido reírse de la muerte» o, simplemente, «Prohibido reírse». A nadie se le ocurriría prohibir un gusto particular por lo dulce, lo salado o lo ácido. Con el humor, igualmente, no es posible decidir con claridad lo que es gracioso y lo que no lo es. Todos los asuntos pueden legítimamente serlo si hacen reír a las personas.

Es posible, sin embargo, que ciertas personas prefieran determinados temas en función de las diferencias de edad, por ejemplo. Los niños pequeños se divierten mucho cuando se hacen referencias a la defecación o a las partes sexuales. Su simple mención les hace aullar de risa. Cuando comienzan a ir al colegio, los temas de sus bromas se vuelven más variados y ricos. Los asuntos más técnicos sobre la sexualidad comienzan a imponerse. Los juegos de palabras y las adivinanzas son entonces lo que más les hace reír. En la adolescencia, el contenido se amplía aún más, y el humor puede provenir de cualquier clase de asunto. Aunque para los adultos el sexo constituye, de modo general, el tema más frecuente, los temas del humor son todos los del pensamiento humano.

[1] *Op. cit.*, p. 32.

Capítulo 8

DEL BUEN USO DEL HUMOR

Las situaciones de humor

El entorno puede despertar o frenar la expresión de los temas humorísticos. Los lugares en los que se considera de mal gusto el reír son aquellos que recuerdan ideas trágicas: los cementerios, las salas de urgencias de los hospitales, las iglesias el Viernes Santo... Asistir a un entierro y presentar sus condolencias a la familia afligida no es nada propicio para las bromas. En esos momentos, pensamos no sólo en la muerte de una persona, sino también en nuestra propia muerte. Como hemos visto en el capítulo del humor como mecanismo de defensa, la muerte puede suministrar un buen tema para el humor negro; pero no es nada risible cuando la afrontamos directamente.

El judaísmo, como otras religiones, se esfuerza en facilitar el paso entre la depresión que sufren los allegados como consecuencia de un fallecimiento y el retorno a la vida normal. Durante la semana que sigue al entierro, la familia se queda en casa y recibe a sus amigos y vecinos; lo que le ofrece la posibilidad de ir saliendo progresivamente de las preocupaciones concernientes a la muerte e interesarse por otros aspectos un poco más alejados. En el transcurso de esos siete días, puede suceder que los temas de conversación se animen y que al final aparezcan algunos detalles de humor. Hacer que la persona que está de luto llegue a sonreír puede ayudarle considerablemente a acostumbrarse y a hacer frente a la muerte. Más vale, no obstante, evitar mencionar en la conversación la frase de Jules Renard:

«¡Qué aburrido es el luto! A cada momento tienes que estar recordando que estás triste...»

El humor también puede encontrarse en los hospitales: permite a los enfermos aceptar mejor una enfermedad grave. Pero, cuanto más grave sea la enfermedad, menos posible resulta esto. El humor ayuda, sobre todo, al enfermo que piensa realmente recuperar la salud y volver a la vida normal. Para él, la autoirrisión es lo que generalmente le ayudará a sentirse mejor. En una sala de reanimación, las visitas temen a menudo utilizar el humor al no saber cómo podría reaccionar el enfermo. Sin embargo, si el propio enfermo hace una broma o responde con una sonrisa a una frase graciosa, puede esperarse que está dispuesto a escuchar un asunto humorístico. El humor puede entonces aportarle una eficaz ayuda. Esto lo saben perfectamente los médicos y lo practican con frecuencia, Moody[1] ha dedicado un libro entero a ese extraño poder del humor para facilitar la curación, llegando a preconizar una verdadera terapia a través del humor y de la risa.

Otro efecto concierne al propio visitante. Al animar al enfermo con el humor, se anima también a sí mismo. Como decía un enfermo: «¿Quién viene a verme, sino enfermos en potencia? Está bien que vengas a verme. Así puedo ofrecerte una primera impresión de lo que te espera...» Una observación como ésta da, sin duda, moral al enfermo, pero de ninguna manera al visitante.

Una iglesia en Viernes Santo o una sinagoga el día del Kipur constituyen otros tantos elementos que frenan cualquier veleidad humorística. No obstante, incluso en esos lugares hay ocasiones de observar o de escuchar a veces un poco de humor. El gato que se cuela en el coro de la iglesia en mitad de un oficio o la persona que vuelca por torpeza el cepillo de las limosnas provocarán algunas risas contenidas o ligeras sonrisas.

Las reuniones sociales de todo tipo pueden constituir lugares ocasionales para el humor. En los grupos que tienen la misma concepción de la vida, el humor constituye una buena parte de esa vida. El humor varía también según la composición sexual del grupo. Un investigador norteamericano[2] se ha dedicado a observar de manera sistemática a

[1] R.A. Moody, *Guérissez par le rire*. París, Robert Laffont, 1980.

[2] L.W. Sherman, «An ecological study of glee in small groups of pre-school children», *Child development*, 1975, 46, pp. 53-61.

los niños de preescolar: ha constatado que los grupos mixtos compuestos por niños y niñas reían más que los grupos homogéneos en los que estaba representado un sólo sexo. Según él, los estímulos son más ricos cuando existen interacciones entre chicos y chicas. En un grupo mixto se produce un fenómeno de «vigilancia sexual» y los niños, al tener una mente más despierta, ríen con más facilidad.

Entre los adultos, es el contenido del humor lo que se ve particularmente influido por la composición (mixta o no) del grupo. Cuando sólo hay hombres, el humor sexual ocupa un lugar mucho más importante, tanto si es vulgar como sofisticado. Si aparece una mujer, el contenido sexual se vuelve más refinado. En un grupo de mujeres, los temas son diferentes y el humor sexual es menos frecuente, más amable y con una agresividad más disimulada. Pero los movimientos feministas intentan modificar todo esto. Las mujeres se sienten menos inclinadas a pasar por unas «damas», y hablan más libremente del sexo, lo que influye también en el tipo de humor que aprecian.

En cualquier caso, el humor florece mucho más entre los grupos mixtos y ello puede explicarse por el hecho de que los hombres son, frecuentemente, mejores para crear humor y las mujeres, para apreciarlo. Es posible que la risa de las mujeres incite a los hombres a ser aún más graciosos...

La atmósfera de un grupo puede asimismo influir. El humor aparece más frecuentemente en un ambiente liberal que en un clima autoritario. El estudio clásico de Levin, Lippit y White[1] estableció que los niños juegan y bromean menos en un ambiente autoritario que en un ambiente «democrático».

La pertenencia a grupos o asociaciones caracteriza nuestra vida social. Cada uno de nosotros pertenece a varios grupos de este tipo, por elección personal o por obligación. Así, por ejemplo, los amigos constituyen un grupo «opcional» y la escuela, un grupo «obligatorio». En general, cuanto más libre de obligaciones y de formalismos esté el ambiente, mejor puede manifestarse el humor. Cuando las relaciones deben adecuarse a una estructura jerárquica, las reservas y los cumplidos limitan la libre expresión del humor. Nuestras relaciones con los demás miembros del grupo se vuelven más forzadas: difícilmente podemos abandonarlas, aunque no nos gusten.

---

[1] En A. Lévy, *Psychologie sociale. Textes fondamentaux*, París, Dunod, 1970, pp. 278-292.

En realidad, las cosas son bastante más complejas. Los grupos tienen, en efecto, una influencia no sólo sobre la cantidad del humor, sino también —y en primer lugar— sobre las funciones que éste cumple, sobre su contenido y sobre sus técnicas.

El modelo del ejército ilustra perfectamente esta observación. El ejército es el ejemplo mismo de un grupo de estructuras coercitivas. Las relaciones dentro de él están siempre jerarquizadas. Cada cual sabe quién da las órdenes y quién debe ejecutarlas. Sin embargo, en su seno se desarrollan ampliamente diversos tipos de humor. En primer lugar, el que tiende a reforzar la jerarquía, creado y transmitido por los de mayor graduación contra sus subordinados, que deben, por supuesto, reírse. A continuación, el humor entre iguales, como sucede en todos los grupos. Por último, el humor subterráneo y clandestino, que se dirige contra los superiores. Es el caso de los simples soldados que imitan y ridiculizan a los oficiales a sus espaldas. Las funciones del humor se ven también influidas por la situación. El humor subterráneo puede servir al mismo tiempo de función agresiva y de defensa. El humor dirigido contra los iguales tiene, sobre todo, una función social.

El tipo de grupo juega un papel en los temas que trata el humor. Los chistes militares se desarrollan en el ejército y describen, al mismo tiempo, su forma de vida y el tipo de represiones que en él se desarrollan:

—¿Cómo te las has arreglado para librarte de todas las faenas? —pregunta un soldado a otro.

—Saltando la tapia un sábado por la noche que estaba arrestado.

—¿Cómo es eso?, ¡no veo la relación!

—Sí, hombre. Al llegar a mi casa de improviso, encontré a mi brigada en la cama con mi mujer. Desde entonces, se acabaron para mí las faenas...

Por otro lado, las técnicas humorísticas «concretas» características de la infancia reaparecen en la «mili»: las novatadas a los nuevos y las chiquilladas a las que se dedican a veces los soldados. Éstos se encuentran, no hay duda, a expensas de una autoridad, en situación de total dependencia, como los niños. Esta breve presentación del humor en el ejército puede ayudarnos a comprender las formas de humor de los demás grupos.

Otro tipo de grupo es aquel en el que no existen necesariamente relaciones entre sus miembros. Así, los grupos profesionales: por ejemplo, los médicos, los juristas, los representantes, los taxistas, los camareros... Cada grupo se encuentra en un contexto particular en el que se desarrollan formas de humor que no pueden apreciar los que no realizan el mismo trabajo. El humor profesional encuentra sus raíces en cada oficio. Tenemos el ejemplo de los médicos y de los psiquiatras, en constante relación con los enfermos del cuerpo o de la mente. Ese contacto con las tragedias humanas les provoca tensiones y, frecuentemente, ansiedad. De ahí las morbosas historias que se cuentan en las salas de urgencia y que se ocultan evidentemente a los enfermos y visitas. Este humor negro permite calmar la tensión de los médicos, que pueden así defenderse de la ansiedad que provoca su trabajo. El mismo fenómeno puede también observarse entre los psiquiatras. He aquí uno de los chistes más conocidos en esta profesión:

Tras dos años de tratamiento intensivo, un psiquiatra dice a su paciente:

—Ahora, puedo asegurárselo. Usted no ha tenido nunca un complejo de inferioridad. Usted es realmente inferior.

Para los psiquiatras que se cuentan esta historia, esto es sólo una forma de defensa. Contada por cualquier otra persona, en una situación diferente, la misma historia se interpretaría como una auténtica agresión.

No todo el mundo tiene la misma aptitud para captar y para apreciar un mensaje humorístico. Para muchos, esta disposición varía según las circunstancias. Cuando alguien está contento, es mucho más receptivo al humor. Su buena disposición para crear o para aceptar el humor reduce su sentido crítico, hasta el punto de que una broma mediocre podrá divertirle; en cualquier caso, mucho más que cuando se encuentra de mal humor. En los momentos más felices, cualquiera encontrará aceptables todos los tipos de humor. Aun cuando sólo aprecie habitualmente los chistes sofisticados, en esos momentos se divertirá incluso con las cursiladas. Cuando tenga un mal día, en cambio, nada conseguirá hacerle reír.

También otros factores influyen en el humor y algunos medios artificiales, como el alcohol, tienen igualmente su importancia. El alcohol no sólo modifica el sentido del humor, sino que reduce también la vigilancia de nuestro sistema nervioso. Un debilitamiento pasajero del pensamiento racional favorece el pensamiento irracional, indispensable para comprender y apreciar el humor. En el transcurso de un seminario sobre el humor en las relaciones humanas, organizado para empresarios, pedimos a los participantes que contaran incidentes divertidos ocurridos en su trabajo. Hasta la hora de la comida, no habíamos obtenido más que respuestas comedidas, que hacían poca gracia. Durante la comida, rociada con buenos vinos, los cursillistas comenzaron a contar historias. Cuanto más bebían, más anécdotas surgían y más ruidosas y continuas se volvían las risas.

Todos sabemos, por experiencia, o por haberlo oído decir, que el alcohol mejora el humor. «¡Hala! ¡Vamos a tomar una copa!» es un antidepresivo a menudo eficaz entre amigos. Este saber no es solamente individual. Es igualmente cultural y nacional. Así, en todos los países donde se celebra el Año Nuevo todo el mundo es invitado a beber para crear un ambiente alegre.

¿Y los medicamentos? Dos médicos norteamericanos[1] han realizado una experiencia en laboratorio acerca de los efectos de los medicamentos sobre el humor y la apreciación del humor. Inyectaron dos ti-

[1] A. Schachter, L. Wheeler, «Epinephrine, chlorpromazine and amusement». *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 1962, 65, 121-128.

pos de drogas a tres grupos de estudiantes. El primero recibía un estimulante; el segundo, un tranquilizante, y el tercero, simplemente agua salada, que no produce, evidentemente, ningún efecto. En los tres casos, los estudiantes ignoraban lo que se les daba. A continuación, se les proyectaba un extracto de una película cómica. Los que habían recibido un estimulante reían más y encontraban la película más cómica que los del grupo de control (el tercero), quienes a su vez reían y se divertían más que los del grupo que había recibido tranquilizantes.

El buen humor de una persona tiene, pues, una mayor influencia que los asuntos tratados sobre su grado de placer cuando escucha una historia humorística. También habríamos podido interesarnos por situaciones particulares, como las épocas de crisis, o los acontecimientos graves, como la guerra, los períodos de elecciones, las catástrofes naturales... Semejantes situaciones engendran determinadas formas de humor que las toman como objeto y que intentan combatir el malestar que dichas situaciones provocan. Estas formas son generalmente agresivas, pero también pueden tener una función social para reforzar la cohesión de los grupos o una función defensiva.

Tercera parte

HUMOR Y PERSONALIDAD

Reír es fácil, hacer reír resulta más difícil

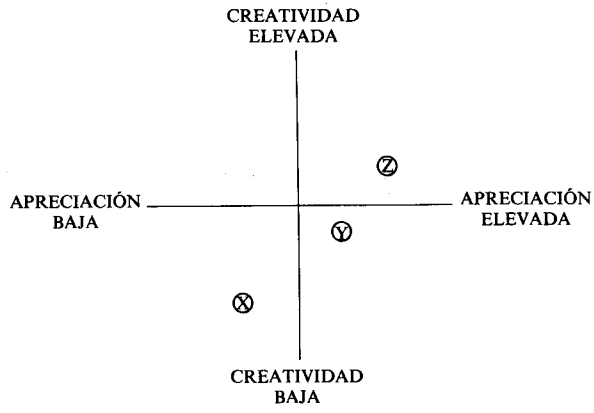
El humor no es, sin duda, el sentido más compartido del mundo... Entre el que tiene siempre a mano una frase graciosa y el que no soporta la más mínima broma, existe una gran distancia. En este campo, como en otros, cada uno de nosotros tenemos reacciones o comportamientos muy distintos según nuestra personalidad. ¿Quién aprecia tal tipo de humor? ¿Quiénes recurren con mayor frecuencia al humor? Antes de responder a estas cuestiones, conviene recordar y precisar la distinción que hemos hecho desde el comienzo de este libro entre creación y apreciación del humor. Asimismo, es necesario definir la personalidad. Tarea difícil que supone una elección evidentemente discutible entre múltiples teorías.

Las dos dimensiones del humor

La creación del humor supone la capacidad de percibir las relaciones entre los individuos, los objetos o las ideas de una manera insólita, así como la capacidad de comunicar esta percepción a los demás (bajo forma verbal o no) de manera que provoque risas o sonrisas.

La apreciación del humor se basa en la capacidad de comprender historias humorísticas y de obtener placer de ellas tanto si son historias completamente creadas como producidas por situaciones extrañas o inesperadas. El placer que nos proporciona el humor puede ser tanto intelectual como emocional.

Las dos dimensiones del humor pueden representarse esquemáticamente de la siguiente manera:



El eje horizontal corresponde a la apreciación del humor; el eje vertical, a su creación. Cualquiera puede situarse en este esquema en función de estas dos dimensiones. En el extremo de la izquierda se encontrarán las personas que no ríen nunca, lo que es, de hecho, muy difícil para una persona normalmente constituida. Desplazándonos a la derecha se encuentran los que ríen cada vez más frecuentemente. No es preciso llegar hasta el extremo de la derecha, que sólo existe en teoría, ya que se trataría entonces de casos totalmente patológicos de personas que reirían continuamente.

El eje vertical indica la capacidad de crear humor. En la parte baja se sitúan las personas que difícilmente lo consiguen. Pueden repetir una historia graciosa, pero la echan a perder frecuentemente al final. No saben inventar una historia nueva. Remontando este eje, se encuentran competencias creativas cada vez más elevadas, hasta los casos más raros, los de los humoristas profesionales.

Para aclarar la forma de situarnos cada uno de nosotros sobre estos dos ejes, tomemos algunos ejemplos que situaremos en el esquema con las letras X, Y y Z:

X es una persona seria. Rara vez ríe y no le gusta perder el tiempo en futilidades. Es más bien crítica con los que ríen o bromean y no siente la menor atracción por los que hacen observaciones humorísticas.

Y disfruta riendo y lo hace con frecuencia. Le gustan las comedias y sus amigos le consideran una persona alegre. De vez en cuando crea humor. Puede hacer reír a los demás con observaciones sobre el lado gracioso de ciertas situaciones.

Z es una persona agradable que gusta de reír y que no pierde ninguna ocasión para hacerlo. Tiene frecuentes ocurrencias y sabe contar un chiste en el momento apropiado.

Cada cual puede situarse así en algún lugar sobre estos dos ejes. Las investigaciones han mostrado que la mayoría de nosotros nos encontramos sobre la parte derecha y baja del esquema: nos gusta reír, pero no creamos demasiado humor.

Definiciones de la personalidad

Sobre la personalidad existen tantas teorías como definiciones. Los psicoanalistas exponen definiciones muy distintas a las de los adeptos a la teoría del aprendizaje. Todos podrían, sin embargo, coincidir en la síntesis que propone H. Pieron en su *Vocabulario de la psicología:* «Lo que la personalidad representa esencialmente es la noción de la unidad integradora de una persona, con todo el conjunto de sus características diferenciales permanentes (inteligencia, carácter, temperamento, constitución) y sus modalidades propias de comportamiento.»[1]

Conseguir delimitar todos los componentes de una personalidad parece realmente imposible. Una simple ojeada a todas las tentativas realizadas con este fin basta para hacernos desistir de comprender cualquier aspecto de la personalidad.

Analicemos, no obstante, los esfuerzos llevados a cabo por los investigadores para encontrar los principales componentes de la personalidad. En 1936, unos científicos buscaron en los diccionarios todos los términos utilizados para describir la personalidad. Encontraron más de 18.000. A continuación, seleccionaron aquellos que describían rasgos del carácter y formas de comportamiento relativamente frecuentes: todavía quedaban más de 4.500. Cattel, experto norteamericano en estadísticas, los reagrupó en 171 categorías, que un análisis más profundo permitió, poco después, reunir en 41 pares de características consideradas esenciales. Posteriores trabajos, hilando aún más fino, han conseguido reducir la lista a 24, es decir, a 12 pares de términos opuestos.

Finalmente, Eysenck[2] concluía que la personalidad podía reducir-

[1] H. Pieron, *Vocabularie de la psychologie,* París, P.U.F., 1957, p. 266.
[2] H. Eysenck, *Les dimensions de la personnalitté,* París, P.U.F., 1950.

se a 4 factores principales. Volviendo así a los tipos de personalidad básicos definidos por el fundador de la medicina, Hipócrates, hace 2.200 años. Según él, la salud y el carácter de una persona dependen de la combinación de los «humores» que circulan por su cuerpo. Un exceso de uno u otro de los cuatro «humores» (la sangre, la bilis negra, la bilis amarilla y la flema) provoca un cierto tipo de temperamento. La sangre produce «el sanguíneo», que se caracteriza por la confianza en sí mismo, la alegría y la sociabilidad. La bilis negra provoca el «melancólico», con sus tendencias depresivas y pesimistas. La bilis amarilla crea el «colérico», irritable y agresivo. Y, finalmente, la flema produce el «flemático», pasivo y apático.

En Europa, la medicina se apoyó en la teoría de los humores hasta el final de la Edad Media. Todavía se encuentran huellas de ello en el lenguaje, se habla de «buen humor» para expresar buen carácter. Aquí se encuentra, sin duda, el origen del sentido que adquirió el término a partir del siglo XVII hasta nuestros días. ¿Sería, entonces, demasiado aventurado decir que el humor ya era considerado en la antigua Grecia como el núcleo de la personalidad?

Sea como fuere, la teoría moderna de Eysenck, tan cercana a la de Hipócrates, nos parece la más fácil de retener. Ha sido objeto de investigaciones tanto psicológicas como fisiológicas. No se embrolla con una multitud de términos nebulosos y oscuros. Y, sobre todo, esclarece enormemente las relaciones antiguas, e incluso las nuevas, entre el humor y la personalidad. Recordemos brevemente esta teoría.

Muchas variables de la personalidad pueden describirse y relacionarse unas con otras con la utilización de dos ejes: uno «social» y otro «emocional». En cada extremo del eje social, Eysenck habla de extraversión y de introversión. El extrovertido busca las relaciones con los demás tanto como el introvertido las huye. Naturalmente, la mayoría se sitúa en alguna parte de este eje, casi siempre hacia la mitad, con una tendencia más o menos dominante. El auténtico extrovertido es muy social. Tiene muchos amigos, siente una fuerte necesidad de relacionarse, le gustan las salidas y el ruido, es amante de los estímulos. En general, le gusta comer bien, es optimista, siempre dispuesto a reaccionar, busca los cambios. Es activo y rápido, hasta el extremo de resultar agresivo a veces. El introvertido puro es, por el contrario, tranquilo, más bien recogido sobre sí mismo. Habitualmente, prefiere los libros a la sociedad, limitando sus relaciones a algunos íntimos. Tiene tendencia a analizarse mucho, hace proyectos a

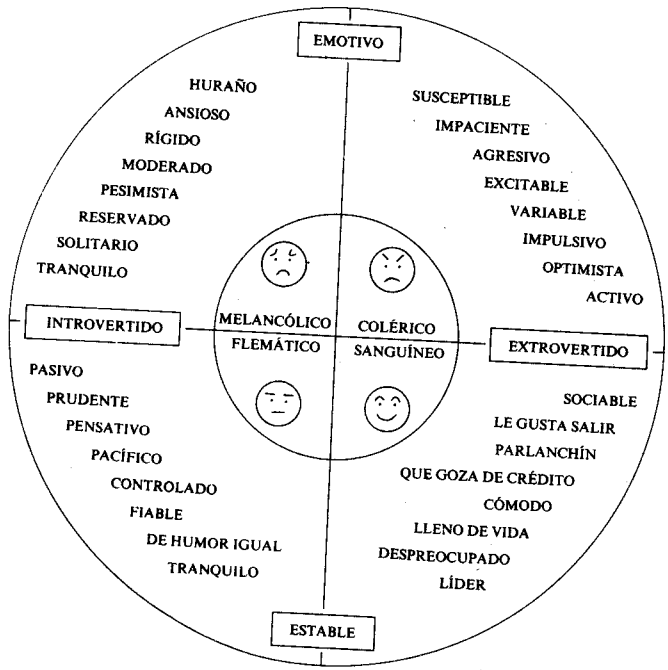
largo plazo y no reacciona nunca de forma impulsiva. Le gusta llevar una vida ordenada, no expresa nunca sus emociones abiertamente, es más bien pesimista.

Los extrovertidos e introvertidos puros son más bien escasos. Los primeros pueden apreciar a veces el encontrarse solos, como los segundos pueden necesitar compañía de vez en cuando. Una persona introvertida que no se suma habitualmente a la conversación puede despertar repentinamente ante la exposición de un asunto que le interese y se comportará entonces del mismo modo que un extrovertido.

El segundo eje de Eysenck concierne a la emotividad. En un extremo se encuentra la persona muy emotiva y en el otro la estable. Como precedentemente, muchos se sitúan hacia la mitad del eje. El tipo emotivo expresa abiertamente sus sentimientos, llorando o riendo según los casos. Su humor cambia rápidamente. Se emociona por poca cosa, tanto por una película sentimental como por una bella flor silvestre, pero se hiere con facilidad y es también proclive a la ansiedad. El tipo estable tiene, en cambio, un temperamento frío. Nunca deja traslucir su dolor. Recupera rápidamente la calma en las situaciones angustiosas.

Los rasgos y las características más importantes de una personalidad pueden situarse con relación a estos dos ejes por el mismo método cartesiano que el utilizado para la apreciación del humor. ¿Es esto suficiente para describir una personalidad? Es evidente, como también lo era para Eysenck, que no se trata de un modelo perfecto, sino de un simple armazón para un buen enfoque de las investigaciones. El esquema de la página siguiente muestra cómo es posible situar los rasgos más significativos de una personalidad con relación a los dos ejes.

Para completar este esquema, nos parece indispensable añadir un tercer eje que concierne a la zona cognoscitiva, es decir, la capacidad intelectual de una persona. Un individuo fuertemente emotivo, con sus tendencias extrovertidas, que sea muy inteligente se comportará de una forma totalmente diferente a otro individuo con rasgos semejantes pero con una inteligencia mediocre. Desgraciadamente, la psicología moderna separa muy a menudo inteligencia y personalidad, lo que constituye, sin ninguna duda, un error y una laguna. A nosotros, por nuestra parte, nos gustaría sugerir un modelo de tres dimensiones: lo social, lo emocional y lo cognoscitivo. Cada uno sobre un *continuum* diferente e independiente de los otros puede representarse por un cubo en cuyo interior puede situarse cada persona.


EMOTIVO
HURAÑO
ANSIOSO
RÍGIDO
MODERADO
PESIMISTA
RESERVADO
SOLITARIO
TRANQUILO
SUSCEPTIBLE
IMPACIENTE
AGRESIVO
EXCITABLE
VARIABLE
IMPULSIVO
OPTIMISTA
ACTIVO
INTROVERTIDO
MELANCÓLICO
COLÉRICO
FLEMÁTICO
SANGUÍNEO
EXTROVERTIDO
PASIVO
PRUDENTE
PENSATIVO
PACÍFICO
CONTROLADO
FIABLE
DE HUMOR IGUAL
TRANQUILO
SOCIABLE
LE GUSTA SALIR
PARLANCHÍN
QUE GOZA DE CRÉDITO
CÓMODO
LLENO DE VIDA
DESPREOCUPADO
LÍDER
ESTABLE

Capítulo 9

A CADA UNO SU HUMOR
Personalidad y apreciación del humor

—Vale. Ya estoy harto. Desde mañana no pienso volver al colegio, y por dos buenas razones: los niños me ponen zancadillas y todos los profesores son malos conmigo...

—Lo siento. Pero mañana irás al colegio, y por dos buenas razones: tienes 40 años y eres el director del colegio.

Si esta historia le hace gracia, es que usted pertenece a un determinado grupo; si no, esto no le concierne, usted guarda relación con otro grupo y serán otras bromas, sin duda, las que le hagan reír. La historia anterior puede provocar, en efecto, diferentes reacciones: «Es formidable... Es infantil... ¿Qué tiene de graciosa?...» De hecho, la mejor forma de juzgar el grado de apreciación del humor por una persona es observar si ríe o no y con qué frecuencia.

Hay que expresar, no obstante, algunas reservas sobre una emisión importante de risas. Puede tratarse de comportamientos patológicos. En algunos casos, llamados de hebefrenia, aparecen risas continuas sin ninguna razón. El mismo fenómeno es señal a veces de una seria deficiencia mental. Inversamente, los enfermos en estado agudo de depresión no ríen jamás.

Pero, dejando a un lado estos casos extremos, podemos decir que la frecuencia de la risa es una buena medida del grado de apreciación del humor.

¿Es usted de los que más ríen?

La respuesta a esta pregunta «cuantitativa» es muy fácil. Los extrovertidos encuentran más placer en las interacciones sociales y, como el humor espontáneo florece sobre todo en los grupos sociales, se puede razonablemente concluir que aprecian el humor más que los introvertidos. También es sabido que el humor fortalece la cohesión de los grupos. La necesidad del extrovertido de un fortalecimiento social encuentra satisfacción en la apreciación compartida del humor. Asimismo, al ser más receptivo a las historias de un grupo, se introduce en él con mayor facilidad. El humor es, pues, para el extrovertido un medio importante de satisfacer sus deseos de sociabilidad.

¿Qué relación existe entre sociabilidad y emotividad? Los extrovertidos de personalidad estable aprecian más el humor. Los emotivos sacan menos placer de él. Su emotividad puede hacer de pantalla frente a las observaciones humorísticas cuyos temas pueden provocar ansiedad. Dicho de otro modo, la combinación de una pronunciada extroversión con una emotividad baja permite apreciar el humor al máximo.

Por lo que se refiere a los que menos aprecian el humor, se les encuentra, generalmente, en el extremo «introvertido» del eje social. Como les repele la compañía y prefieren la soledad, rara vez tienen la oportunidad de encontrar el humor espontáneo que supone unas relaciones sociales importantes. Sus esfuerzos para salvaguardar su intimidad y no comunicar a los demás sus pensamientos o sus experiencias encuentran su expresión en una tendencia a tomarse en serio todos los acontecimientos de la vida, lo que excluye cualquier disposición lúdica, condición necesaria para apreciar el humor. Los introvertidos emotivos constituyen el grupo que menos placer obtiene del humor. Son, según la expresión de Hipócrates, los «melancólicos».

¿Cuál es, ahora, la importancia del nivel intelectual? Las personas con un nivel de inteligencia elevado aprecian más el humor, por el mero hecho de que pueden captar muchos más mensajes humorísticos. Un extrovertido de emotividad estable y muy inteligente está en mejor situación para apreciar el humor que una personalidad similar con un nivel intelectual bajo. En realidad, no todo es tan tajante. En un grupo donde el humor provenga de bromas de carácter muy concreto, sin ninguna referencia intelectual, los individuos de nivel intelectual bajo reirán más.

Además, existen otros dos factores que influyen sobre los aspectos cuantitativos de la apreciación del humor: la edad y el sexo. Diversas

investigaciones llevadas a cabo entre adultos y adolescentes han demostrado que existe una edad privilegiada para apreciar el humor: en plena adolescencia. A los 15-16 años, los jóvenes son muy proclives a la risa. Las chicas están en la edad en la que se «ríe brutalmente» y los chicos son muy aficionados a las lecturas y a las películas humorísticas. Por lo que al sexo se refiere, se ha comprobado que las mujeres ríen generalmente más a menudo que los hombres. Obtienen marcadores más elevados en los «tests» de *apreciación* del humor. Estas diferencias entre sexos se observarán a propósito de la creación del humor, donde se produce el fenómeno inverso: los hombres utilizan el humor más que las mujeres.

Señalemos, por último, que las tres dimensiones de la personalidad no tienen la misma importancia de cara a la apreciación del humor. De hecho, existe una jerarquía: la dimensión social es el factor más importante, seguido del aspecto emocional y, claramente por detrás, el aspecto intelectual.

¿Qué humor prefiere usted?

Esta cuestión cualitativa implica los diferentes tipos de humor —según su función, su técnica, su temática—, así como los diferentes tipos de personalidad ya descritos. Dentro de cada una de estas dimensiones existen niveles elevados y bajos, formando así ocho tipos básicos de personalidad.

El extrovertido emotivo

¿Cuáles son las características de una persona en la que se unen extroversión y emotividad? El cuadro que se desprende de los estudios sobre este tema es el de una persona agitada, variable, que se ofende con facilidad, que es también agresiva, impulsiva, optimista y activa.

¿Qué necesidades puede satisfacer en ella el humor? Las dos principales son poder expresar las tendencias agresivas de forma aceptable y poder introducirse en los grupos. Por ese motivo su humor favorito tiene funciones agresivas. Este tipo de personalidades aprecia, por encima de todo, los chistes «étnicos», porque refuerzan su sentimiento de pertenencia a su propio grupo. Así:

Dos norteamericanos discuten:
—No hay cosa que odie más en este mundo que el racismo...
—¿Estás seguro de lo que dices?
—Sí. Lo único que odio todavía más son los negros.

La función intelectual del humor es menos del agrado del extrovertido emotivo y, generalmente detesta el humor como mecanismo de defensa, pues no encuentra ningún placer en él, en la medida en que su temática provoca más bien el pesimismo y despierta la ansiedad. Muy rara vez utiliza la autoirrisión y no comprende cómo otros pueden recurrir a ella. En pocas palabras, prefiere Charlie Chaplin a Woody Allen.

Le gustan los chistes cortos y las observaciones espontáneas de tipo agresivo o sexual. Prefiere con mucho las bromas concretas —salvo si la víctima es él. El humor bajo forma escrita o gráfica tiene poco sentido para él. Los sketchs de cómicos o las comedias ligeras le divertirán mucho más y las risas de los otros espectadores aumentarán su placer. Muchos asuntos y situaciones humorísticas le parecerán divertidos y su impulsividad le autorizará a reír, incluso en circunstancias nada graciosas en sí mismas.

El extrovertido estable

Este tipo de persona es, de modo característico, sociable, buen conversador, lleno de vida, siempre dispuesto a tomar la iniciativa y a responder mordazmente. Es despreocupado y toma las cosas a la ligera. Habitualmente, está contento de sí mismo y seguro de su fuerza. Es independiente e inclinado a destacar en cualquier ocasión. Para una personalidad semejante, la función social del humor ocupa, evidentemente, el primer lugar:

Un anticuario hace un recorrido por los pueblos esperando encontrar alguna pieza rara. Un día, se detiene en casa de un campesino y descubre, pasmado, un objeto valiosísimo: un antiguo plato de la Edad Media, que parece no servir más que para dar la leche al gato. Astuto, el anticuario propone al campesino comprarle el gatito para regalárselo a su hija. Tras llegar rápidamente a un acuerdo, paga el gato y añade:

—Me llevaré también este plato viejo, ya que el gato está acostumbrado a beber en él.

—¡Ah!, no —gruñe el campesino—. Deje ese plato ahí. Me ha hecho vender ya doce gatos desde el mes pasado.

El extrovertido estable aprecia las comedias, pues su descripción idílica del mundo corresponde a su propia concepción. En cambio, las negaciones de la sátira le parecen no constructivas. La agresión bajo forma refinada ocupa un lugar importante en su apreciación del humor. Le gustan las observaciones críticas y graciosas que facilitan las relaciones humanas. Es particularmente aficionado a contar historias graciosas que mejoran el ambiente social y refuerzan al mismo tiempo su imagen personal. Por el contrario, aprecia poco el humor negro y sus siniestras visiones del mundo. Su confianza personal le permite reírse de sí mismo y aprueba a los que hacen otro tanto. El humor intelectual le permite expresar disposiciones lúdicas que concuerdan bien con su temperamento.

Al igual que el extrovertido emotivo, prefiere el humor verbal, pero es más paciente para apreciar los discursos humorísticos largos. Es más exigente en lo que concierne a las situaciones y a los temas de las bromas. Su conciencia de las reglas sociales y su capacidad de autocontrol le impiden reír en circunstancias inadecuadas. Así, su sensibilidad hacia los sentimientos de los demás le prohíbe reír de las bromas étnicas que puedan herir a alguna persona presente.

El introvertido emotivo

Este tipo de personalidad es propensa a cambiar de humor y a tener una concepción pesimista de la vida. Es ansioso, rígido, poco sociable, tranquilo y replegado sobre sí mimo. De todos los tipos de personalidad, éste es el menos permeable al humor. Si algo le divierte, será probablemente una historia de tema agresivo. Al tener una visión sombría del mundo, aprueba todo lo que pueda criticarlo. Le gusta también el humor negro, puesto que reduce sus ansiedades al volverlas cómicas. No obstante, los temas que le provoquen demasiada ansiedad serán probablemente rechazados. Apreciará el humor social, especialmente, bajo forma de sátira por su crítica a la sociedad. Pero, como casi nunca se encuentra a gusto en las interrelaciones, preferirá el hu-

mor escrito y las películas cómicas a las formas de descripción oral. Por la misma razón, existen relativamente pocas situaciones que le den ocasión de apreciar el humor, y su risa nunca será escandalosa. A esta clase de personas habría que recordarles la frase de Alphonse Allais:

«Las personas que no se ríen nunca no son gente seria.»

El introvertido estable

Es un individuo tranquilo que raramente pierde su sangre fría. Es prudente y pasivo, lo prevé todo y evita las relaciones impulsivas. Prefiere el humor intelectual. El absurdo y lo insólito le divierten y el proceso de resolución de problemas le seduce, su placer proviene esencialmente de la demostración de que es capaz de encontrar una solución correcta sin la ayuda de los demás. Tiene tendencia a no apreciar los temas más corrientes del humor —el sexo y la agresión— precisamente porque son corrientes. Como mucho, apreciará el humor sexual o agresivo si está bien disimulado o si es sofisticado. En cambio, adora el humor negro que presenta de manera desnaturalizada y absurda asuntos que se toman normalmente muy en serio:

Un jugador de golf lanza una pelota demasiado fuerte, y no consigue encontrarla. Al cabo de un rato, se acerca un policía y le dice:

—¿Es usted el que ha perdido una pelota de golf?

—Sí —dice el jugador.

—Su pelota llegó hasta el ojo de un camionero, que se ha saltado un paso a nivel. Esto ha hecho descarrilar un tren, y cinco vagones han ido a estrellarse sobre un cámping. Parece que su pelota ha causado varias decenas de muertos. ¿Cómo va usted a arreglárselas ahora?

—Hum... —dice el jugador—, creo que voy a coger el palo de otra forma, con el índice y el pulgar más apretados.

Debido a su capacidad para presentarse a sí mismo de manera negativa, el introvertido estable aprecia igualmente el humor dirigido

contra él. Como técnica de humor, prefiere las formas escritas, aunque los actos humorísticos tampoco le desagradan. Para él, el mundo es organizado y racional y piensa que, en determinadas situaciones, la risa está fuera de lugar.

El cuadro siguiente puede resumir los cuatro tipos de personalidad y sus preferencias humorísticas:

	Extrovertido		Introvertido	
	Emotivo	Estable	Emotivo	Estable
Funciones del humor				
— agresivas	XX	X	X	
— sexuales	X	X	X	
— sociales (generales)		X	X	X
— sociales (interpersonales)	X	XX		
— de defensa: humor negro			X	X
— autoirrisión		X		X
— intelectuales		X	X	XX
Técnicas del humor				
— formas escritas, películas			X	XX
— formas contadas	X	XX		

Estos cuatro tipos corresponden a las dimensiones sociales y emocionales. ¿En qué interviene la dimensión intelectual para la apreciación del humor? Principalmente sobre la técnica ya que el nivel intelectual determina el grado de complejidad y de refinamiento que una persona es capaz de apreciar. Las personas con un nivel intelectual bajo o medio preferirán los chistes o las bromas fáciles de entender. Les encantan las bromas concretas y los chistes fáciles que, por el contrario, no son muy apreciados por las personas de nivel intelectual alto. Estas últimas pueden apreciar el humor ingenuo cuando están en un estado de humor lúdico, obteniendo más placer de las cuestiones que puede plantear un humor más sofisticado.

Capítulo 10

HUMOR EN VENTA

Personalidad y creación del humor

La apreciación de las diferentes clases de humor concierne a casi todo el mundo, ya que todos podemos responder, cualquiera que sea nuestra personalidad, y dentro de ciertos límites, a los mensajes humorísticos. No ocurre lo mismo con la *creación* del humor, que concierne a un grupo mucho más restringido, el cual puede dividirse en dos categorías: los profesionales y los aficionados.

Los profesionales son los que viven de sus producciones humorísticas: los caricaturistas, los imitadores, los cómicos, los autores de comedias, de sátiras o de sketchs, cuya obra es conocida, apreciada y «comprada» por los demás. Los amenizadores y actores cómicos que presentan producciones escritas por otros y les aportan su toque personal entran igualmente en esta categoría. Cualquiera que pueda ganarse la vida a partir de una creación humorística debe poseer un particular talento.

Los aficionados pueden hacer reír a los demás con observaciones graciosas y chistes, o incluso con pequeños sketchs o con caricaturas, pero no consideran el humor como su profesión. Sus allegados saben hasta qué punto pueden ser graciosos. En todo grupo social en el que las reuniones sean periódicas y frecuentes, los humoristas aficionados son rápidamente reconocidos como tales. Profesionales y aficionados son, en realidad, mucho más diferentes de lo que parecen. Lo que tienen en común es, sin duda, su capacidad creativa. Todavía sabemos

muy pocas cosas sobre esta cualidad y menos aún sobre las formas que adopta.

La aptitud creativa

En psicología, la creatividad es la capacidad de ver y de presentar a las personas, objetos o ideas bajo un nuevo enfoque. Puede encontrar su expresión en todos los campos de la actividad humana, pero más generalmente en los asociados con las artes o las ciencias. El compositor de una sinfonía, el escritor, el matemático que construye una teoría, etc.

Varias investigaciones se han orientado hacia la búsqueda de las diferencias entre las personas de un alto nivel de creatividad y las de una creatividad baja. Algunos han introducido también la variable del humor, lo que les ha permitido demostrar que las personas con un alto nivel de creatividad están más abiertas al humor que las que tienen un bajo nivel de creatividad. Existe en el plano estadístico, de forma absolutamente significativa, una correlación positiva entre el humor y la creatividad.

Ambos conceptos tienen, parece ser, un núcleo común. Arthur Koestler, en su brillante *Acto de creación*[1], introdujo la idea de que la comprensión del humor es el mejor medio para acercarse a la investigación científica y a la creación artística. Mark Twain estaba, sin duda, totalmente de acuerdo con esta idea cuando escribía: «Un chiste representa el matrimonio repentino de unas ideas que antes de su unión no dejaban ver la menor relación entre ellas.»

¿Por qué algunos individuos con un alto nivel de creatividad escogen las ciencias, otros las artes y otros incluso el humor como profesión? Evidentemente, estos últimos son los que aquí nos interesan. ¿Quiénes son las personas que eligen expresar su talento a través del humor? ¿Cuáles son las características de su personalidad?

Primeramente, tenemos que seguir insistiendo en el hecho de que la creatividad no sólo exige una cierta forma de pensamiento, sino también, y esto es importante, la capacidad de comunicar ideas por diversos medios (como la escritura o el dibujo). Pero eso no es todo. Todavía son necesarios duros esfuerzos y perseverancia. Esto es quizá

[1] *Op. cit.*

lo que más distingue al profesional del aficionado en el campo concreto del humor. Sin embargo, los dos deben poseer un pensamiento original, fluido y flexible. Pero el aficionado que inventa un chiste se expresa de manera espontánea, mientras que el profesional debe trabajar dura y regularmente sus ideas, utilizando todas sus capacidades para transmitir sus hallazgos a los demás. Un autor cómico escribe para directores y actores, que se convierten en sus intermediarios con el público. Un caricaturista utiliza un periódico con el mayor auditorio posible. Un profesional tiene un programa de trabajo, contratos que cumplir, a veces una cierta cantidad de ideas que producir. No tiene siempre una relación directa con el público. El aficionado crea humor para grupos específicos, a cuyos miembros conoce personalmente.

Los profesionales del humor

El humorista profesional siempre ha tenido una función importante, generalmente, de orden social. En la antigua Grecia, la comedia y la sátira presentaban la sociedad a través de un espejo deformado. Los espectadores se reían de esos humoristas y se reían a menudo de ellos mismos, sin saberlo. En las sociedades primitivas, el humorista tenía una posición privilegiada como única persona autorizada a reírse de cualquier cosa, incluso de las cosas sagradas. En las sociedades feudales, el bufón jugaba un papel semejante ante los reyes y nobles en la Edad Media: era, al mismo tiempo, creador y actor humorístico.

Más tarde, la especialización apareció en este campo como en muchos otros. Actualmente, tenemos dos variedades distintas de humoristas: los escritores y los comediantes. Dentro de la categoría de los escritores podemos incluir a los que crean humor a través de otros medios, como los caricaturistas. Evidentemente, algunos escritores humorísticos representan a veces sus obras ellos mismos, pero éste no es el caso más frecuente. Entre los escritores y los actores, los primeros son los más creativos. Sin embargo, en nuestro mundo moderno los actores cómicos son mucho más conocidos y también mejor pagados que los que crean las comedias. Esto es fácil de comprender, ya que ellos son los únicos en enfrentarse con el público, en recibir los aplausos o los silbidos.

La investigación centrada sobre el humor como profesión es todavía muy reciente. Existen, no obstante, tres fuentes principales de in-

formación científica: los estudios biográficos, las entrevistas y los tests psicológicos. La primera categoría comprende las autobiografías, como la de Charlie Chaplin[1] o, de forma más novelada, la de Marcel Pagnol[2], biografías como el libro de Lax sobre Woody Allen[3] y algunas recopilaciones que analizan varias biografías, como el libro de Pannenbourg sobre los «satiristas»[4].

Las entrevistas sistemáticas a los profesionales del humor han enriquecido aún más este campo. Citemos dos ejemplos: el libro de Fry y Allen, *Make'em laugh*[5], y el estudio de Janus sobre la profesión de actor cómico[6]. Este último preserva el anonimato. Cuando se desvelan los nombres de los humoristas, el retrato sólo puede ser halagador, so pena para el autor de la entrevista de verse demandado por difamación. El anonimato constituye una especie de obligación tácita con los entrevistados que han aceptado voluntariamente colaborar con el investigador. Así podría explicarse el hecho de que los humoristas descritos y nombrados por Fry y Allen aparecen de manera más positiva que los interrogados por Janus, un pequeño grupo de cómicos que permanecieron en el anonimato.

Por lo que se refiere a los tests psicológicos, pocos autores han utilizado, que nosotros sepamos, este tipo de enfoque. Janus ha aportado algunos resultados a partir de los tests de inteligencia. Fischer[7] ha utilizado técnicas proyectivas. Nosotros también hemos utilizado los tests y los cuestionarios para evaluar las dimensiones de la personalidad.

Todos estos estudios permiten bosquejar un retrato de los humoristas profesionales. Esto no sobreentiende de ninguna manera que todos se parezcan, pero es posible encontrar algunos puntos comunes que ayudan a comprenderles mejor como grupo profesional. Como existen pocos datos sobre los escritores, no es posible diferenciarlos de los cómicos, no obstante, cuando aparezcan importantes características específicas a una de las dos categorías, las señalaremos.

---

[1] *Op. cit.*

[2] M. Pagnol, *Souvenirs d'enfance,* 4 tomos, París, Pastorelly, 1957-1960.

[3] E. Lax, *On being funny: Woody Allen and comedy,* Nueva York, Charterhouse, 1975.

[4] W.A. Pannenbourg, *Les écrivains satiriques,* París, P.U.F., 1954.

[5] W.F. Fry y M. Allen, *Make'em laugh,* Palo Alto, California, Science and Behavior Books, 1975.

[6] S.S. Janus. «The great comedians: Personnality and other factors». *American Journal of Psychoanalysis,* 1975, 35, 169-274.

[7] R.L. Fischer y S. Fischer, *A psycological analysis of comedians and clowns.* Escrito presentado en la Tercera Conferencia Internacional de Humor, Washington, D.C. 1982.

Primero, es conveniente una observación: la mayoría de los resultados de las investigaciones están basados en hombres, especialmente en escritores y caricaturistas. Hay muy pocas mujeres humoristas profesionales. En su libro sobre *el humor inglés,* Tony Mayer no cita más que 8 mujeres por 178 hombres... J. Sternberg, en *Un siglo de humor francés,* sólo cita hombres. Incluso entre los cómicos, una aplastante mayoría pertenece al sexo masculino. Y, si Anne-Marie Carrière recibió el Gran Premio del Humor por su *Dictionnaire des hommes*[1], no deja de ser una excepción. Habrá que esperar al próximo capítulo para estudiar las diferencias entre humoristas hombres o mujeres.

El ambiente familiar y la educación

La mayoría de los humoristas interrogados provenían de grupos con bajos ingresos y se encontraban entre las clases medias más bajas. Muchos pertenecían también a grupos minoritarios; existía, entre los norteamericanos, un fuerte predominio de judíos. En muchos casos se trata de personas que han conocido numerosos conflictos familiares. Varios humoristas han extraído las raíces de su talante en este clima. Uno de ellos, según Fry y Allen, ha descrito así la interminable batalla de sus padres: «Vengo de una familia en la que se gritaba mucho. Mis padres vivían todo el tiempo a grito pelado. El único medio de defensa era reírse, buscar lo que aquello podía tener de gracioso.»

Otro cómico nos declaró: «La lucha continua entre mis padres era un infierno. Aquello me asustaba. Yo quería irme. No sabía qué hacer. Creo que hacía el payaso en el colegio para dar el pego.» Hablando de su experiencia de comediante cuando era una niña, una humorista asociaba los aplausos que obtenía en el escenario con el amor y la ternura que en vano reclamaba a sus padres.

Unos investigadores norteamericanos[2] que realizaron las biografías de 300 personalidades del siglo XX comprobaron que todos los actores célebres que habían citado provenían de hogares perturbados, a veces, con padres alcohólicos. Semejante ambiente familiar puede destrozar a un niño, pero éste puede rechazar su desgracia transformándola en algo gracioso para hacerla más soportable. Art Buchwald[3] ha insistido sobre el valor de la risa para hacerse aceptar. Cuando pre-

---

[1] A.M. Carrière, *Dictionnaire des hommes,* París, Éditions de la Pensée Moderne, 1960.
[2] V. Goertzel y F. Goertzel, *Cradles of eminence,* Boston, Little Brown, 1962.
[3] *Op. cit.*

guntó a Abbott —el «más gordo» del tándem Abbott y Costello— para saber lo que hacía que una persona fuera creativa, éste replicó sin dudar: «Una infancia difícil...»

Muchos humoristas han tenido relaciones más estrechas y más calurosas con sus madres y más pobres con sus padres, que tenían, generalmente, un papel poco relevante en casa. En muchos casos, las madres han contribuido al éxito de sus hijos recurriendo a veces al chantaje: «Puedes hacer lo que quieras pero si no sigues por este camino extraordinario que te conducirá al éxito, me partirás el corazón...» Así describía un humorista israelí la ayuda de su madre. Y añadía: «Supongo que la mayoría de las madres israelíes se parecen a la mía.» Esta observación nos recuerda la de Dan Greenbeg en su libro *Comment être una mère juive:* «No hace falta ser judío para ser una madre judía.»

Si las madres de la mayoría de los humoristas tienen un papel predominante, los padres se perciben como poseedores de mayor sentido del humor. Ya que, a pesar del clima conflictivo de las familias de muchos humoristas, la risa estaba a menudo presente. Muchos hablan de los modelos humorísticos con los que convivieron: su padre, su abuelo u otro pariente tenía un buen sentido del humor que les servía de referencia.

No obstante, el cuadro en su conjunto es bastante sombrío: las familias de los humoristas pertenecen generalmente a las clases más bajas. Luchan por satisfacer las necesidades cotidianas en una atmósfera de conflictos conyugales. El humor que se desarrolla en este contexto es, al mismo tiempo, un mecanismo de defensa y una forma de olvidar las dificultades, se mete con la realidad, la deforma, la vuelve más graciosa y, por consiguiente, más soportable. Naturalmente, una infancia desgraciada no basta para producir un humorista. ¡Hace falta que tenga talento! Además, hay, evidentemente, excepciones, como lo muestra Marcel Pagnol en sus *Souvenirs d'enfance.*

En cuanto al colegio, muchos humoristas han conservado un mal recuerdo de él. Se muestran muy críticos sobre el modo en que está organizada la enseñanza. Muchos tienen una mala opinión de sus profesores. Un cómico nos dijo: «Los profesores no se interesaban realmente en los jóvenes. Se contentaban con ir, hablar y aburrirse, pero no intentaban comprendernos o preguntarnos lo que nos interesaba.» Otro, un célebre autor satírico, reconocía que los enseñantes habían sido sus primeras víctimas: «El verles graciosos, el ridiculizarlos, reírme de ellos en sus propias narices, era una forma de vengarme. Supon-

go, que les debo mucho a mis profesores. Me sirvieron de blancos ideales para entrenarme en la sátira.» Salvo contadísimas excepciones, todos los humoristas confirman que la escuela les decepcionó, que eran incapaces de establecer un contacto con sus enseñantes y que los estudios les aburrían. Éste pudo ser el origen de la frase de Mark Twain:

> *«En primer lugar, Dios hizo a los idiotas, para ejercitarse. Luego, hizo las escuelas.»*

Es más bien triste que brillantes escritores no hayan accedido a los estudios superiores y que tengan una opinión semejante de la formación escolar. Pocos diplomas, un sentimiento de estar a un lado y un deseo de fuga son, para muchos, los únicos recuerdos que quedan de su escolaridad. Esto no les ha impedido ser cultos a todos. Pero se definen como autodidactas. Pese a un nivel escolar muy bajo, sorprende encontrar en algunos humoristas una auténtica riqueza de conocimientos en los campos más diversos. Lax, en su libro sobre Woody Allen, cuenta sus inútiles esfuerzos por entrar en la universidad. Su sed intelectual era tan grande, que tuvo que pagarse profesores particulares para iniciarse en la filosofía, en la literatura y otras materias.

El nivel escolar alcanzado por los escritores es, de forma general, más elevado que el de los cómicos. Pero todos sienten la misma decepción de sus años escolares.

Las ideas sobre el humor

Para algunos, el humor es un don innato. No necesita, pues, ninguna explicación. Para otros, se trata simplemente de la utilización de determinadas técnicas. Un humorista decía que lo más importante para hacer reír a la gente es la motivación: «Si usted lo desea realmente, le bastará con aprender ciertas técnicas, todo el mundo puede lograr hacer reír...» En realidad, muchos creen que el humor es en parte un talento innato, pero que puede desarrollarse por aprendizaje e imitación.

Otros también, piensan que todo humor es agresivo; siempre se hace a expensas de alguien: «Sin víctima, no se es gracioso. A la gente le gusta ver hasta qué punto son ridículos los demás. Es una forma

de decirse que los demás no son tan impresionantes y que, por comparación, uno no está tan mal...» Muchos coinciden en pensar que el humor puede ser un arma terrible. Un humorista nos declaraba: «Puedes meterte incluso con los que tienen un poder considerable. A los políticos, que pueden amargarnos la vida, mandarnos a la guerra utilizando desmesurados argumentos patrióticos, se les puede hacer caer en el ridículo. Reírse de ellos es hacer de aguja que deshincha un globo grande, impresionante. En realidad, está lleno de aire...»

Muchos escritores han descrito cómo el humor era un mecanismo de defensa contra sus decepciones y sus frustraciones en la infancia o en la adolescencia. Uno de ellos decía: «Si alguien está demasiado sediento de humor, no hace falta buscar muy lejos en su historia personal para encontrar muchas desgracias personales.» Otro, autor satírico virulento: «Para mí está claro que el humor es una sublimación de la agresión. Cuando yo era pequeño, era agresivo, y me mezclaba fácilmente en las peleas a puñetazos. Progresivamente fui descubriendo que el humor podía ser mucho más eficaz. Cuanto más utilizaba el humor contra los demás, menos necesidad tenía de expresar físicamente mi violencia. Para mí, el humor era y sigue siendo terapéutico. Creo que para la mayoría de las personas debe tener una función semejante.»

Esta opinión nos conduce a interrogarnos con respecto a los autores satíricos. La literatura profesional no es muy benévola con ellos. Partiendo de algunas biografías, Pannenbourg ha escrito a propósito de los autores satíricos: «Son egocéntricos, inmorales, ambiciosos, desprovistos de sentimientos sinceros hacia los demás, incluida su propia familia y sus hijos.» Nosotros, en nuestras propias entrevistas, no hemos encontrado esos rasgos característicos, pero hemos comprobado que eran socialmente molestos cuando pretendían mejorar la sociedad intentando desesperadamente comprenderla y aceptarla. Para la mayoría de ellos, la sátira es un medio para soportar la autoridad. Buscan principalmente, la simpatía de los «subalternos». Y, como decía uno de ellos: «La mayoría de las personas son subalternos.»

Otros humoristas piensan, por el contrario, que el humor es una expresión del amor: «Hable a las personas de sus preocupaciones y de sus problemas. Encontrarán en ello el reflejo de sus propias preocupaciones. Muéstreles que usted, al igual que ellos, puede reírse de todo eso. Creará una auténtica comunicación, una fraternidad basada en la comprensión y en el amor.» Un cómico nos contaba que todo lo que él hacía era compartir su placer con los demás: «A veces, creo que soy realmente un benefactor. Debería estar canonizado...»

Cambiar el estado de ánimo de las personas, hacerlas más felices durante unos momentos, es la principal motivación de numerosos cómicos. Es bien sabido el importante papel que durante los períodos de guerra pueden jugar los artistas cómicos para hacer recobrar la moral a las tropas. Difícil misión cuando los soldados vuelven de una batalla en la que muchos de sus compañeros han encontrado la muerte. Uno de estos cómicos, que conoció esta situación, nos contó que tuvo que suplicarle al comandante de la unidad para comenzar su espectáculo ante un pequeño puñado de soldados: «Al principio, bien que mal, conseguía hacerles reír un poco. Luego, comenzaron a reír y su risa parecía un cascabel. Otros solados fueron llegando y, al final, todos reíamos y cantábamos juntos. Yo daba gracias a Dios por haberme concedido el poder de hacerles olvidar sus penas durante unos instantes y por haber podido transformar sus lloros en sonrisas.»

En las entrevistas, aparece una diferencia entre escritores y actores. Muchos escritores ven en el humor un medio de escapar de las dificultades y de las desgracias de la vida. La mayoría de los actores consideran el humor como un medio de captar la atención y de ser agradable. Su principal motivación es, sin duda, una tentativa para ser aceptados y queridos. Esto proviene de las mismas fuentes de inseguridad y de decepción que en los escritores. Pero, debido a sus diferentes aptitudes, y probablemente a sus fuertes tendencias a servir de diversión, escogen el escenario como medio. Un cómico nos decía que todos los actores, trágicos o cómicos, tenían la misma sed de atención: «Queremos estar siempre sobre el escenario para ponernos trajes, ser personas distintas, ser admirados... Creo que los cómicos tienen aún más necesidad de ser queridos que los demás. Quieren que se les asocie con las risas y las alegrías, nunca con la tristeza o el llanto.»

Personalidad

Los humoristas profesionales tienen una personalidad compleja. La descripción siguiente es muy general y, aunque concuerda con la mayoría de los sujetos estudiados, deja a un lado muchas excepciones. Actualmente disponemos de tres fuentes de «muestreo» que nos las proporcionan:

—Janus, que ha estudiado a 55 humoristas profesionales en activo.

— Los Fischer, que han interrogado y realizado tests a 43 comediantes y payasos.
— Nosotros mismos, que hemos trabajado con 21 humoristas, de ellos, 9 escritores y 12 actores.

Este total de 119 profesionales del humor no parece, sin duda, muy impresionante. No olvidemos que estamos ante una especie más bien rara... Comparados con los demás escritores profesionales (los considerados «serios») y los demás actores, los humoristas no constituyen más que una pequeña minoría.

La inteligencia

Los humoristas profesionales son sumamente inteligentes. Janus realizó una de las muy conocidas pruebas de inteligencia de Wechsler. Encontró coeficientes intelectuales de 115 a 160, cuando la media es de 100. Entre los humoristas, el registro medio fue de 138. Pero Janus no utilizó más que la prueba de vocabulario de la escala de inteligencia, que evalúa únicamente la capacidad verbal. No es, pues, sorprendente que cómicos profesionales obtengan registros elevados en una prueba de este tipo. En efecto, en su profesión, tienen que apoyarse mucho en la capacidad verbal y es igualmente posible que su buen dominio del vocabulario sea una de las razones de la elección de su carrera.

No olvidemos, además, que estos cómicos son personas con éxito, conocidos en su país, trabajan en ese campo desde al menos diez años y hacen que se gane la vida un círculo de 5 ó 6 personas, e incluso más. Es probable que una muestra extraída de cualquier grupo social con reconocido éxito profesional esté constituido por personas de inteligencia excepcional. Esto es claramente cierto para cualquier profesión en la que sea necesaria la capacidad verbal.

Nuestros humoristas han obtenido resultados menos brillantes que los estudiados por Janus. No obstante, siguen apareciendo como personas de un nivel intelectual superior, con un coeficiente de 125,7. Hemos comprobado, además, que los escritores, como grupo, eran más inteligentes que los actores. El coeficiente intelectual de los primeros era de 132,4 y el de los segundos, de 118,3[1].

[1] Como veremos en el siguiente capítulo, una inteligencia elevada (contrariamente a lo que cabría pensar) no es la característica principal del primer humorista aficionado que se presente.

Además de la clásica prueba de inteligencia, hemos sometido a algunas pruebas de creatividad a ciertos humoristas de nuestra muestra. Todos han obtenido marcadores muy elevados. En el conjunto de la población, apenas se encuentran un 3 % de respuestas realmente originales a este tipo de pruebas. Entre los humoristas, el 32 % de las respuestas podían considerarse originales.

La sociabilidad

El capítulo precedente ha indicado que los extrovertidos aprecian el humor más que los introvertidos. Con los humoristas profesionales no ocurre exactamente lo mismo. Cuando se trabaja con ellos se observa rápidamente que la mayoría son personas muy serias y que, contra toda previsión, no ríen demasiado. Aunque existen diferencias entre los escritores y los actores, los humoristas profesionales son más introvertidos que el conjunto de la gente. Los actores deben mezclarse y entrar en contacto con mucha gente en su vida profesional. Pero, en privado, se mantienen más bien apartados. Tienen pocos amigos de verdad y prefieren quedarse en casa a salir. Les gusta encontrarse frente a la masa, de pie sobre un escenario, pero detestan mezclarse con ella. No gustan apenas de utilizar sus talentos humorísticos en las reuniones de amigos. Uno de ellos nos contó que uno de los momentos más odiosos para él —y que se reproducía con frecuencia— era cuando alguien le pedía, con una sonrisa estúpida, que contara una historia graciosa.

Semejantes deseos sociales pueden ser la explicación, para algunos, de su huida de la compañía de personas. Un brillante actor describe así su necesidad de ser reconocido sobre el escenario y olvidado en su vida privada: «Prefiero estar solo o con mi mujer a salir y encontrarme con la gente. Cuando se trata de una obligación, casi nunca estoy cómodo. Sobre el escenario, sin embargo, me encuentro seguro de mí mismo. Sé que los espectadores han venido y han pagado para verme. Aprecio el interés que se me otorga y me pregunto si mi placer no guardará relación con el deseo de ser el mejor.»

Los escritores son aún más introvertidos que los actores. «Escribir sobre el humor, o sobre cualquier otro tema, es una actividad solitaria. Hay que trabajar duro, dar vueltas y vueltas a las ideas en la cabeza, escribir, tachar, volver a escribir y afinar continuamente. Esto no puede hacerse si tienes gente a tu alrededor...», explicaba uno de los escritores de nuestro estudio. Y añadía: «La gente es indispensable para

observarla, comprenderla y adivinar lo que la divertirá, no para estar absorbido y preocupado por ella...»

Para Janus, la mayoría de los cómicos son seres esquivos, sensibles y tímidos. Woody Allen es el ejemplo tipo de introvertido con el que habría soñado Jung. Cuando era niño, intentó aprender trucos de magia para ser popular. Cuenta: «La magia se adaptaba perfectamente a mis necesidades de aquella época. Me permitía aislarme del mundo. Era mucho mejor que el colegio, que me aburría y me daba miedo.»

Cuando realizamos las pruebas a los humoristas profesionales, encontramos que sus registros en extroversión eran netamente más bajos que los de un grupo de referencia. Sin embargo, algunos actores son enormemente extrovertidos. Parecen incapaces de parar de hacer bromas, permaneciendo en el punto de mira de todas las reuniones en las que participan. Son, no obstante, las excepciones a la regla.

Otro punto interesante para relacionar con el aspecto social de la personalidad de los humoristas es su deseo de sentir que tienen un poder sobre los demás. Éste es, evidentemente, el caso de los escritores satíricos, que incitan a la gente a censurar o a luchar contra el poder establecido. Pero también es el de los actores, que tienen la impresión de manejar a su público a su antojo. Así, uno de ellos explica: «Es fantástico sentir al público en tu poder. La gente ríe o no según mi conveniencia. Es muy divertido.» Cabría preguntarse si estas preocupaciones con el poder no tendrán alguna relación con sentimientos de impotencia, como muestra el aspecto afectivo de su personalidad.

La afectividad

Los humoristas profesionales son, generalmente, muy emotivos. Las investigaciones confirman el viejo estereotipo del payaso triste. Los cómicos, en la muestra de Janus, hablaban de ansiedad, a veces de depresión, y el humor sería una forma de enfrentarse con esos sentimientos y apartarlos de sí.

Los sentimientos de inferioridad predominan en los tests proyectivos aplicados por los Fischer a su grupo de cómicos. Se sienten despreciados, de poco valor, muy preocupados por ser aceptados por los demás. Dedican mucho tiempo a convencerse a sí mismos de que aman a la gente y de que el mundo no es tan triste como parece.

En el estudio de Janus, el 89 % de la muestra había seguido una psicoterapia, a veces durante largo tiempo. Sus relaciones con los terapeutas estaban marcadas por un conflicto de poder. Los cómicos in-

tentaban manipularlos invitándoles a su espectáculo, para convertirse después, en el diálogo terapéutico, en «especialistas». Incluso, al pedir ayuda, temían ver disminuir su capacidad de hacer reír. Parecía como si los cómicos sintieran inconscientemente que el humor encuentra su fuente en el sufrimiento: si paraban de sufrir, perdían al mismo tiempo su éxito. Janus relata el chiste que contaban muchos humoristas sobre el cómico en el psicoanalista:

«Me dijo que me tumbara y que le contase todo lo que sabía. Y, ahora, está representando mi obra en Filadelfia.»

En nuestro grupo, sólo el 20 % de los humoristas habían seguido una terapia. Puede que la diferencia sea de tipo cultural. ¿Cuántas personas de las que han triunfado en el mundo del espectáculo han recurrido a las psicoterapias en los Estados Unidos? Es poco probable que el porcentaje difiera mucho del que obtuvo Janus con los humoristas norteamericanos. En los demás países, las psicoterapias no están tan extendidas.

En nuestras entrevistas, los sentimientos de ansiedad, de inferioridad y de depresión aparecen menos frecuentemente, en comparación con las de los americanos. Los resultados que obtienen nuestros humoristas en las pruebas indican, sin embargo, que son más emotivos que el conjunto de la población. Son menos felices, menos seguros de sí mismos y más frágiles en el plano afectivo que los sujetos de un grupo de referencia. A pesar de sus éxitos profesionales, tienen una imagen de sí mismos más negativa que los demás.

Naturalmente, los humoristas tienen personalidades muy diversas. Nuestras observaciones sólo son válidas para el conjunto de ellos y no para las personas tomadas una por una.

Capítulo 11

HUMOR, ¡CÓMO NOS CAUTIVAS!
Los humoristas entre nosotros

Un estudio publicado en Gran Bretaña comparó las razones por las que se reían los estudiantes en 1937 y en 1973[1]. Pocas diferencias se pudieron constatar en medio siglo: el estudiante clásico ríe una media de 15 a 20 veces al día y los principales motivos siguen siendo los mismos. Los soportes graciosos formales no intervienen más que en el 20 % de las risas.

Es cierto que el humor surge de manera espontánea entre amigos. Nos hacemos reír los unos a los otros, a veces sin quererlo y, la mayoría de las veces, bien a propósito. Pero algunos son más hábiles que los demás para provocar la risa. Para distinguirlos de los profesionales, les llamaremos «humoristas aficionados».

¿Hay algún humorista en la sala?

Reconocer a los profesionales era relativamente fácil: sus producciones en forma de comedias, de sketch o de caricaturas pueden producir millones de risas. El aficionado, por su parte, raramente es conocido más allá de su círculo de amigos o de compañeros de trabajo.

---

[1] H.R. Pollio y J. Edgerly, «Comedians and comic styles». En A.J. Chapman y H.C. Foot, *Humour and laughter: Theory, research and application*, Londres, Wiley, 1976.

Identificarle ha sido, pues, nuestra primera tarea. A continuación, hemos podido compararle con los que tienen menos humor, para estudiar mejor su personalidad.

Nuestras investigaciones se han centrado en jóvenes israelíes de 16 a 20 años y en varios grupos de adultos en Francia y en los Estados Unidos que participaban en seminarios sobre «el buen uso del humor en el medio administrativo o en la empresa». No nos hemos interesado, pues, en los niños, que no siempre tienen la misma aprehensión del humor que los adultos[1]. Hemos utilizado métodos basados en la observación, en los juegos o en la sociometría. Lo que deseábamos, en primer lugar, era encontrar una situación, la más próxima posible a la vida real, que pudiera ser observada sin perturbar a las personas. Así que invitamos a un grupo de 20 jóvenes, chicos y chicas, de la Universidad de Tel-Aviv, y les explicamos que realizábamos un estudio sobre las relaciones dentro de los grupos y que desearíamos obtener su colaboración. Diez estudiantes de psicología ocupaban sentados el contorno de una habitación con la misión de observar a dos personas, así como al conjunto del grupo. Estos estudiantes, entrenados en los métodos de observación, debían anotar, para cada persona observada, las veces que se reía y las veces que hacía reír a otros cinco miembros del grupo al menos. La risa y la sonrisa habían sido previamente definidas y los estudiantes se habían podido entrenar en el trabajo de anotación con unas películas de vídeo. Sólo después de haber obtenido una compenetración satisfactoria entre los distintos anotadores pudo comenzar el estudio.

Pedimos a los jóvenes que encontraran respuestas positivas a unas situaciones parecidas a las de las pruebas de creatividad. Propusimos tres situaciones:

1. ¿Qué ocurriría si, en lugar de la vista y la audición, el olfato se volviera el sentido predominante en el hombre?
2. Un hombre de negocios encarga 20.000 pares de zapatos de Hong-Kong. Al recibirlos, descubre que le han enviado 40.000 zapatos del pie izquierdo. Al mismo tiempo, la fábrica de Hong-Kong quiebra. ¿Qué puede hacer?
3. ¿Qué sucedería si los árboles y las flores se pusieran a caminar?

---

[1] A los interesados en las cuestiones del desarrollo del humor entre los niños les resultará de gran utilidad consultar las obras de P.E. McGhee *(Humor: Its origin and development,* Nueva York, Freeman, 1979) o de F. Bariaud *(op. cit.)*.

Al final de la sesión, propusimos a los jóvenes una prueba sociométrica sobre el humor, presentada de la siguiente forma: se anotaban los nombres de todos ellos sobre un cuadro de 4 columnas: «Ningún sentido del humor», «Poco sentido del humor», «Bastante buen sentido del humor» y «Muy buen sentido del humor». Pedimos a cada adolescente que pensara en alguien a quien conociera bien y que anotara arriba de cada columna el nombre de la persona a quien correspondiera mejor cada categoría. Así cada uno tenía un modelo de referencia. Luego, les invitamos a que colocaran una cruz para cada miembro del grupo en la columna de su elección. Más tarde, pudimos dar una nota final a cada joven, calculada a partir de las opiniones dadas por los demás: de 0 para «ningún sentido del humor», hasta 3 para «muy buen sentido del humor». Estos resultados, confrontados con las observaciones de los psicológos, permitían identificar con poco riesgo de error a los humoristas «aficionados».

También utilizamos un cuestionario[1] y la prueba sociométrica con varios grupos de adultos, así como diversos juegos que permiten evaluar la apreciación o la creación de humor. He aquí, a título de ejemplo, algunos de ellos:

1. *Texto de dibujos.* Cada sujeto recibía 10 dibujos graciosos pero sin texto. Se le pedía inventar unos textos. Cada respuesta recibía a continuación de todos los miembros del grupo una puntuación de 1 a 10.
2. *Finalizar chistes.* Cada sujeto recibía una relación de diez chistes en los que faltaba el final. Se pedía encontrar el desenlace más gracioso. La puntuación se realizaba como anteriormente.
3. *La octavilla sindical.* Remitíamos a cada miembro del grupo una octavilla sindical que se mofaba de su participación en un seminario sobre el humor, lo cual se había producido en la realidad una vez con uno de ellos. Cada sujeto debía redactar su respuesta y, también aquí, la puntuación de la respuesta la efectuaban los demás miembros del grupo.

Los juegos de este tipo permitían obtener una especie de palmarés de los mejores humoristas aficionados. Los resultados de las diferentes pruebas —cuestionario, juegos, sociometría— separaban claramente

[1] Este cuestionario puede encontrarse en A. Ziv, *L'humour en education*, Éditions E.S. F., 1979, p. 39.

a los humoristas del resto, los que crean humor fácilmente y los que más lo aprecian. Otras pruebas debían seguidamente informarnos sobre su personalidad. Pero, antes de llegar a nuestros descubrimientos sobre este tema, he aquí algunas observaciones sobre las diferencias que hemos podido constatar entre los sexos.

Humor en masculino, humor en femenino

Hemos visto, en el capítulo anterior, que las mujeres son extremadamente escasas entre los humoristas profesionales. Entre los aficionados, existe una diferencia en lo que se refiere a los dos principales aspectos del humor: los hombres lo crean más y las mujeres lo aprecian más.

Esta observación la hemos realizado siempre partiendo de los resultados del cuestionario sobre el humor, al que hemos sometido a miles de personas en el transcurso de estudios o de seminarios en varios países. Evidentemente, esto no quiere decir que todos los hombres sean más creativos en el campo del humor que cualquier mujer. Basta con pensar en algunas mujeres célebres o en algunas damas que conocemos personalmente y que son famosas por tener un maravilloso sentido del humor. No obstante, en general, los hombres obtienen una puntuación más elevada en creación del humor y las mujeres en su apreciación.

¿Cómo explicar esta diferencia? Según algunos psicólogos, esto podría deberse a los diferentes papeles que la sociedad impone a los distintos sexos desde la infancia. Dado que el humor es, generalmente, de tipo agresivo o sexual, parece convenir más a los hombres, más estimulados que las mujeres, en nuestra sociedad, hacia la agresividad y la dominación. Un niño que vuelve a su casa llorando porque le han tirado del pelo, oirá: «Llorar es de niñas... Vete a darle una torta al que te ha hecho eso...» En cambio, la niña que llore por el mismo motivo será besada y consolada por sus padres.

Así, la expresión de los sentimientos es más reconocida como normal en la mujer y puede manifestarlos más fácilmente. En realidad, puede ser que los dos sexos aprecien el humor de la misma forma. Pero las mujeres están mejor preparadas y más desinhibidas para manifestar su placer a través de la risa.

Otra posible explicación puede provenir de una preocupación por

las apariencias sociales. Los payasos y muchos actores cómicos distan mucho de ser guapos y elegantes. Algunos adoptan incluso, posturas corporales grotescas y un atuendo ridículo. Piénsese en la boina y la vestimenta de «paleto» de algunos cómicos o en la forma de andar de Groucho Marx. Una mujer se considera que debe parecer bonita y graciosa. Con una apariencia extravagante, provocaría en la gente más repelencia que diversión.

Hemos intentado comprender cómo se veían a sí mismos los humoristas aficionados de ambos sexos. Hemos interrogado a 344 jóvenes, a los que dividimos en dos grupos empleando los instrumentos de estudio anteriormente descritos: los humoristas, cuya puntuación era superior a la media, y los no humoristas. Sometimos a todos ellos a un cuestionario clásico sobre «la propia imagen», en el que cada cual debía situarse con relación a unos términos opuestos, como «seguro de sí mismo-indeciso», «tímido-no tímido» o incluso «metódico-desordenado»...

Al estudiar los resultados, pudimos comprobar que los chicos humoristas casi no son diferentes de los otros chicos no humoristas. Lo que no era el caso con las chicas. Las chicas humoristas tienen una imagen de sí mismas mucho más positiva. Se perciben como poseedoras de rasgos más bien masculinos. Están menos conformes con el modelo femenino tradicional. Tal vez descubrieron, en su adolescencia, que no eran lo bastante femeninas. Es posible que algunas de ellas descubrieran, así, el uso del sentido del humor y sus efectos sobre los demás.

Retrato-robot del aficionado

Como ya hicimos con el humorista profesional, consideraremos el entorno familiar, las ideas sobre el humor y la personalidad del humorista aficionado.

El entorno familiar y las relaciones

Los humoristas profesionales proceden, la mayoría de las veces, de medios socioeconómicos bastante bajos. Los aficionados, por su parte, pueden encontrarse en todas las clases sociales, en idéntico número que los no humoristas. A lo largo de nuestras entrevistas, intentamos

reconstruir su ambiente familiar y las relaciones con sus padres. Idéntico resultado que con los profesionales: los humoristas hombres tenían mejores relaciones con sus madres que con su padre. Sin embargo, con las mujeres, la situación era la inversa: la mayoría tienen mejores relaciones con sus padres que con sus madres. Las respuestas de los adolescentes a esta misma cuestión nos permitirán, tal vez, explicar este resultado.

Con los adolescentes, hemos utilizado un cuestionario de percepción familiar americano[1] en el cual, contrariamente a la mayoría de las pruebas de este tipo, se interroga a los propios niños para saber cómo perciben ellos las actitudes de sus padres y su comportamiento hacia ellos. Sus respuestas a diversas cuestiones permiten saber si se sienten aceptados o rechazados por sus padres o por sus madres. Al someter a unos adolescentes a este cuestionario, así como a una serie de pruebas sobre el humor, hemos podido constatar:

1. Que la aceptación del padre es más importante para las chicas. Las que se consideran aceptadas por sus padres tienen un mejor sentido del humor. En cambio, la aceptación del padre no guarda relación con el sentido del humor en los chicos.
2. Que la aceptación de la madre es importante para los dos sexos. No obstante, para los chicos juega un papel más importante. Esta aceptación permite discernir a los humoristas entre los chicos, pero no entre las chicas. La aceptación de la madre es tan importante para las chicas humoristas como para las no humoristas.

Estos resultados pueden explicarse de distintas formas y, sin duda, serían necesarios algunos estudios complementarios. Para nosotros, los chicos que manifiestan un comportamiento humorístico como sus padres saben merecerse la risa de sus madres, y eso contribuye así a que ellas les acepten mejor. En cuanto a las chicas, no se esperaba de ellas que sean graciosas. Sus madres, que aprecian más el humor de lo que lo creen, no les animan a perseverar en esta forma de comportamiento. Los padres no prestan tanta atención como las madres a la necesidad de que las chicas tengan un comportamiento tradicional. Se sienten, por el contrario, orgullosos y contentos de constatar el humor en sus hijas, poque así ellos encuentran su propia imagen de humoris-

[1] E.S. Schaeffer, «Children's reports of parental bahavior: an inventory». *Child development*, 1965, 36, 413-424.

tas. Es posible, pues, que refuercen esas características en sus hijas, animándolas con su aprobación a continuar teniendo reacciones humorísticas.

Las ideas sobre el humor

Mientras que los escritores humorísticos desean tener influencia sobre las personas y enseñarles alguna cosa, los humoristas aficionados desean, ante todo, crear un ambiente agradable. Sienten igualmente, la necesidad de sentirse amados y aceptados por los demás. Aprecian el lugar privilegiado que les proporciona el humor dentro del grupo, pero también se dan cuenta de que se les ama y se les teme al mismo tiempo. Uno de ellos nos decía: «Les gusta que me burle de alguien, pero me pregunto si, en el fondo, no tienen miedo de que un día les toque a ellos. Para evitar este peligro, algunos intentan mantener buenas relaciones conmigo. Inconscientemente, me atribuyen una especie de poder. Honradamente, no puedo decir que me agrade esta situación...»

Muchos son conscientes de su poder. Las mujeres que sienten este poder tienen cuidado, no obstante, de no degradar su imagen femenina. Como nos decía una de ellas: «A nadie le gusta ser el blanco de un ataque humorístico. Esto es particularmente cierto cuando un hombre se ve atacado por una mujer. Yo procuro tener cuidado y frenarme, pero no siempre es fácil. Las personas son, a veces, tan ridículas que no puedo evitar hacerles alguna observación, aun a sabiendas de que eso podría volverse luego contra mí...»

Los hombres humoristas utilizan más frecuentemente el humor agresivo que las mujeres. No vacilan en adoptar posturas críticas ni en utilizar la ironía. Utilizan, asimismo, el humor como mecanismo de defensa más que las mujeres. La forma más corriente entonces es la autoirrisión, cuyas ventajas nos describió un humorista aficionado: «Instintivamente, las personas detestan a los que intentan demostrarnos que son inteligentes, felices y competentes. Los que pueden presentarse como limitados y torpes se ganan rápidamente la simpatía de los demás. ¿Será porque todos nos sentimos un poco limitados y admiramos a los que tienen el valor de admitirlo? No lo sé, pero creo que a la gente le gustan los que saben hacer bromas de sus debilidades y de su fragilidad.»

Humoristas y no humoristas coinciden en señalar que el humor es

un medio seguro de hacerse desear socialmente. Cuando preguntamos a unos y otros hasta qué punto desearían tener sentido del humor, los no humoristas deseaban tenerlo mucho más que los humoristas. Con otras palabras, los que tienen sentido del humor se sienten satisfechos, los que carecen de él desearían tener más.

La personalidad

Continuando con nuestro esquema de la personalidad, presentaremos los aspectos intelectuales de los humoristas aficionados, luego, los sociales y, finalmente, los afectivos.

Los aspectos intelectuales

Las relaciones entre el humor y la inteligencia varían de una población a otra. No obstante, partiendo de una docena de estudios realizados sobre unos 1.200 adolescentes y 400 adultos, podemos avanzar algunas constantes:

- —El humor guarda más relación con la inteligencia entre los adultos que entre los adolescentes. Lo mismo ocurre entre los adolescentes, de más edad (16-18 años), que entre los más jóvenes (14-15). Esto se debe, sin duda, al hecho de que el humor del adulto es más sofisticado y está, pues, más frecuentemente relacionado con mecanismos intelectuales.
- —La inteligencia verbal facilita más el humor que la inteligencia no verbal. Esto resulta fácil de comprender, ya que la mayoría de las formas de humor son verbales, sobre todo en el adulto y al final de la adolescencia.
- —La inteligencia predispone más a la apreciación del humor que a su creación.
- —Por último, las correlaciones entre el humor y la inteligencia son netamente más elevadas entre los hombres que entre las mujeres. Esto puede deberse al hecho de que, al ser el humor la mayoría de las veces agresivo, los hombres lo utilizan como medio de sustitución de su agresividad cuando son inteligentes, mientras que los menos inteligentes utilizan, sin duda, formas directas de agresión.

Podemos decir que, en términos generales, los humoristas son un poco más inteligentes que los no humoristas y que los humoristas afi-

cionados presentan coeficientes intelectuales menos elevados que los humoristas profesionales. En lo que concierne a la creatividad, los humoristas aficionados son claramente más creativos que los no humoristas. Pueden ver las cosas bajo un punto de vista original e inesperado.

En una experiencia con adolescentes, intentamos averiguar las posibilidades de aumentar la creatividad a través de la simple audición del humor. Escogimos algunos discos humorísticos de entre los más célebres y se los pusimos a seis clases de C.O.U. Mientras los jóvenes escuchaban y reían, grabamos en un audiómetro la amplitud y la duración de las risas. El disco que provocaba más risas fue elegido como instrumento de investigación. Entonces trabajamos con cuatro grupos diferentes. A dos de ellos les dimos unas pruebas de creatividad y a los otros dos les hicimos escuchar el disco cómico. A continuación, sometimos a los cuatro grupos a otra prueba de creatividad. Los resultados mostraron claramente que los que habían escuchado el disco obtenían puntuaciones en creatividad más elevadas que los demás.

La creatividad es el rasgo más característico de los humoristas aficionados. Cuando buscamos la parte que juega la creatividad con relación a otras variables, encontramos que era el mejor medio de detectar un comportamiento humorístico.

Los aspectos sociales

Los humoristas profesionales, y particularmente los escritores, son, como ya hemos dicho, más bien introvertidos. Los aficionados son, por el contrario, a menudo extrovertidos. Las pruebas de personalidad pasadas por adultos y adolescentes, humoristas o no, muestran que los humoristas tienen puntuaciones netamente superiores en extraversión a los demás.

Los humoristas aficionados desarrollan el buen humor en sociedad. Es cierto que proporcionando placer a los demás mejoran su posición social. En las pruebas sociométricas, obtienen elevadas notas en popularidad. Esto es particularmente cierto con aquellos que tienen una buena capacidad humorística. Pidiendo a los adolescentes designar al más popular de su clase, hemos constatado que su elección recaía sobre compañeros famosos por hacer reír a los demás y no por reír ellos mismos a menudo. Ser capaz de hacer reír contribuye a la cohesión de un grupo, lo que aumenta el sentimiento de pertenencia al mismo y crea un ambiente agradable.

Sin embargo, no basta con crear humor para resultar popular. Algunos humoristas con muy buenas puntuaciones en las pruebas de humor no son designados como populares. Al interrogarles, hemos encontrado que eran lo que podríamos llamar «humoristas obsesivos». Parecen incapaces de parar de hacer bromas, de lanzar observaciones irónicas o de hacer el payaso. Resulta totalmente imposible tener una conversación seria con ellos. Aunque creen un ambiente agradable, a la larga cansan con sus continuas bromas. Por eso no son considerados como *líderes* dentro de sus grupos.

El bromista obsesivo tiene, sin duda, algunas dificultades para afrontar los aspectos más serios de la vida. Su comportamiento puede considerarse un medio de evitar la confrontación con los demás. En realidad, se trata de un verdadero mecanismo de defensa. Al límite, sus esfuerzos por hacerse querer pueden resultar patéticos.

No obstante, los humoristas son, la mayoría de las veces, populares. Aunque sean extrovertidos, ello no significa que toda su vida se centre sobre sus relaciones con los demás. A través de nuestras entrevistas, se pone de manifiesto que tienen un rica vida interior, que dedican bastante tiempo a soñar y que tienen más imaginación que los no humoristas. En su vida cotidiana, no saben organizarse muy bien. Distan mucho de ser ordenados. Los humoristas adultos cuentan con frecuencia que están «enfadados con el dinero», que no vacilan en derrochar. En las pruebas referidas a los campos de interés los humoristas obtienen mejores resultados que los no humoristas en los campos sociales y artísticos. La orientación social se caracteriza por una elevada sociabilidad y una necesidad de atención. La orientación artística corresponde a un gusto por la introspección y la expresión personal. Estos intereses se encuentran, generalmente, en las personas que se dedican a la educación, a la literatura o a las ciencias humanas.

Los aspectos afectivos

Aquí también encontramos un cuadro diferente del descrito para los humoristas profesionales. Mientras estos últimos son fuertemente emotivos, la mayoría de los humoristas aficionados son estables. Tienen generalmente buen humor y son ajenos a cualquier forma de ansiedad o a cualquier preocupación. Optimistas y «bons vivants», se acercan más al temperamento sanguíneo descrito por Hipócrates.

Es posible que estos rasgos de su personalidad provengan, además de las aptitudes innatas, de modelos familiares marcados por unas re-

laciones sanas. Al contrario que los humoristas profesionales, los aficionados hablan de una infancia sin problemas, con buenas relaciones familiares, una atmósfera agradable, padres que gustaban de jugar y bromear con ellos. A menudo, sus padres eran igualmente bromistas. En todos los casos, sus gracias eran bien recibidas.

Los humoristas aficionados tienen una imagen de sí mismos mucho más positiva que los no humoristas. Se adaptan mejor a las diversas circunstancias y se muestran más desenvueltos. En las pruebas de ansiedad, obtienen puntuaciones netamente inferiores a los no humoristas. Estas características les sitúan, pues, en el extremo «estable» del eje emocional. Una posible explicación se encuentra en el hecho de que las personas emotivas están siempre dispuestas a tomarse las cosas más a pecho. Las personas estables tienen mucho menos esta propensión. Pueden reírse más fácilmente de cualquier asunto que provocaría ansiedad a los emotivos.

Sin embargo, hemos dicho que los profesionales del humor eran emotivos. Como tienen la misión de hacer reír a la gente, deben captar lo que a ésta le interesa, lo que le pone contento o triste. Su sensibilidad hacia los sentimientos del prójimo tiene su origen en su fuerte emotividad. Entre los aficionados se encuentran también algunas personas más emotivas que estables, pero son minoría.

Evidentemente, como ya dijimos para los profesionales, no existe ningún grupo absolutamente homogéneo. Aparecen diferencias, y cada humorista aficionado tiene su propia personalidad. Si se comparan las características de los aficionados con las de los profesionales, se comprueba que estamos ante dos grupos diferentes. Mientras los humoristas aficionados tienen personalidades bien adaptadas y se sienten felices con quienes les rodean y consigo mismos, los profesionales son bastante más complicados. ¿Cómo y por qué algunos aficionados, muy pocos en realidad, se convierten en profesionales? Ésta es una pregunta a la que, tal vez, otros estudios permitan responder.

Conclusión

MIENTRAS HAYA HUMOR...

¿Ha permitido este libro comprender mejor el humor? Nosotros hemos podido describir las diferentes facetas, desmontar los principales mecanismos y percibir mejor sus relaciones con la personalidad. Pero quedan muchas preguntas sin respuesta... Y es que el humor es un fenómeno demasiado complejo para ser explicado fácilmente. La risa es, sin embargo, una de las formas más admirables del comportamiento humano. El humor, que la mayoría de las veces es la causa de la risa, es, pues, un asunto fascinante que merece la atención de los investigadores.

Pero no es sólo la curiosidad intelectual lo que impulsa a algunos de nosotros a comprender mejor el humor. Intuitivamente, muchos saben que el humor puede mejorar las relaciones humanas. Muchos médicos se interesan en los «poderes curativos» de la risa. Ya hemos citado la obra de Moody. También podríamos añadir la de Robinson sobre *El humor y las profesiones de la salud*[1] o incluso la de Cousins, donde describe cómo la risa le hizo recobrar la salud tras una seria enfermedad[2].

Otro campo donde el humor puede aportar una ayuda eficaz es el de la educación. En un libro precedente[3], Avner Ziv presentó una serie

---

[1] V.R. Robinson, *Humor and the health professions,* Thorofare. N.J. Charles Slack, 1977.

[2] N. Cousins, *Anatomy of an illness,* Nueva York, Norton, 1979. Ver también H. Rubinstein, *Psychosomatique du rire.* París, R. Laffont, 1983.

[3] *Op. cit.*

de investigaciones demostrando cómo el humor puede elevar la calidad de la enseñanza y de la educación: puede facilitar el aprendizaje escolar y desarrollar, sobre todo, la creatividad, tan frecuentemente ignorada por los enseñantes.

En materia de publicidad, la influencia del humor es conocida desde hace mucho tiempo y ampliamente utilizada. Pero quedan muchos otros campos en los que el humor puede desempeñar un importante papel. Así, en las relaciones profesionales el humor puede favorecer una cierta distensión y facilitar el bienestar de todos los miembros de una empresa, dirigentes de empresa, empleados y obreros. Nos hemos visto sorprendidos al comprobar el éxito obtenido por algunos de los seminarios que hemos organizado en diferentes medios profesionales. Esto es, sin duda, porque el humor cada vez se toma más en serio... Muchos esperan encontrar en él la forma de resolver los conflictos y de reducir la agresividad.

En definitiva, allí donde se encuentran hombres, existe el humor. Comprenderlo mejor y utilizarlo más libremente, y en el momento oportuno, puede ayudarnos a hacer nuestra vida más agradable. Los humoristas, tanto los profesionales como los aficionados, contribuyen a ello, cada uno a su manera. Como escribía Marcel Pagnol: «El que puede hacer reír a los hombres, que tantas razones tienen para llorar, les da el poder de vivir y le amamos como a un benefactor.»[1]

[1] M. Pagnol, *Le rire et la comédie*, París, Meridian, 1948.